

COLECCION TOPACIO



NUEVA BIBLIOTECA PARA NIÑOS

LEWIS
CARROLL

A TRAVES DEL ESPEJO

SOPENA

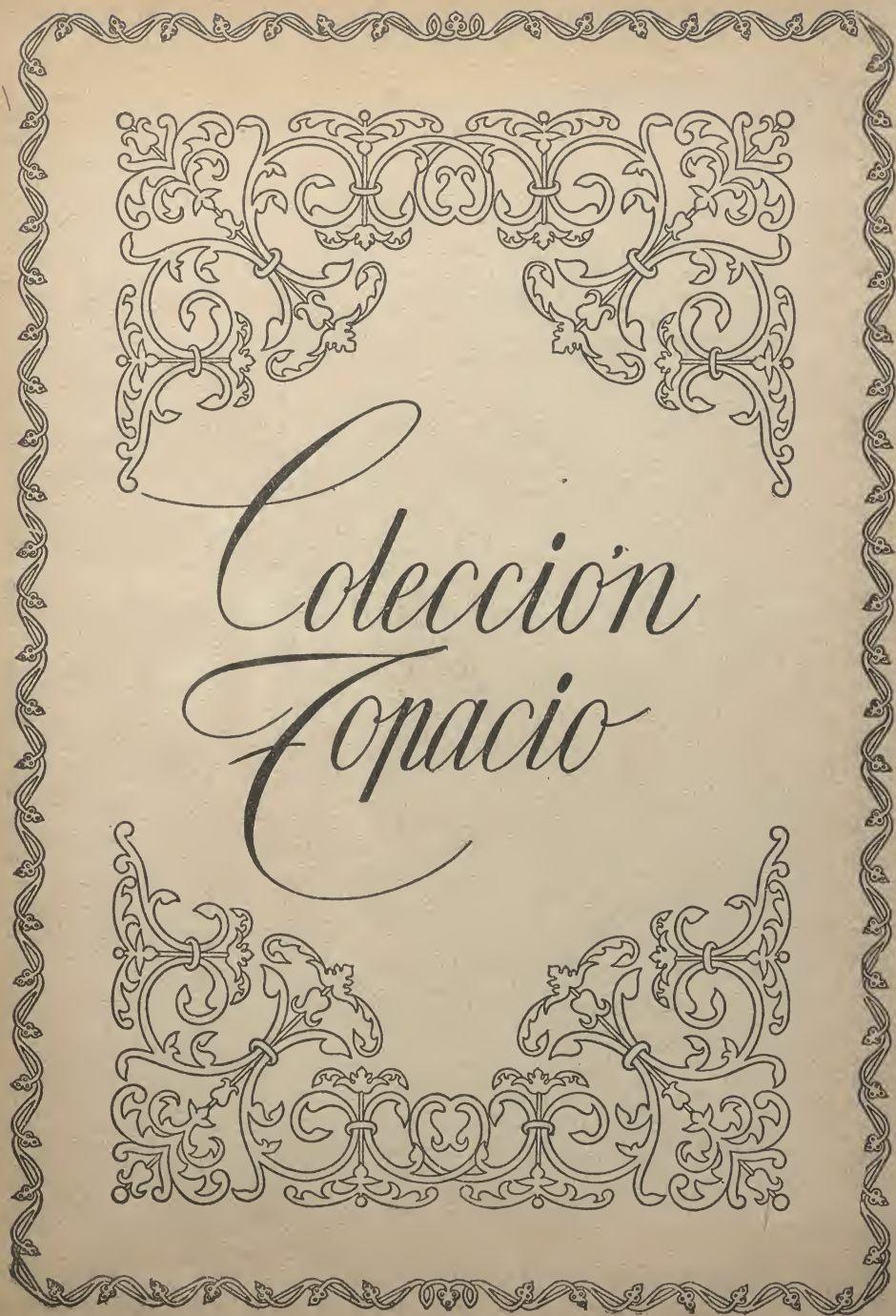
A TR
DEL E



EDITORIAL SOPENA



EDITORIAL BOENA
USA
ARGENTINA S. R. L.



*Colección
Topacio*

LEWIS CARROLL es el seudónimo de un gran escritor inglés: Carlos Luis Dodgson. Sabio matemático, autor de libros muy notables en este difícil campo de la ciencia, su nombre no habría ganado la inmensa popularidad de que goza si en los paréntesis de su labor de investigador y estudioso, no se hubiese consagrado al cultivo de este nobilísimo género literario de que A TRAVÉS DEL ESPEJO es uno de los más delicados frutos. La literatura infantil tiene en este autor uno de sus maestros indiscutibles, no sólo por su portentosa imaginación, sino por la gracia y frescura de su estilo, que sin esfuerzo habrán de apreciar nuestros pequeños lectores. Además de A TRAVÉS DEL ESPEJO, el admirable literato publicó otros libros del mismo carácter, entre ellos ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, traducido a los principales idiomas. LEWIS CARROLL nació en 1832 y murió en 1898.

LEWIS CARROLL

A TRAVÉS
DEL ESPEJO
Y
LO QUE ALICIA VIO ALLÍ

ILUSTRACIONES
DE
JUAN TENNIEL

TRADUCCION DIRECTA DEL INGLÉS
DE
MIGUEL ORTOS RAMOS



EDITORIAL SOPENA ARGENTINA. S.R.L.

Es propiedad
Derechos reservados
Copyright 1946 by Editorial Sopena Argentina, S. R. L.
Hecho el depósito que marca la ley 11723
Prohibida la reproducción total o parcial

PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINA
IMPRIME ET PUBLIE EN ARGENTINE
STAMPATO E PUBBLICATO NELL'ARGENTINA
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN
IMPRESSO E EDITATO NA ARGENTINA

PRIMERA EDICION
JULIO DE 1946

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

PREFACIO

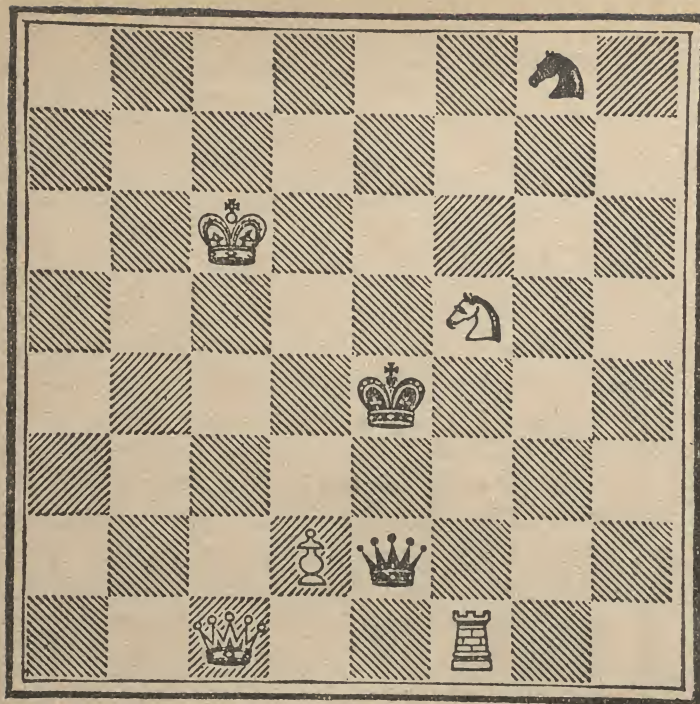
Como el problema de ajedrez planteado, que con su correspondiente gráfico aparece en la página 6, ha suscitado entre los lectores algunas perplejidades, creo conveniente aclarar que el procedimiento es correcto en lo que concierne a los movimientos. Las alternativas de blancas y rojas tal vez no se produzcan con la regularidad debida, y en cuanto al encuentro de las tres reinas, es un mero pretexto para hacerlas entrar en el castillo; pero el «jaque» al rey blanco en el movimiento 6; la captura del caballo rojo en el 7, y el «jaque-mate» final al rey rojo, son exactos, como podrá comprobarlo quien se tome la molestia de colocar las piezas y moverlas como se indica, y se desarrollan de acuerdo con las leyes del juego.

En lo referente a las palabras un tanto extravagantes contenidas en el poema Jabberwocky (ver pág. 24), tienen su origen en las diferentes acepciones de una misma voz y en la confusión que ello puede acarrear (1).

Navidad de 1896.

(1) En el original emplea el autor algunas palabras que escribiéndose de distinto modo, tienen la misma pronunciación, pero como en castellano todo se pronuncia como se escribe, carecemos de ellas, y las hemos substituido por voces de doble y triple acepción, para que en cierto modo tenga alguna similitud con lo que el autor se propuso. (N. del T.)

ROJAS



BLANCAS

El peón blanco (Alicia) juega y gana en once jugadas

1. Alicia encuentra a la reina roja
2. Alicia va a la 3ª casilla de la reina (por ferrocarril). Alicia a la 4ª de la reina (Tweedledum y Tweedledee)
3. Alicia encuentra a la reina blanca (con el chal)
4. Alicia a la 5ª de la reina (tienda, río, tienda)
5. Alicia a la 6ª de la reina (Humpty Dumpty)
6. Alicia a la 7ª de la reina (bosque)
7. Caballo blanco toma caballo rojo
8. Alicia a la 8ª de la reina (coronación)
9. Alicia se convierte en reina
10. Torres de Alicia (fiesta)
11. Alicia toma la reina roja y gana

1. La reina roja va a la 4ª casilla de la torre del rey
2. Reina blanca a la 4ª del alfil de dama
3. Reina blanca a la 5ª del alfil de dama (se convierte en oveja)
4. Reina blanca a la 8ª del alfil del rey (deja el huevo sobre el estante)
5. Reina blanca a la 8ª del alfil de dama (volando desde el caballo rojo)
6. Caballo rojo a la 2ª del rey (jaque)
7. Caballo blanco a la 5ª del alfil del rey
8. Reina roja al sitio del rey (examen)
9. Torre de la reina
10. Reina blanca a la 6ª de la torre de la dama



PERSONAJES

Colocados antes de comenzar la partida

BLANCAS

ROJAS

FIGURAS	PEONES	PEONES	FIGURAS
Tweedledee	<i>Margarita</i>	Margarita	<i>Humpty Dumpty</i>
Unicornio	<i>Haigha</i>	Mensajero	<i>Carpintero</i>
Oveja	<i>Ostra</i>	Ostra	<i>Morsa</i>
Reina Blanca	<i>«Lily»</i>	Lirio Tigre	<i>Reina Roja</i>
Rey Blanco	<i>Cervatillo</i>	Rosa	<i>Rey Rojo</i>
Anciano	<i>Ostra</i>	Ostra	<i>Cuervo</i>
Caballero blanco	<i>Hatta</i>	Rana	<i>Caballo Rojo</i>
Tweedledum	<i>Margarita</i>	Margarita	<i>León</i>



Niño de pura y luminosa frente,
De ojos dulces que sueñan maravillas,
Aunque te hable el lenguaje de otros tiempos
Y empieces tú, y termine yo la vida,
El premio cariñoso de este cuento,
No dudo me darás con tu sonrisa.

Yo no he visto tu rostro placentero,
Yo no he oído tu risa cristalina,
Sólo sé que en las mentes juveniles
Mis pensamientos hallarán cabida.
Escucha pues este mi cuento de hadas;
Ya es mucho para mí, que esto consiga.

Cuento empezado en los dichosos tiempos
En que el sol estival feliz lucía,
Sencilla pauta que señala el ritmo
De los remos que nuestro rumbo guían,
Y cuyos ecos viven en nosotros,
Aunque envidioso el tiempo diga: «¡olvida!»

Oyeme antes que la voz del miedo,
¡La doncella fatídica!,
Te invite a ocupar el triste lecho,
Con su fardo de lúgubres noticias.
Nosotros también somos niños viejos
Que temblamos si esa hora se aproxima.

*Fuera hay escarcha y cegadora nieve,
Y el huracán que loco aúlla y silba.
Dentro, el calor de la dorada lumbre
Los infantiles rostros ilumina,
Y el embrujo de mágicas palabras,
Trueca sus inquietudes en sonrisas.*

*Y aunque atraviere el curso de esta historia
La sombra de una lágrima furtiva
En holocausto y gloria del verano,
Y, ¡ay!, de felices y pasados días,
No rozarán sus alas melancólicas,
De este cuento de hadas la alegría.*

CAPÍTULO I LA CASA DEL ESPEJO

Una cosa era cierta, que el minino blanco nada tenía que ver con aquello; la falta correspondíale por entero a la gatita negra. Para demostrarlo, hay que hacer constar que el blanco había estado el último cuarto de hora sometido a un meticuloso aseo, administrado por su mamá, la gata Dina, y que el pobre lo soportó con cristiana resignación, de modo que ya ven ustedes que no había podido intervenir en la diablura.

El procedimiento usado por Dina para lavarles la cara a sus hijos era el siguiente: con una pata puesta sobre la orejita del pobre minino, lo mantenía echado, y con la otra lo cepillaba y lo frotaba; la operación resultaba lo más molesta, cuando se iniciaba por la nariz. En ese momento, como ya dije, mamá gata, en el punto culminante de su trabajo, alternando la pata y la lengua con acompasado ritmo, alisábale el pelo a su hijito, el cual, lo más tranquilo, incluso hacía tentativas para emitir un ronquido de satisfacción, convencido de que al fin y al cabo todo aquello era por su bien.

La gatita negra, en cambio, había terminado su toilette mucho antes, y mientras Alicia, entre dormida y despierta, acurrucada en un ángulo del sofá, conversaba consigo misma, la gatita, con un ovillo de lana que la niña había devanado, hizo de las suyas, y luego de lle-

varlo de aquí para allá, lo deshizo completamente, llenándolo de nudos y lazadas. Y allí estaba Kitty, en medio de su obra, describiendo vertiginosos círculos en persecución de su propia cola.

—¡Ah perversa, malvada!— exclamó Alicia al tiempo que la levantaba en el aire y le daba un beso, para hacerle comprender que había caído en desgracia—. Dina debía haberte enseñado mejores modales. ¡A ti, te digo Dina, a ti! ¡Tú sabes que *debías* haberlo hecho! ¡De sobra lo sabes!— agregó, dirigiéndose a la gata mamá con un gesto de reproche y ahuecando la voz lo más que pudo.

Y luego de esta filípica, volvió a trepar al sofá, con la gatita en una mano y la maraña de lo que fué ovillo en la otra. Ya sentada, se dispuso a ovillarlo de nuevo, pero con su charla, hablándole al gatito unas veces, otras consigo misma, no era mucho lo que adelantaba. Kitty, sentada con mucha gazmoñería sobre las rodillas de Alicia, pretendía seguir con gran atención los progresos de la obra; de cuando en cuando alargaba la patita como si quisiera demostrar su buena voluntad de ayudar a la niña, si pudiera.

—¿Sabes qué día es mañana, Kitty?— empezó Alicia—. Si hubieses salido al balcón conmigo lo habrías adivinado; pero, claro, Dina te estaba aseando y no pudiste. Vi a los chicos cómo amontonaban leños, palos y maderas para la fogata... ¡No te imaginas cuántos juntaron! Pero hacía tanto frío, tanto frío, nevaba tanto, que lo tuvieron que dejar. Sin embargo, eso nada importa, mañana iremos a ver las fogatas, Kitty.

Aquí Alicia enrolló en el pescuezo de Kitty unas cuantas vueltas de lana para ver cómo le sentaba, pero la gatita hizo un movimiento brusco y el ovillo rodó por el suelo; ¡adiós trabajo de Alicia!

—No te puedes figurar, Kitty— prosiguió Alicia después que ella y la gatita se hubieron acomodado de nuevo—, lo furiosa que me puse cuando vi el estropicio que me habías hecho; faltó tanto así para que abriese la ventana y te plantara en medio de la nieve. ¡Y era lo que merecías, enredadora..., preciosa! ¿Qué hubieras dicho? ¡No me interrumpas!— añadió levantando el dedo—. Quiero analizar todas tus faltas. Primera: gritaste dos veces mientras Dina te lavaba la cara. ¡No lo niegues, puesto que lo oí bien claro! ¿Qué dices?— continuó, haciéndose la ilusión de que la gatita hablaba—. ¿Qué, te metió una pata en un ojo? La culpa es tuya. Si hubieses tenido los ojitos bien cerrados, a buen seguro no hubiera sucedido. De manera que no me vengas con excusas, y escúchame... Segunda: le tiraste la cola a Copo de Nieve cuando le puse la leche... ¿Qué, también tú tenías sed? ¿Y él, no?... Y Tercera: mira lo que has hecho con mi lana, ésta es la más grave y la más terrible. ¡Tres faltas, Kitty!; tres faltas, y aun no has sido castigada por ninguna. Sabrás que guardo todos los castigos para el viernes que viene. Suponte que reservara todos mis castigos para un día— prosiguió, hablando más consigo misma que con la gatita—. ¿Qué ocurriría al fin del año? ¡Me tendrían que meter en la cárcel ese día! O..., déjame pensar; suponte que el castigo hubiese consistido en dejarte sin cenar cada vez, cuando ese miserable viernes llegase, el perdón sería lo menos cincuenta cenas; ¡no quiero ni pensarlo! ¡Preferiría dejarlas que comerlas!... ¿Oyes, Kitty— prosiguió—, cómo resbala la nieve sobre los cristales? Parece que besaran las ventanas desde afuera. Yo me pregunto si la nieve ama a los campos y a los árboles, que los besa tan cariñosamente... Los cubre con una colcha blanca y hasta quizá les diga: «Dormid, queridos,



...encontróse Alicia sobre la mesilla de la chimenea...

dormid hasta que vuelva la primavera». Y cuando se despiertan en verano, se visten de verde y danzan... hacia donde el viento los empuja... ¡Qué lindo debe ser eso! — exclamó dejando caer el ovillo para batir palmas — . ¡Y cómo deseo que sea verdad! Estoy más que segura de que los árboles duermen en otoño, cuando las hojas se vuelven amarillas.

Dime Kitty, ¿sabes tú jugar al ajedrez? ¡No te rías; no, te lo pregunto en serio! Cuando hace poco yo jugaba con mi hermanita, tú mirabas mucho, como si entendieras, y, hasta ronroneaste cuando dije «jaque». Fué un jaque interesante, Kitty, y debiera haber ganado a no ser por aquel detestable caballo que vino haciendo cabriolas por entre mis piezas.

Kitty querida — prosiguió —, imaginémonos...

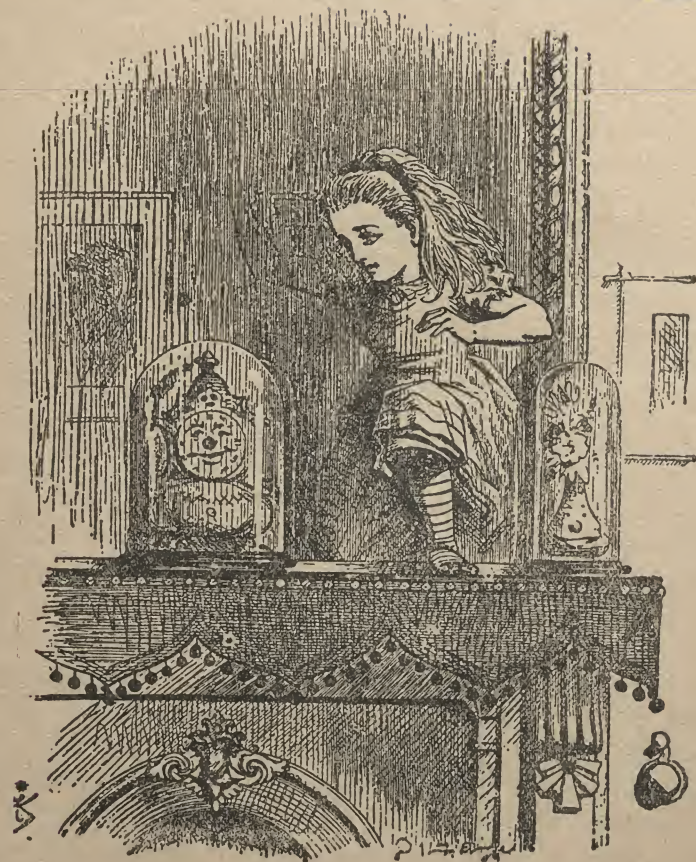
Quiero hacerles saber que la mitad de las cosas que decía Alicia, empezábalas con su frase favorita «imaginémonos». Precisamente, el día antes había tenido una controversia con su hermanita porque Alicia dijo: «Imaginémonos que somos reyes y reinas...», y su hermana, que era muy exacta, habíale argüido que eso no era posible, porque sólo había dos, y Alicia, al final, vióse obligada a contestar: «Bueno, tú puedes ser una y yo las demás». Otro día le dió un tremendo susto a su niñera diciéndole al oído: «Imaginémonos que yo fuera una hiena hambrienta y tú un hueso»... Pero esto nos aleja de la conversación de Alicia con su gatita.

—Imaginémonos, Kitty — continuó —, que tú eres la reina roja. Si te sientas y cruzas los brazos te le parecerás exactamente. ¡Vamos a probar, querida!

La niña tomó la reina roja de encima del tablero y la levantó para que Kitty la imitara, pero el pobre animalito no tuvo éxito, sobre todo — pensó Alicia —, porque no quiso cruzar los brazos en debida forma. Decidió

castigarla y la puso ante el espejo con objeto de que viera cuán fea se había puesto.

— Si no te portas bien — la amenazó —, te encierro en la casa del espejo. ¿Te gustaría? Si prestas atención voy a transmitirte todas mis opiniones con respecto a esa casa misteriosa que vemos ahí detrás. Bien, primero la habitación que vemos... Es como ésta, sólo que todo está colocado de distinta manera. Yo lo veo todo si me subo en una silla..., todo, menos ese pedazo de detrás



de la chimenea. ¡Cómo me gustaría poder verlo! ¡Cómo me gustaría averiguar si prenden fuego en invierno! Nunca lo sabremos; sólo vemos humo cuando humea nuestro fuego, y aun esto puede ser una simulación para hacernos creer que también ellos tienen fuego. Los libros son más o menos como los nuestros, con la diferencia de que las palabras están al revés; lo sé porque un día puse un libro delante, y detrás del espejo levantaron otro, que se leía de derecha a izquierda.

¿Te gustaría vivir en la casa del espejo, Kitty? — siguió preguntando Alicia —. Quién sabe si ahí te darían leche. A lo mejor ni siquiera es buena para tomar... Vamos a ver el pasillo, Kitty. Se le divisa si abres la

puerta de nuestra habitación. Hasta donde alcanza la vista, parece idéntico al nuestro; pero más allá debe ser totalmente distinto. ¡Oh, Kitty, si pudiésemos entrar en la casa del espejo! ¡Estoy segura de que hay en ella cosas hermosísimas! Imaginémonos que hay algún medio de entrar. Imaginémonos que el cristal es blanco como una gasa y que nosotros lo atravesamos... ¡Mira Kitty, parece que el vidrio se derrite! ¡Es como una neblina plateada! ¡Ahora será fácil pasar!...

Y al decir esto, y sin explicarse cómo, encontróse Alicia sobre la mesilla de la chimenea... Efectivamente, el espejo se iba esfumando, cada vez más, como una nube de plata...

En un minuto Alicia atravesó el espejo y saltó al suelo de la ansiada casa del espejo. Lo primero que quiso averiguar fué si había fuego en la chimenea; quedó complacidísima al contemplar los fulgores de una hoguera tan brillante y hermosa como la otra que dejara tras ella.

—¡Aquí estaré tan calentita como en nuestra propia sala! — pensó Alicia —; más calentita, puesto que nadie puede echarme. ¡Qué divertido cuando me vean por el espejo y no me puedan tocar!

Comenzó entonces su inspección; echó una ojeada a su alrededor, y pudo cerciorarse de que allí no había nada que ya no hubiese visto desde su sala, por lo tanto no le interesaba; lo demás era ya muy distinto. Los cuadros de la pared vecina a la chimenea, por ejemplo, parecían personas vivas; y el reloj de la mesilla, que como ya ustedes supondrán sólo reflejaba en el espejo su parte posterior, en vez de esfera presentaba el rostro de un viejo que hacía a Alicia las más grotescas muecas.

—Parece que en esta casa no hay mucho orden; no es como la nuestra — pensó Alicia al ver algunas piezas

de ajedrez desparramadas entre las cenizas del hogar.

Pero, ¡oh sorpresa!, no pudo menos de caer arrodillada, con las manos en el suelo, al advertir que algunos peones se paseaban por parejas entre los morillos.

—¡Oh, aquí están el rey y la reina rojos! — dijo Alicia en voz muy baja para no asustarlos —. ¡Y aquí, sentados en el borde de la pala del carbón, el rey y la reina blancos; y dos torres van del brazo!... No creo que me oigan — prosiguió aproximando más la cabeza —; aseguraría que tampoco me ven. Me siento como si me hubiese vuelto invisible.

En aquel momento la interrumpieron unos chillidos provenientes de la mesita que Alicia tenía a sus espaldas. Al volver la cabeza, la niña vió que uno de los



peones blancos se revolcaba sobre ella, presa de una furiosa pataleta. Alicia quedóse a la expectativa, aguardando los acontecimientos.

—¡Oh, es la voz de mi niña!— exclamó la reina blanca. Y al ir en su auxilio, atropelló al rey y lo hizo caer de bruces sobre los rescoldos apagados — ¡Mi Lili preciosa! ¡Mi gatita imperial!— prosiguió yendo y viniendo desatinada por entre el guardafuego.

—¡Qué imperial ni qué cuernos!— vociferó el rey, que se frotaba las narices estropeadas con el revolcón.

Casi tenía algún motivo para sentirse ofendido e indignado con la reina. El pobre estaba hecho una lástima y daba pena verlo, cubierto de cenizas desde los pies hasta la cabeza.

Alicia, impaciente por ser útil, pues la pobre Lili hallábase próxima a sufrir un ataque apoplético, levantó a la reina rápidamente y la puso al lado de su escandalosa hijita. La reina, jadeante, desplomóse sentada. Aquel veloz viaje por el aire habíala dejado sin aliento, y por unos minutos no fué capaz de decir una sola palabra, abrazada silenciosa a su Lili. Cuando le hubo vuelto un poquito el resuello empezó a llamar al rey que continuaba sentado sobre las cenizas, con una cara de tres palmos de larga.

—¡Cuidado con el volcán!— gritóle la reina desde arriba de la mesita.

—¿Qué volcán?— preguntó el rey, con los ojos fijos en el fuego, como si aquel lugar fuese el más a propósito para encontrar uno.

—¡Sube aquí... conmigo!— prosiguió la reina, aun algo sobresaltada por el viajecito — ¡Pero sube bien; no como un globo!

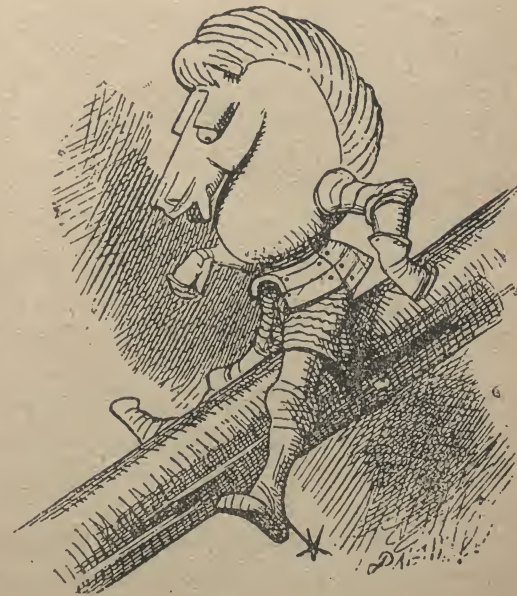
Alicia observaba al rey blanco, que con mucha lentitud esforzábale, barra tras barra, en ir ascendiendo.

—De este modo— le dijo Alicia —, estarás horas y horas antes de que consiga alcanzar la mesa. Es mejor que te ayude, ¿no te parece?

Pero el rey no pareció enterarse de la proposición. Era evidente que no la oía ni la veía. Entonces Alicia lo agarró con mucha delicadeza por el pescuezo, levantándolo con menos velocidad de la que empleara con la reina. Mientras lo trasladaba, ocurriósele que, antes de reunirlo con su real familia, debía limpiarlo un poquitín.

Cuando después Alicia refería este acontecimiento, aseguraba que en su vida vió una cara tan compungida como la que puso el rey al verse suspendido en el aire, y sentir que alguien le limpiaba el polvo. Hallábase tan perplejo, tan desconcertado, que ni siquiera se le ocurrió gritar. Pero sus ojos y su boca se agrandaron y se redondearon de tal manera que Alicia casi lo deja caer de lo que le temblaba la mano, por la risa que su cara le produjo.

—¡Por favor, querido, no me hagas esas muecas!— exclamó, olvidándose en absoluto de que no la oía—. ¡Me hiciste reír tanto que casi te suelto! ¡Y no abras tanto la boca! ¡Vas a pescar



un empacho de ceniza! Aunque ahora estás algo más decente — agregó alisándole el cabello; y lo depositó junto a la reina, sobre la mesilla.

No bien lo hubo dejado, desplomóse de espaldas cuan largo era sobre la mesa, y quedó inmóvil. Alicia, alarmada, atribuyó el percance a su hazaña, y recorrió la estancia en busca de un poco de agua para rociarle la cara. Lo único que pudo encontrar fué una botella de tinta, pero al volver con ella, ya el rey habíase repuesto, y con el miedo pintado en el rostro, cuchicheaba con la reina. Alicia apenas pudo entender sus palabras.

—¡Te juro — decía luego el rey un poco más alto —, que el susto me ha helado hasta los bigotes!

—¿Qué hablas de bigotes — repuso la reina —, si en tu vida los tuviste?

—El horror de este momento — prosiguió el rey —, ¡nunca, nunca lo olvidaré!

—Lo olvidarás — dijo la reina —, lo olvidarás sino lo anotas en tu libro de memorias.

Alicia observó con sumo interés cómo el rey extraía de su bolsillo un enorme cuaderno y empezaba a escribir en él. Una idea repentina la asaltó, y agarrando el cabo del lápiz que sobresalía por el hombro del rey, empezó a escribir por su cuenta.

El pobre rey, perplejo y confundido, hizo esfuerzos con el lápiz sin decir palabra, pero Alicia era demasiado fuerte para él, y tras inauditos esfuerzos pudo decir:

—Querida, en realidad debería tener un lápiz más liviano. Este no puedo manejarlo aunque me maten, y además escribo unas cosas que no hay manera de entenderlas.

—¿Pero qué es esto? — preguntó la reina cuando miró el libro en el que Alicia había escrito estas pala-

bras: «El caballo blanco se está deslizando por el espejón. Mantiene muy mal el equilibrio» —. ¡No son tus memorias! — agregó.

Había un libro cerca de Alicia, que estaba sentada y observaba al rey blanco (no estaba tranquila del todo, y por eso llevaba el frasco de tinta, dispuesta a rociarlo con ella en caso de que se desmayase). Tomó un libro cercano a ella, sobre la mesa, y volvió unas cuantas hojas en busca de algo que leer.

—Está escrito de un modo — pensó — que no se entiende una palabra.

Era ésta la manera como estaba escrito:

J A B B E R W O C K Y

*Era la queda, por entre las ondas
Las morenas lucían sus colores.
Las ninfas en el río, en el solar las pacas,
Refocilábanse. Un chambergo picaba caracoles.*

Permaneció indecisa y perpleja unos minutos; de pronto tuvo una idea luminosa.

—¡Pero si es un libro de espejo! — exclamó —. Si lo hago reflejar en el vidrio, las palabras volverán a su posición normal.

Este era el poema que leyó Alicia:

J A B B E R W O C K Y

*Era la queda, por entre las ondas
Las morenas lucían sus colores.
Las ninfas en el río, en el solar las pacas,
Refocilábanse. Un chambergo picaba caracoles.*

—Del Jabberwocky debes cuidarte, hijo.
 ¡La garra que desgarrar; la quijada que come!
 Evita al pajarraco. ¡Guárdate, huye
 Del basilisco y del lugar que él ronde...!—
 Con firme mano empuña la tizona;
 Hacia el monstruo feroz, valiente corre;
 Lo observa y reflexiona, tras el tronco,
 De un sicómoro enorme.
 Y mientras permanece pensativo,
 Viene el dragón rugiendo por el bosque.
 Despide llamaradas por los ojos,
 Y el cuello se le hincha como un odre.
 ¡Uno, dos! ¡Uno, dos! Y la tajante espada,
 Mandoble tras mandoble,
 Corta de un tajo al monstruo la cabeza
 Que cual trofeo, ante su madre expone...
 —¿Al Jabberwocky has dado muerte, hijo?
 ¡Temo que la alegría me trastorne!
 ¡Recórcholis! ¡Caray! ¡Dame un abrazo!
 ¡Qué día tan feliz! ¡Eres un hombre!...—
 Era la queda, por entre las ondas
 Las morenas lucían sus colores.
 Las ninfas en el río, en el solar las pacas,
 Refocilábanse. Un chambergo picaba caracoles.

—Parece muy lindo — dijo Alicia cuando hubo terminado —, pero es un poquito difícil de entender.

Como se ve, ni siquiera a ella misma quiso confesarse que no había entendido una jota.

—Me doy cuenta — prosiguió — de que me ha llenado la cabeza de ideas..., aunque no sepa exactamente cuáles son. Sin embargo, *alguien* mató a *algo*; eso está bien claro, sea como sea... ¿Pero en qué estoy pensando? — exclamó poniéndose de pie de un salto —. Si no me doy



Con firme mano empuña la tizona.

prisa me voy a quedar con las ganas de ver cómo es el resto de la casa... ¡Vamos primero al jardín!

Rápidamente abandonó la habitación y salió corriendo escaleras abajo... Bueno, no precisamente corriendo, sino de una nueva forma, un nuevo sistema de bajar escaleras del modo más rápido y fácil, cosa que no pudo menos de reconocer. Puso las puntas de sus deditos sobre el pasamano y levantando los pies, sin tocar el suelo, deslizóse flotando hasta el vestíbulo, por el que dió unas cuantas vueltas en idéntica posición, y hubiese salido a la calle de no aferrarse al marco de la puerta. Ya empezaba a sentirse aturdida de tanto paseíto por el aire, por eso experimentó una gran satisfacción al verse de nuevo en el suelo, caminando con sus propios piececitos.

CAPÍTULO II

EL JARDIN VIVIENTE

—Podría ver el jardín mucho mejor —pensó Alicia—, si alcanzara la cima de aquella colina. He aquí un camino que conduce derechito a ella... al menos... ¡No, pues no va! —. Y anduvo un buen trecho metiéndose por unos cuantos recodos y encrucijadas —. Me figuro que el final de todo este laberinto desemboca en esa dichosa loma. ¡Qué curiosos recovecos! ¡Parece un sacacorchos, no un camino! Supongo que *esta* vuelta va al cerro... ¡Pero no!... ¡Va hacia la casa, como todas!... Voy a probar el otro camino.

Así lo hizo; anduvo de aquí para allá, subiendo cuestas, bajando pendientes, pero todos los caminos la lle-



vaban a su casa. Y hasta una de las veces, al doblar un recodo con un poquito más de velocidad que la normal, llegó corriendo hasta su puerta antes de que pudiera detenerse.

—¡Es inútil que hablemos de este asunto tan pronto! — dijo Alicia lanzando una mirada desdeñosa a la fachada, desde las tejas a la vereda, e imaginando que

estaba discutiendo con ella —. No iba a entrar aún; sé que si entro tengo que pasar otra vez el espejo, meterme en nuestra sala, y, ¡adiós aventura!

Volvió la espalda resueltamente, y, una vez más, emprendió el camino por aquella senda, dispuesta a seguir adelante hasta dar con la odiosa loma. Durante unos minutos todo fué bien, y ya empezaba a decirse «esta vez no falla!...», cuando de pronto el camino dió un rápido giro, y tras de una sacudida, otra vez se encontró en la puerta de su casa y casi dentro de ella.

—¡Esto es ya demasiado! — exclamó furiosa —. ¡No vi la casa en todo el camino!

Sin embargo, allí estaba otra vez la colina, bien a la vista. No había otro remedio que intentarlo de nuevo. Esta vez fué por entre un macizo de flores bordeado de margaritas, en medio del cual se levantaba un hermoso sauce.

—¡Oh, lirio tigre! — dijo Alicia dirigiéndose a una de estas flores que balanceaba graciosamente la brisa —. ¡Cómo me *gustaría* que pudieses hablar!

—*Podemos* hablar — repuso el lirio —, cuando lo hacemos con alguien que merece nuestra conversación.

Alicia se sorprendió, y por unos minutos no pudo decir una palabra, casi ni respiraba. Al fin, y como el lirio tigre continuase su balanceo sin chistar, volvióle a dirigir la palabra con tímida y temblorosa voz:

—¿Y todas las flores pueden hablar?

—Lo mismo que tú, y algunas más fuerte que tú. Lo que pasa — dijo una rosa interviniendo — es que nuestras costumbres nos prohíben que hablemos las primeras, y me quedé maravillada cuando te oí. Me dije: «Su cara tiene alguna expresión, aunque no parece muy viva. Sin embargo, el color es el apropiado, y eso ya es una gran cosa».

—¡El color no tiene importancia! — objetó el lirio —. Si llevase los pétalos más recogidos, sería normal.

Alicia no experimentaba un gran placer, que digamos, en que la criticaran, y abordó otro tema; hacer preguntas era su gran recurso. Y así comenzó a interrogar:

—¿No tenéis miedo de estar aquí plantadas, sin que nadie os cuide?

—Tenemos el árbol en medio — contestóle la rosa —. ¿Para qué sino para eso podría servir?

—¿Y qué puede hacer el árbol en caso de peligro?

—¡Ladra!

—Dice «¡guá! ¡guá!» — chilló una margarita —. Por eso se llama *gua*...recerse el cobijarse bajo sus ramas.

—¿No lo sabías? — dijo otra margarita, muy guasona también, y todas empezaron a gritar llenando el aire con sus vocecitas penetrantes.

—¡Silencio! — exclamó el lirio, oscilando violentamente de un lado para otro, muy excitado —. ¡Saben que no puedo alcanzarlas! — agregó con rabia, inclinando la temblorosa cabeza hacia Alicia —. ¡De lo contrario no se atreverían!

—No les hagas caso — díjole Alicia, amablemente, e hizo callar a las margaritas que otra vez iniciaban el alboroto, diciéndoles —: ¡Si no os calláis la boca, os arranco a todas!

Hubo un momento de silencio y algunas margaritas rosadas tornáronse blancas.

—¡Eso está muy bien! — dijo el lirio —. Las margaritas son de lo peor. Cuando una habla, todas las siguen, y son capaces de hacerlo marchitar a uno, si quiere enterarse de lo que dicen.

—¿Y cómo pueden hablar todas con tanta gracia? — preguntó Alicia, que trataba de aplacar el enojo del

lirio con un cumplido —. Conozco otros jardines y nunca vi una sola flor que hablase.

—Baja la mano y palpa la tierra — indicóle el lirio —. Sabrás el porqué.

—Es muy dura — repuso Alicia, luego de haber cumplido la orden del lirio —; pero no creo que tenga algo que ver con mi pregunta.

—Pues ése es el motivo — respondió el lirio —. En la mayoría de los jardines, hacen los lechos demasiado blandos y, naturalmente, las flores están siempre adormiladas.

Esta explicación pareció excelente a Alicia, y quedó muy complacida al ver aumentar sus conocimientos.

—¡Nunca había pensado tal cosa! — exclamó.

—¡Di mejor que nunca has pensado nada! — le replicó la rosa en un tono casi agresivo.

—¡Jamás vi una criatura tan estúpida! — exclamó la violeta, tan inesperadamente, que Alicia dió un salto, pues no había oído aquella voz hasta entonces.

—¡Cállate la boca! — chilló el lirio —. Como si tú vieras nunca a nadie, siempre con la cabeza metida entre las hojas, ignorante de las cosas del mundo; ciega como un capullo.

—¿Hay alguna otra persona en el jardín? — preguntó Alicia, sin darse por aludida de las ofensas de la violeta y de la rosa.

—Hay otra flor que se mueve como tú — respondió la rosa —. Me hago cruces de cómo podáis hacer eso.

—Vosotras siempre os estáis haciendo cruces — terció el lirio.

—Pero es más peluda que tú — prosiguió la rosa, pasando por alto la indirecta del lirio.

—¿Es como yo? — preguntó ansiosamente Alicia, y pensó: «¡Qué bien! ¡Hay otra niña en el jardín!»



Cuando llegues al octavo serás reina.

—Tiene tu misma hechura — convino la rosa, pero creo que es más colorada, y sus pétalos son más cortos.

—Los tiene recogidos como los de una dalia — dijo el lirio —; no son sueltos como los tuyos.

—Pero tú no tienes la culpa — añadió la rosa, esta vez con amabilidad —. Empiezas a marchitarte, debes saberlo, y no se puede evitar que los pétalos se mustien.

A Alicia, como es natural, esta idea no la hacía muy feliz, y cambió de tema.

—¿Y viene siempre aquí? — dijo.

—Me figuro que pronto la verás. Es de una especie que tiene nueve puntas — contestóle la rosa.

—¿Y dónde las lleva? — inquirió Alicia con verdadera curiosidad.

—¿Dónde? Alrededor de la cabeza. ¿Dónde va a ser? — repuso la rosa —. Me extraña que tú no lleves ninguna. Creí que ésa era la regla.

—¡Ahí viene! — anunció la espuela de caballero —. Oigo sus pasos que hacen ¡pum! ¡pum! sobre la grava del camino.

Alicia miró atentamente a su alrededor y sus ojos admirados vieron llegar a la reina roja.

—¡Cómo ha crecido! — fué su primera exclamación.

Efectivamente, estaba desconocida. Cuando Alicia la encontró entre las cenizas no tendría más de tres pulgadas de estatura; ahora era lo menos cuatro dedos más alta que ella.

—Es el aire puro el que produce estos fenómenos — le explicó la rosa —. ¡Este es un aire maravilloso!

—Creo que debo ir a recibirla — dijo Alicia, pues aunque las flores eran interesantes, parecióle más distinguido conversar con aquella real señora.

—No será posible — le respondió la rosa —. Te aconsejaría tomar otro camino.

Alicia pensó que esto era una solemne tontería, y sin hacer caso fué al punto al encuentro de la reina. Pero cuál no sería su sorpresa al observar que a los pocos pasos desaparecía ante sus propios ojos y se encontraba una vez más ante la puerta de su casa. Retrocedió indignada, y luego de recorrer con la vista todos los alrededores en busca de la reina, a la cual descubrió por fin bastante lejos, pensó poner en práctica el plan de ir en sentido contrario al que la lógica aconsejaba.

El procedimiento salióle a maravilla, pues no había caminado ni un minuto, cuando se encontró cara a cara con la reina roja y perfectamente orientada; frente a sus ojos tenía la colina que tanto persiguiera.

—¿De dónde vienes? — inquirió la reina roja —. ¿Y adónde vas?... Levanta la vista, habla con finura y no juegues con los dedos.

Obedeció Alicia todas estas observaciones, y del mejor modo que pudo le hizo saber que estaba extraviada.

—No puedo comprender lo que entiendes por *tu* camino — replicó la reina —. Todos los caminos que hay por aquí son *míos*... ¿Pero cuál ha sido el motivo que te ha traído aquí? — siguió con tono más amable —. Baja la cabeza mientras piensas lo que vas a decir, ahora tiempo.

Extrañóse un poco Alicia de este procedimiento, pero la reina le causaba demasiado respeto y la obedeció.

—Cuando vaya a casa — pensó — lo voy a ensayar todas las veces que llegue un poco tarde a comer.

—Es hora de que contestes — dijo la reina consultando el reloj —. Cuando hables, abre la boca un poco más y di siempre «vuestra majestad» al nombrarme.

—Yo... majestad, sólo quería saber cómo era el jardín.

—¡Eso está muy bien! — convino la reina pasándole

la mano por la cabeza, lo que por cierto no le desagradó.

—Pero tú dices «jardín», y yo he visto tales jardines, que éste, a su lado, sería un desierto.

Alicia no quiso discutir sobre este punto y prosiguió:

—Y creí encontrar el camino que conduce a aquella colina...

—Tú dices «colina» — interrumpióle la reina —, y yo podría mostrarte tales colinas que, si las vieses, llamarías a esto valle.

—¡No, eso no! — replicóle Alicia, casi sorprendida de contradecir a la reina —. ¡Una colina *no puede* ser un valle; tú lo sabes bien! ¡Eso sería un disparate!

La reina movió la cabeza.

—Puedes llamarlo «disparate» si es tu gusto, pero yo he oído tales disparates, que éste, que a ti te lo parece, comparado con aquéllos, resulta tan razonable como un diccionario.

Alicia, temerosa de ofender a la reina cuyo tono había agriado un poquito, inclinó humildemente la cabeza y ambas caminaron en silencio hasta que llegaron a la cumbre de la colina. La niña durante unos momentos no pudo articular palabra contemplando el paisaje en todas direcciones... ¡Curioso paisaje, por cierto! Veíanse gran número de estrechos arroyos que cruzaban de lado a lado, y los espacios estaban subdivididos en cuadrados por canteros de césped que iban de arroyo a arroyo.

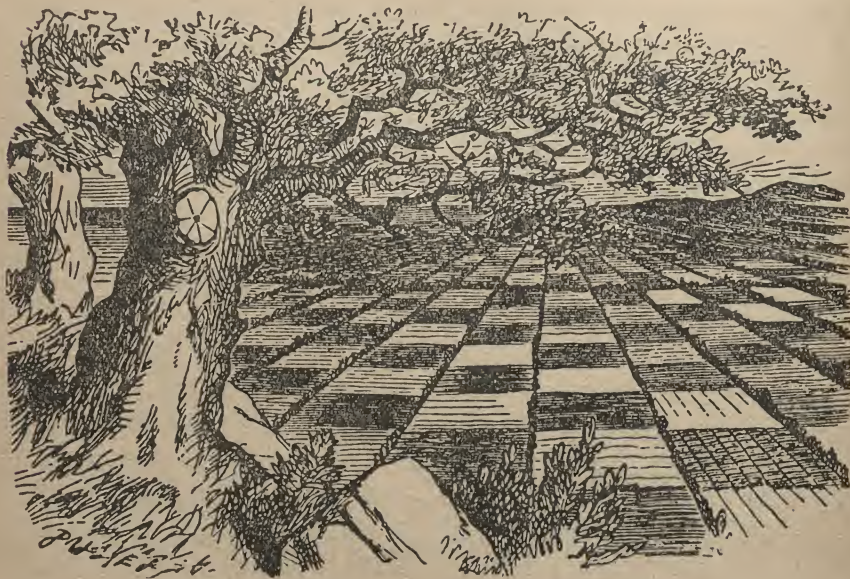
—¡Parece un tablero de ajedrez! — exclamó al fin Alicia —. Ahí podrían moverse algunos hombres... — agregó con alegría, y su corazón empezó a latir con fuerza mientras hablaba — ¡Es una inmensa partida de ajedrez la que se juega... sobre todo el mundo... si es que esto es el mundo! ¡Oh, qué hermoso es! ¡Cómo me gustaría ser uno de ellos! ¡Aunque fuera un peón, con

tal de participar... claro... que ser reina sería mucho mejor!

Mientras así decía miró con cierta timidez a la reina, que se sonreía placenteramente.

—Eso se puede arreglar pronto — dijo —. Puedes ser peón de la reina blanca, si tanto te gusta. Lili es aún demasiado joven para este juego. Para empezar, estás en el segundo cuadro. Cuando llegues al octavo, serás reina.

Y en este momento, sin que Alicia supiera por qué, emprendieron una desenfrenada carrera. La niña nunca comprendió, ni entonces ni después, cómo empezaron. Lo único que recordaba que la reina la llevaba de la mano y corría tanto que cada vez se hacía más difícil el seguirla. Y aún gritaba: «¡Más rápido! ¡Más rápido!». Pero Alicia comenzaba a comprender que no podía correr más y faltábale hasta el aliento para decirlo.



Lo más curioso del caso era que los árboles, y todo lo que las rodeaba, nunca cambiaban de lugar. Por mucho que corrieran nada se movía.

—¡Estoy por creer que todo corre con nosotras! — pensaba perpleja la pobre Alicia.

La reina, como si le adivinara el pensamiento, gritaba: «¡Más rápido! ¡Más rápido! ¡Y no intentes hablar!»

Alicia no tenía la menor idea de hablar. Al contrario, parecíale que no iba a poder pronunciar una palabra en su vida, y hallábase a punto de ahogarse, pero la reina gritaba siempre: «¡Más rápido! ¡Más rápido!», y la arrastraba sin piedad.

—¿Estamos cerca? — preguntó al cabo, jadeando, Alicia.

—¿Cerca? — repitió la reina —. Hace diez minutos que hemos pasado. ¡Más rápido!

Y así siguieron; el viento silbaba en los oídos de la niña, y parecía que se le llevaban el pelo.

—¡Ahora! ¡Ahora! — gritaba la reina —. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Y tan rápido iban, que al final, casi era un vuelo y sus pies no tocaban tierra. De repente, cuando ya Alicia se sentía casi asfixiar, se detuvieron. La niña se encontró sentada en el suelo, aturdida y sin aliento. La reina ayudóla a reclinarse contra un árbol.

—Puedes descansar un poco — le dijo.

Alicia miró con sorpresa a su alrededor.

—¡Cómo! — exclamó —. Parece que no nos hemos movido de debajo de este árbol. Está todo en el mismo sitio.

—¡Claro que sí! — repuso la reina —. ¿Y qué querías?

—No sé — contestó Alicia con la respiración entrecortada —. En nuestro país nos hallaríamos en otra parte si hubiésemos corrido de esta manera.

—¡País bien lerdo, por cierto! — dijo la reina con tono compasivo —. Aquí, ya lo ves, corre una todo lo más rápido que puede, para hallarse en el mismo lugar. Si quieres moverte de aquí, tienes que correr por lo menos con doble velocidad...

—¡Por favor! — suplicó Alicia con viveza a pesar de su cansancio —. Estoy más que satisfecha de estar donde estoy... Sólo que tengo un calor horroroso y una sed terrible.

—Ya sé lo que te hace falta — dijo la reina muy amablemente, y sacó una cajita del bolsillo —. Toma un bizcocho.

A Alicia le pareció poco galante rechazarlo, pues no era un bizcocho lo que ella necesitaba. Lo aceptó, y se lo comió como pudo, discurrendo que en su vida estuvo tan cerca de atragantarse, pues el tal bizcocho era más seco y duro que una piedra.

—Mientras descansas — dijo la reina — empezaré a medir.

Tras estas palabras, extrajo una cinta marcada por pulgadas y empezó a tomar medidas sobre el campo, en cuyo suelo y, de trecho en trecho, clavaba pequeñas estacas.

—A las dos yardas — dijo colocando un poste indicador — te daré instrucciones... ¿Quieres otro bizcocho?

—¡No, gracias! — repuso Alicia con rapidez —. Uno es bastante.

—Ya no tienes sed, ¿no?

Alicia no sabía qué responder, pero afortunadamente la reina no esperó contestación.

—A las tres yardas — prosiguió — las repetiré... por si las hubieses olvidado. A las cuatro te diré: «¡Adiós!» Y a las cinco te abandonaré.

Mientras tanto había terminado la colocación de todas las estacas. Alicia mirábala con gran interés. Al volver al árbol, empezaron a caminar lentamente sobre el tablero figurado.

Estaban en el límite de las dos yardas; la reina volvió la cabeza y dijo:

—Tú sabes que un peón puede correrse dos espacios en su primer movimiento. De modo que muy pronto podrás llegar al tercero... por ferrocarril, me parece... Y en un momento alcanzarás el cuarto. Ahora bien, este espacio pertenece a Tweedledum y Tweedledee... El quinto es casi todo agua... El sexto es propiedad de Humpty Dumpty... ¿Pero no haces ninguna observación?

—Yo... majestad..., yo no supuse que las tuviera que hacer, ahora...

—Tú — repuso la reina con tono de reproche — debieras decir: «Eres muy amable, majestad, al comunicarme todo esto». En fin, démoslo por dicho... El séptimo espacio es todo bosque...; mas no importa, uno

de los caballeros te indicará el camino... ¡Y en el octavo seremos reinas y habrá fiesta y alegría!

Alicia se puso de pie, se inclinó en una profunda reverencia ante la reina y se volvió a sentar en seguida.

En la siguiente estaca la reina le recomendó:

—Habla en francés cuando no recuerdes alguna cosa en tu idioma... Camina sobre la planta de los pies... y recuerda quién eres.

No se detuvo en esta ocasión para recibir la reverencia de Alicia. En un santiamén llegó a la siguiente estaca, desde donde, volviéndose, dijo: «adiós», y a toda prisa trasladóse al último espacio.

Cómo se produjo, nunca lo supo Alicia, pero en el preciso momento en que ella llegaba al último poste, la reina había desaparecido. Si se esfumó en el aire, o si se introdujo en el bosque corriendo — y hemos visto que corría bastante —, es cosa difícil de averiguar; pero se fué, y nuestra heroína empezó a darse cuenta de que era un peón y que estaba obligada a moverse.

CAPÍTULO III INSECTOS DE ESPEJO

Alicia pensó que, como primera providencia, debía hacer una amplia inspección ocular del terreno a través del cual iba a aventurarse.

—Es como si diese una lección de geografía — se dijo poniéndose de puntillas con el propósito de ver un poco más allá —. ¿Principales ríos?... ¡Ninguno! ¿Principales montañas?... Me hallo sobre la única, y no sé si merece el nombre de tal. ¿Pueblos importantes?...

— Aquí interrumpióse intrigada —. ¿Qué animales son aquellos que se ven allá, haciendo miel?... No pueden ser abejas. Nadie ve las abejas a una milla de distancia, eso es sabido.

Y por un tiempo estuvo observando a uno de aquellos bichos que se movía sin cesar entre las flores y metía la trompetilla en ellas, «exactamente como una abeja», según pensó Alicia.

Sin embargo era algo más que una abeja... ¡Era nada menos que un elefante! La niña no tardó en descubrirlo, y el hallazgo le heló la sangre en las venas.

— ¡Y qué flores tan enormes deben ser! — fué su pensamiento inmediato —. Algo así como chozas sin techo, colocadas sobre tallos... ¡Y la cantidad de miel que deben producir! Me parece que ya es hora de que empiece a moverme, y... ¡No, todavía no! — prosiguió deteniéndose al punto en que iba a emprender la carrera para bajar la loma y como buscando algún pretexto que justificara aquella repentina prudencia —. ¡Nunca debe irse hasta ellos sin una buena rama para ahuyentarlos!... ¡Qué lindo será cuando me pregunten cómo me fué en el paseo...! ¡Oh, les diré que me gustó mucho! — aquí hizo su favorito movimiento de cabeza —. ¡Sólo que había tanto polvo; hacía tanto calor; los elefantes fastidiaban tanto! Lo mejor será que vaya por el otro lado — dijo luego de una pausa —; tengo tiempo de visitar los elefantes más adelante. Además, es necesario que lo haga así para colocarme en el tercer espacio.

Y con esta excusa corrió loma abajo, plantándose en el primero de los seis pequeños arroyos.

* * * * *
* * * * *
* * * * *

—¡Los billetes, por favor!—reclamó el conductor metiendo la cabeza por la ventanilla.

Inmediatamente todos enseñaron los billetes. Los pasajeros eran de la misma talla que la gente común, y por lo visto llenaban el coche.

—¡Vamos nena, muestra tu billete!—repitió el conductor dirigiéndose a Alicia con mal modo.

Y muchísimas voces, «como un coro», pensó Alicia, dijeron a la vez:

—¡Vamos niña, no lo entretengas! ¡El tiempo para él vale a razón de mil libras el minuto!

—Temo que no lo haya comprado—excusóse Alicia con timidez—. De dónde yo vengo no vi ninguna taquilla.

Otra vez el coro dejóse oír:

—¡Por supuesto! ¡Allí no puede haber despacho de billetes. La tierra vale mil libras la pulgada!

—¡No me vengas con cuentos!—insistió el conductor—. Debías habérselo comprado al maquinista.

Y de nuevo el coro:

—¡El hombre que maneja la locomotora! ¡Sí; sólo el humo cuesta mil libras la bocanada!

—Es inútil hablar—pensó Alicia.

Esta vez las voces no hicieron comentario alguno, puesto que ella no había hablado, pero con gran sorpresa suya, *pensaron a coro*. (Supongo que ustedes sabrán lo que significa *pensar a coro*, pues yo debo confesar que lo ignoro.)

—Será mejor que no digas una palabra—pensaron las voces—. Las palabras cuestan mil libras cada una.

—Esta noche voy a soñar con las mil libras, estoy más que segura—se dijo Alicia.

Durante todo este tiempo el conductor no había dejado de mirarla; primero con un telescopio; luego con un microscopio, y ahora con unos gemelos de teatro.



—Estás viajando por el camino contrario—dijo al fin; y cerrando la ventanilla de un portazo, se alejó.

—¡Es cierto!—exclamó un caballero vestido con un traje de papel blanco, que se hallaba sentado frente a ella—. Una nena debe saber adónde va, aunque no sepa ni su propio nombre.

Una cabra, que viajaba junto al señor de blanco, cerró los ojos y dijo en voz alta:

—¡Ella debe saber adónde va para decirlo en el despacho de billetes, aunque no sepa ni el abecedario!

Como al parecer debían hablar por turno, un escarabajo, sentado junto a la cabra (era éste en verdad el más extravagante de los coches), dijo:

—¡Tendrá que reexpedirse como equipaje!
Alicia no pudo descubrir quién iba al lado del escarabajo, pero una voz ronca habló y dijo:

—¡Cambio de máquina!...

Y como si se sofocara tuvo que interrumpirse.

—Parece una hiena — pensó Alicia, y entonces una voz muy delgada murmuró a su oído:

—Se podría hacer un chiste con «hiena» y «llena», ¿no lo sabes?

Otra voz más dulce, un poco más distante, dijo:

—¡Debe ponérsele un letrero que diga: «Manéjese con cuidado»!

Luego de ésta, otras voces continuaron gritando.

—¡Pero cuánta gente hay en este coche! — se dijo Alicia.

—¡Debe mandársela por correo!... ¡Por telégrafo!... ¡Como un mensaje!... ¡Que conduzca el tren ella misma!... — y así por el estilo. Pero el caballero de blanco inclinóse hacia ella y le dijo al oído:

—No hagas caso de lo que te digan, querida. Lo que debes hacer es tomar un billete de vuelta cada vez que el tren pare.

—¡No lo haré! — gritó Alicia impaciente —. ¡Yo, nada tengo que ver con este viaje! Ahora mismo me hallaba en el bosque. ¿Podría volver allá?

La voz fina otra vez murmuró a su oído:

—Aquí podrías hacer otro chiste: Quisiera si pudiera.

—¡No me molestes más! — replicó Alicia, al tiempo que se esforzaba en descubrir de dónde procedía aquella voz —. Si tantas ganas tienes de hacer chistes, ¿por qué no te los haces tú misma?

La voz fina emitió un profundo suspiro. Evidentemente sentíase muy infeliz, y Alicia le hubiera dirigido algunas palabras de consuelo si al menos hubiese suspirado como las otras personas. Pero fué un suspiro tan

prodigiosamente débil, que no lo hubiese percibido de no producirse casi en el hueco de su oreja. Este suspiro tuvo la virtud de inclinar la simpatía de Alicia hacia el propietario de la voz fina, y hasta desvaneció la idea de infelicidad del minúsculo ser.

—Presiento que eres mi amiga — prosiguió la vocecita —. ¡Una buena amiga! ¡Una vieja amiga! Y tú no me harás ningún daño aunque yo sea un insecto.

—¿Qué clase de insecto? — inquirió Alicia ansiosa.

En realidad lo que ella deseaba saber era si se trataba de un insecto de los que pican; pero, ¡claro!, no resultaba muy correcto preguntársela al mismo interesado.

—¡Cómo! ¿No eres mi amiga? — empezó la vocecita; pero de pronto fué ahogada por un penetrante silbido de la locomotora que hizo levantarse a todos, incluso Alicia, muy alarmados.

El caballo, no una hiena como le pareciera antes a Alicia, que había asomado la cabeza por la ventanilla, la entró y dijo con mucha calma:

—Se trata tan sólo de un arroyo, y hay que saltarlo.

Al parecer todos se tranquilizaron con esta noticia, pero la niña se puso algo nerviosa ante la idea de que un tren saltara los arroyos.

—Menos mal — pensó Alicia — que este salto me llevará al cuarto espacio.

En seguida advirtió que el tren andaba por el aire y el susto la hizo agarrarse a lo primero que encontró, y lo primero que encontró fueron las barbas de la cabra.

* * * * *

Pero, al tocarlas, las barbas de la cabra se deshicieron entre sus manos, y se encontró de repente sentada, muy

tranquila, bajo un árbol, mientras el mosquito — tal era el insecto que la había estado hablando —, en una rama, balanceábase encima de su cabeza y la abanicaba con sus alas.

Era un mosquito de tamaño extraordinario, y era aún más extraordinario que no lo hubiese visto hasta entonces: «es grande como un pollo», pensaba Alicia; pero no sentía ningún temor, luego de haber sostenido aquella conversación con él.

—De modo que no te gustan los insectos — continuó el mosquito, como si nada hubiese sucedido.

—Me gustan si hablan. Ninguno de los que había de dónde yo vengo hablaba.

—¿Y con cuáles insectos te divertías de dónde vienes?

—En realidad no me divierten los insectos; más bien me dan miedo, al menos los grandes. Sin embargo, puedo decirte los nombres de muchos de ellos.

—¿De modo entonces que todos responden por sus nombres? — preguntó el mosquito como sin darle importancia.

—Nunca supe llamarlos.

—¿Cuál es la utilidad de poseer nombres, si no pueden contestar?

—No les son útiles a ellos, sino a las personas para distinguirlos. ¿Por qué, sino por esta utilidad, todas las cosas tienen su nombre?

—No puedo decirte nada. Allí, en el bosque, nadie tiene nombre... Pero sigue y nómbralos; estamos perdiendo tiempo.

—Bien. Primero, el caballito del diablo... — empezó Alicia contando con los dedos.

—Muy bien. En aquel arbusto, si miras, verás al caballito del diablo-mecedor. Está hecho de madera y se balancea para posarse de rama en rama.



—¿De qué se alimenta? — preguntó Alicia con gran curiosidad.

—De savia y de serrín. Sigue.

Alicia contempló con gran interés al caballito volante-balanceador; lo examinó, y al verlo tan brillante y untuoso, dedujo que había sido repintado. Después siguió:

—Tenemos el dragón volador...

—Mira hacia arriba, sobre tu cabeza. Ahí tienes al dragón volador. Su cuerpo es de budín; las alas de milhojas, y la cabeza de pasas que arden en coñac.

—¿De qué se alimenta? — preguntó como antes Alicia.

—De tortas y pasteles. Y hace sus nidos en las canastas de Navidad.

—Después, la mariposa — continuó Alicia luego de contemplar un buen rato al bicho con la cabeza en llamas y haber pensado: «Tal vez ésta sea la razón de que los insectos sean tan aficionados a volar juntos a las

lueces... Deben transformarse en dragones voladores».

—Arrastrándose a tus pies — dijo el mosquito, y Alicia encogióse asustada —, puedes observar la «tost-hada» voladora. Sus alas son dos rebanadas de pan tostado con manteca, el cuerpo un trozo de corteza, la cabeza un terrón de azúcar.

—¿Y de qué vive?

—De café con leche, chocolate y té.

—¿Y si no encuentran nada de eso? — preguntó Alicia, al presentársele esa nueva dificultad.

—Se mueren. La cosa está bien clara.

—Lo cual debe suceder muy a menudo — convino Alicia muy pensativa.

—Sucedre siempre.

Tras estas palabras, Alicia permaneció unos minutos reflexionando. Mientras tanto el mosquito se divertía



en revolotear alrededor de su cabeza, dejando oír su delgadísimo zumbido. Se detuvo por fin y dijo:

—Supongo que no tienes necesidad de pedir el nombre.

—Por supuesto que no — respondió Alicia.

—Sin embargo, yo lo ignoro — siguió el mosquito, muy cariñoso —. Sólo que pienso cuán útil sería si te las arreglaras para volver a tu casa sin él. Así, por ejemplo, si la institutriz te llamara para tomarte la lección, diría: «¡Venga aquí!...», y veríase obligada a detenerse por no ocurrírsele ningún nombre, y, por consiguiente, tú no irías. ¿Te das cuenta?

—Eso no ocurriría nunca, estoy más que segura. Mi institutriz es incapaz de interrumpir mis lecciones por esa bagatela. Si se olvida de mi nombre me llama *miss*, como me dicen los criados.

—Y bueno. Si dice *miss* y no dice otra cosa, puedes

decir: Si son *tus* no pueden ser *mis* lecciones. Ves, ahí tienes un lindo juego de palabras. Hubiera preferido que lo hicieras tú.

—¿Y para qué querías que lo hiciera yo? Es bastante malo.

Por toda respuesta, el mosquito exhaló un profundo suspiro, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Mejor que no practiques esos juegos — dijo Alicia — si te hacen tan infeliz.

A esto sucedió otro de aquellos débiles y melancólicos suspiros, y esta vez el pobre mosquito pareció fundirse en su propio suspiro, pues cuando Alicia levantó la cabeza, nada había ya en la ramita, y como empezaba a sentir frío de estar tanto tiempo allí sentada, levantóse y empezó a caminar.

Muy pronto se encontró en un campo abierto, en cuyo extremo se vislumbraba un espeso bosque, al parecer mucho más oscuro que el anterior; y Alicia tuvo un poco de miedo de aventurarse a entrar en él. Sin embargo, y luego de nuevas reflexiones, pensó que, con toda seguridad, no podría retroceder, y además, éste era el único camino que la conduciría al octavo espacio.

—Este — pensó — debe ser el bosque en el que las cosas no tienen nombre. ¿Qué haré con el mío cuando me interne entre sus árboles? No me gusta perderlo, de ningún modo. Me pondrían otro y probablemente sería muy feo. Resultaría cómico buscar al ser que se hubiese apropiado de mi nombre verdadero. Tendríamos que poner anuncios en los diarios como cuando se pierde un perro... *Responde al nombre de «Dash»; lleva collar de latón.* Imaginémosnos que a todo lo que encuentran le gritan: «¡Alicia!», hasta que *algo* responda. Aunque si fueran inteligentes nadie contestaría.

Embebida en estas consideraciones, la niña iba pro-

siguiendo su camino, y se encontró dentro del bosque, que era fresco y umbroso.

—De cualquier manera — dijo al verse bajo los árboles — es un gran consuelo, luego de sufrir tantos calores, hallarse dentro de un... de un... ¿de un qué? — prosiguió sorprendida de no dar con el nombre —. ¡Quiero decir verse bajo de... bajo de... bajo de *esto*! ¿Me entiende? — dijo poniendo un dedito sobre el tronco de un árbol —. ¿Y cómo se llama? Me parece que no tiene ningún nombre. Con toda seguridad que no lo debe tener.

Permaneció silenciosa unos minutos, muy pensativa.

—Ha sucedido, después de todo — prosiguió. — ¿Y yo quién soy? ¡Quiero recordarlo! ¡Sí, puedo! ¡Estoy decidida a hacerlo!

Pero la decisión no pudo ayudarla gran cosa, y luego de muchos esfuerzos sólo consiguió recordar:

—A, sé que empieza con A.

En aquel momento un cervatillo que merodeaba por allí, se aproximó a la niña y miró con sus dulces ojos a Alicia, sin demostrar mucha intranquilidad.

—¡Ven! ¡Ven! — gritaba Alicia, haciéndole señas con la mano para que se acercara a ella.

Pero el cervatillo retrocedía unos pasos a cada llamada, y se detenía otra vez, volviendo a mirar a Alicia.

—¿Cómo te llamas? — preguntóle al fin el cervatillo. ¡Y con qué voz tan dulce lo hizo!

—¡Quisiera saberlo! — pensó la pobre Alicia, y contestó con tristeza:

—¡Nada en este momento!

—Piénsalo otra vez — aconsejóle el cervatillo.

Alicia pensó, pero fué completamente en vano.

—¡Por favor! — dijo con humildad —. Dime cómo te llamas tú. Tal vez eso me ayudará un poco.



—Te lo diré si nos vamos algo más lejos; aquí no puedo recordarlo.

Y se marcharon a través del bosque, Alicia con su brazo rodeando amorosamente el aterciopelado cuello del cervatillo, hasta que irrumpieron en una amplia alameda, al llegar a la cual el cervatillo desprendióse súbitamente de Alicia, dando brincos de alegría.

—¡Soy un cervatillo! — exclamó con regocijo —. ¡Y válgame Dios, tú eres una criatura humana; una niña!

Una repentina ráfaga de alarma reflejóse en sus ojos castaños, y de pronto dió un gran brinco y huyó velozmente.

Alicia lo siguió con la vista y estuvo a punto de gritar de pena, al perder tan pronto aquel amable compañero de viaje.

—Menos mal que ahora recuerdo mi nombre. Esto me consuela algo. ¡Alicia! ¡Alicia!... No lo volveré a olvidar... Y ahora me pregunto, ¿cuál de estos postes indicadores debo seguir?

La respuesta no era muy difícil puesto que sólo cruzaba el bosque una sola carretera y ambos postes la indicaban.

—Lo decidiré — pensó la niña — cuando la carretera se bifurque y se indiquen distintas direcciones.

Pero esto no era probable que sucediera. Caminó un largo trecho, y dondequiera que el camino se dividía se encontraban siempre dos postes que indicaban la misma ruta.

Decía el uno: *Hacia la casa de Tweedledum* y la otra: *Hacia la casa de Tweedledee*.

—Por lo que veo, los dos viven en una misma casa — dijo Alicia al fin —. Me extraña que no se me ocurriera antes... Y yo no puedo permanecer allí mucho tiempo, lo suficiente para llamar a la puerta, decir: «Cómo están ustedes?», y enterarme del camino que conduce fuera del bosque. ¡Si pudiera llegar al octavo espacio antes del anochecer!

Y así continuó vagando y hablando consigo misma, hasta que al doblar un brusco recodo, tropezóse con dos enanos regordetes, tan de sopetón, que retrocedió asustada, sin poder reprimir un grito. Pero en seguida se rehizo, pues presintió quiénes eran.

CAPÍTULO IV
TWEEDLEDUM Y TWEEDLEDEE ⁽¹⁾

Los dos enanos estaban debajo de un árbol, el brazo de cada uno de ellos puesto sobre el hombro del otro, y Alicia supo al momento quién era quién, pues bordado sobre el cuello de la chaquetilla, uno llevaba el nombre DUM y el otro el de DEE.

—Supongo — dijo Alicia con mucho acierto —, que la palabra TWEEDLE se hallará escrita en la parte posterior del cuello.

Los vió tan quietecitos, tan inmóviles, que por un momento se olvidó que se trataba de seres vivientes y empezó a mirar sus espaldas en busca de la palabra TWEEDLE. De pronto, una voz que salía del marcado con el nombre de DUM hizo que se detuviese sobresaltada.

—¡Si te imaginas que somos figuras de cera — exclamó — debes pagar! Las figuras de cera no se hicieron para que se las vea de balde. ¡No faltaba más!

—¡Y al revés! — añadió el otro —. Si te crees que somos seres vivientes debes hablarnos.

—Les aseguro que lo siento mucho — fué todo lo que Alicia atinó a decirles, pues la letra de la antigua canción resonaba en su cabeza como el tictac de un reloj, y no pudo evitar el cantarla en voz alta:

(1) Personajes de una antigua canción infantil. (N. del T.)

*Tweedledum y Tweedledee
Pactaron combate fiero,
Porque según Tweedledee
Se estropeó un sonajero.
Graznando a todo gazarate
«Bajó un cuervo monstruoso
Y ellos, a cual más medroso,
Se olvidaron del combate».*

—Sé lo que estás pensando con respecto a eso — dijo Tweedledum —, pero no es así. ¡No faltaba más!

—Al revés — intervino Tweedledee —. Si fuera así, podría ser; si hubiera sido así, así sería, pero como no lo es, no es. Eso es lógico.

—Yo pensaba preguntarles — dijo Alicia con mucha timidez, anonadada por la abrumadora lógica de Tweedledee — cuál es el camino para salir del bosque. Empieza a oscurecer... ¡Por favor!, ¿me lo quieren indicar?

Pero los enanos se limitaron a mirarse uno a otro y a hacerse muecas. Tenían tanta semejanza con un par de colegiales, que Alicia, sin poderlo evitar, señaló con el dedo a Tweedledum diciendo:

—¡Niño primero!

—¡No faltaba más! — exclamó Tweedledum vivamente, y cerró la boca en seguida, previo un ruidoso chasquido de lengua.

—¡El otro niño! — dijo Alicia examinando a Tweedledee, aunque estaba segura de que éste diría: «¡No faltaba más», como así lo hizo.

—Has empezado mal — dijo Tweedledum —. Lo primero que se hace cuando se va de visita es decir: «¿Cómo están ustedes?», y dar la mano.

Aquí los dos hermanos se abrazaron con más fuerza.

Los dos a una, ofrecieron a Alicia la mano que les quedaba libre, pues con la otra manteníanse unidos continuamente.

Alicia no se había atrevido a darle la preferencia al uno por no herir la susceptibilidad del otro, y así evitábase dificultades; les tendió una mano a cada uno. En seguida los tres empezaron a girar vertiginosamente.

Esto parecióle a Alicia muy natural, y ni siquiera sorprendíanle los acordes de una música que llegaba hasta ellos desde la copa de un árbol, bajo el cual se hallaban, y que al parecer procedía del roce de sus hojas; el efecto era el mismo que el frotamiento del arco contra las cuerdas del violín.

—Resultaba muy divertido — decía Alicia a su hermanita cuando le refería la historia de sus aventuras — encontrarme cantando: *Aquí estamos dándole vueltas a la morera*. Yo no sé cuándo empezó, pero estuvimos mucho, pero mucho tiempo, cantando.

Los extraños compañeros, como eran muy gordos, pronto se quedaron sin resuello.

—Cuatro vueltas son suficientes para un baile — dijo Tweedledum jadeante, y dejaron de bailar tan súbitamente como habían empezado, cesando la música al mismo tiempo.

Soltáronse de las manos de Alicia y permanecieron unos minutos contemplándola. Fué una pausa embarazosa para ella; no sabía cómo iniciar la conversación con personas con quienes había estado bailando.

—Me parece — pensó —, que no es ésta la oportunidad de decirles: ¿Cómo están ustedes? Hemos ido un poco más allá de esos cumplidos. Espero que no estéis demasiado cansados — dijo al fin.

—¡No faltaba más! Y te agradezco mucho la pregunta — respondió Tweedledum.



—¡Obligadísimo! — agregó Tweedledee —. ¿Te gusta la poesía?

—Así, así... 'Alguna poesía — repuso Alicia dudosa —. ¿Me quieres decir cuál es el camino que conduce fuera del bosque?

—¿Cuál le puedo recitar? — preguntó Tweedledee mirando a Tweedledum con solemnidad, sin darse por enterado de la pregunta de Alicia.

—*La morsa y el carpintero* es la más larga — respondió Tweedledum abrazando afectuosamente a su colega.

Y Tweedledee comenzó al instante:

Sobre el mar...

Alicia aventuróse a interrumpirlo:

—Esa es *demasiado* larga — dijo de la manera más cortés que pudo —. ¡Decidme antes qué camino!...

Tweedledee sonrióse gentilmente y empezó otra vez:

*Sobre el mar brilla el sol resplandeciente,
 Y las olas amansa sonriente.
 Esto, siendo de día es muy frecuente,
 Pero a la medianoche es diferente.
 La luna lo miraba con tristeza,
 Y no podía entrarle en la cabeza
 Que el sol viniera, ya pasado el día,
 A hacerle semejante porquería.
 Era muy húmeda aquella mar serena,
 Y no podía estar más seca ya la arena.
 Ni una nube en el cielo,
 Ni del pájaro el vuelo,
 Puede verse; por la razón sencilla,
 De que no hay allí nube ni avecilla.
 Del brazo de una morsa, placentero,
 Por allí paseaba un carpintero.
 Y de pronto causóles honda pena,
 El contemplar tal cantidad de arena.
 —¡Qué grande cosa fuera
 — Dijeron —, si esta arena se barriera!
 ¿Crees que siete criados,
 Medio año ocupados,
 Cada uno barriendo escoba en mano,
 No dejarían esto sin un grano? —
 Repuso el carpintero: — Yo lo dudo —,
 Y evitar una lágrima no pudo.
 —¡Oh, ostras! ¡Venid y demos un paseo!—
 La morsa suplicaba—. ¡Es mi deseo
 Divertiros con mi palabra amena,
 Yendo y viniendo por la blanda arena!
 Pero que vengan cuatro solamente,
 E iremos de la mano alegremente—.
 La ostra vieja miróla con fijeza,
 Moviendo con recelo la cabeza.*



*Como diciendo: «Esa bondad me escama.
 ¡Cualquier día abandono yo mi cama!»
 Pero cuatro inocentes jovencitas,
 Ansiosas de visitas,
 Se elevaron, las caras bien lavadas,
 Las chaquetas bien limpias y aseadas.
 Los zapatos lustrados, relucientes.
 ¡Qué cosas que se ven tan sorprendentes!
 ¡Una ostra con zapatos y sin pies,
 Es de lo más extraño, como ves!
 Y otras cuatro salieron al momento,
 Y cuatro más, bailando de contento.
 Y otras, y otras, saltando a maravilla,
 Vinieron desde el mar hacia la orilla.
 Y morsa y carpintero, «piano piano»,
 Llevando algunas ostras de la mano,
 Por espacio de una hora caminaron,
 Y luego en una roca se sentaron.*

*Allí, formando círculo se ponen
 Las ostras, y a escucharlos se disponen.
 Dijo la morsa: —Ya llegó el momento
 De que empiece a contaros algún cuento.
 ¿De zapatos... de lacre... de vapores...
 De repollos... de reyes... de tambores?...
 ¿Por qué el mar está hirviendo?...
 ¿Si ver cerdos con alas es corriente?...
 —Pero antes, espérate un momento
 — Dijeron —, pues estamos sin aliento,
 Y tan gordas... — Y dijo el carpintero:
 —No hay prisa, ya os espero.
 —¡Gracias! — dijéronle todas a coro,
 Luego no importa que hables como un loro.
 —Necesitamos pan, sal y pimienta
 Mucha. — Dijo la morsa muy contenta:
 —Y ahora, queridas ostras, si os parece,
 Nuestra merienda es hora de que empiece.*



*—¡Pero no con nosotras! — protestaron.
 ¡Después que tan galantes se portaron!...
 ¡Luego del paseito eso sería
 Una indigna y terrible felonía!
 —¡Fijaos en la noche que es divina!
 — Dijo la morsa —. ¡Embriaga la retina!
 ¡Sois tan bellas! ¡Tenéis tan linda cara,
 Que era forzoso que os acompañara!—
 El carpintero, con su voz cascada,
 Sólo decía: —¡Otra rebanada!
 —¡Qué vergüenza! — la morsa dolorida
 Exclamaba —. ¡Jugarles tal partida!
 ¡Después de haberlas hecho ir tan lejos,
 Y de hacerlas correr como conejos!—
 La voz del carpintero oíase hueca:
 —¡Está mal esparcida la manteca!—
 Dijo la morsa: —¡Os amo!
 ¡Y por vosotras lágrimas derramo!—
 Y sí las derramaba, pero sordas.
 E iba seleccionando las más gordas.
 Y ocultaba su duelo,
 Cubriéndose la faz con un pañuelo.
 —¡Delicioso paseo, oh ostras mías!
 ¡No se ve cosa igual todos los días!
 Y ahora, volvámonos a casa...—
 ¡No se mueve ninguna! ¿Qué les pasa?
 ¡Nada! Sencillamente,
 ¡Que no han dejado ni una que lo cuente!*

—Me gusta la morsa — dijo Alicia — porque les tenía un poco de lástima a las pobres ostras.

—Comió más que el carpintero, sin embargo — repuso Tweedledee —. Viste que se ponía el pañuelo en la cara



para que el carpintero no pudiese contar las que se iba engullendo. ¡Al revés!

—¡Eso es indigno!— exclamó Alicia furiosa—. Entonces me gusta el carpintero..., si no devoró tantas como la morsa.

—Comióse tantas como pudo—respondió Tweedledum.

Esto era un problema. Luego de una pausa dijo Alicia:

—En fin, los dos eran bastante desagradables...

Aquí se detuvo un tanto alarmada al oír algo que resoplaba como una gran locomotora desde el bosque cercano a ellos; sus temores hacíanle prever algún animal salvaje.

—¿Hay tigres y leones, por aquí?— preguntó tímidamente.

—Esos son los ronquidos del rey rojo— contestó Tweedledee.

—Ven y lo verás— dijeron los dos hermanos llevándola de la mano al lugar donde dormía el rey rojo.

—¿No es éste un espectáculo agradable?— preguntó Tweedledum, señalando al rey dormido.

Alicia no pudo decir que sí, pues hubiese pecado de insincera. El rey tenía puesto un enorme gorro rojo de dormir con una borla en la punta, y yacía acurrucado, enrollado sobre el hueco de un montón de tierra. Roncaba muy fuerte, con un ruido «como si talmente le arrancaran la cabeza», según dijo Tweedledum.

—Me temo que pesque un resfriado por dormir sobre la hierba húmeda— advirtió Alicia, que era una niña sumamente compasiva.

—Está soñando— dijo Tweedledee—. ¿Sabes lo que sueña?

—Nadie es capaz de adivinarlo— repuso Alicia.

—¡Contigo!— exclamó Tweedledee batiendo palmas con aire de triunfo—. Y si cesara de soñar contigo, ¿dónde te parece que estarías tú?

—Donde estoy, supongo— contestóle Alicia.

—¡De ninguna manera!— replicó Tweedledee con cierto desdén—. ¡No estarías en ninguna parte! En su sueño tú sólo eres una especie de cosa.

—Si el rey se despertara— agregó Tweedledum—, tú te extinguirías... ¡Puf!... como la llama de una vela.

—¡No quiero!— protestó Alicia con indignación—. Además, si yo soy una especie de cosa en su sueño, ¿qué son ustedes?

—¡Item, ítem!— convino Tweedledum.

—¡Item, ítem— repitió Tweedledee.

Y gritaban tanto que Alicia no pudo menos que intervenir:

—¡Chitón! Lo vais a despertar con esos gritos tan terribles.

—Es inútil lo que digas sobre despertarlo — dijo Tweedledum —, desde el momento en que sólo eres una cosa en su sueño. Sabes bien que no eres real.

—¡Yo soy real! — protestó Alicia.

—Porque grites — replicóle Tweedledee — no vas a aumentar tu realidad en un ápice. No hay nada que gritar sobre esto.



—Si no fuese real — dijo Alicia sonriendo a través de sus lágrimas, pues encontraba ridículo todo aquello —, no podría gritar.

—¿Y no supones que ni siquiera esas lágrimas son verdaderas? — interrumpióle Tweedledum entre burlón y compasivo.

—Están hablando tonterías — pensó Alicia —, y es una



...abrazándose amorosamente al aterciopelado
cuello del cervatillo.

locura lamentarse—. Luego secóse las lágrimas y dijo tan alegremente como le fué posible: —De todos modos, lo mejor será que me digan cuál es el camino que sale del bosque. Empieza ya a oscurecer, ¿y no os parece que comienza a llover?

Tweedledum abrió un enorme paraguas para él y su hermano, miró a la niña y le dijo:

—No me parece. Al menos aquí debajo no llueve. ¡No faltaba más!

—Pero, ¿puede llover fuera? —preguntó Alicia.

—Puede, si te parece. Nada tenemos que objetar —convino Tweedledee—. ¡Al revés!

—¡Egoístas! —pensó Alicia, e iba a decirles: «¡Buenas noches!» y a dejarlos plantados, cuando Tweedledum salióse de debajo del paraguas y la agarró por una muñeca.

—¿Ves eso? —le preguntó con la voz entrecortada por la cólera, los ojos desorbitados, amarillentos de rabia, mientras señalaba con dedo tembloroso un pequeño objeto de metal blanco que pendía del árbol.

—Es un cascabel —contestó Alicia luego de un detenido examen—. ¡Pero entendámonos! ¡No una serpiente de cascabel! —agregó con prontitud pensando que el nombre pudiera asustarlos—. Un cascabel viejo y, por añadidura, estropeado.

—¡Ya lo sabía! —exclamó Tweedledum pataleando y tirándose de los cabellos—. Ya no sirve para nada! ¡Para nada!

Y miraba a Tweedledee, quien al instante sentóse en el suelo y trató de ocultarse bajo el paraguas.

Alicia puso la mano sobre el hombro de Tweedledum y le dijo con mucho cariño:

—Yo creo que no vale la pena ponerse de esa manera por un sonajero viejo.

—¡Pero si no es viejo!—replicó Tweedledum más enfurecido que antes—. ¡Es nuevo! ¡Te digo que es nuevo! ¡Lo compré ayer! ¡Mi precioso, mi nuevo CAS-CABEL!

Y aquí levantó la voz hasta convertirla en un verdadero alarido.

Todo este tiempo estuvo Tweedledee haciendo esfuerzos para cerrar el paraguas, metido él dentro. Este episodio tan extraordinario distrajo la atención de Alicia, quien no se preocupó ya del enojado hermano. Pero Tweedledee no pudo conseguirlo en absoluto; al fin se hizo un ovillo con la cabeza fuera, y permaneció echado en el suelo abriendo y cerrando la boca y sus grandes ojos, «como un pez», según pensó Alicia.

—¿De manera que estás de acuerdo en que peleemos?
—preguntó Tweedledum algo más sosegado.



—Supongo —repuso Tweedledee, saliendo de debajo del paraguas— que es el único medio que nos puede ayudar a resolverlo. Eso tú lo sabes tanto como yo.

Y los dos hermanos, agarrados de la mano, se internaron en el bosque, volviendo al poco rato cargados con toda clase de objetos, tales como almohadones, frazadas, manteles, coberteras, cubos de carbón, etcétera.

—Esperamos —dijo Tweedledum— que seas lo suficiente habilidosa para atar cintas y colocar alfileres. Todos estos objetos han sido adquiridos para que de un modo u otro nos los pongamos encima.

Alicia no recordó haber oído en todos los días de su vida alboroto ni estrépito parecidos al que armaron los dos enanos para colocarse encima todos aquellos artefactos, y las molestias que le produjo al atar cordeles, poner alfileres y abrochar botones.

—En realidad, van a parecer fardos de ropa vieja cuando terminen —pensó Alicia mientras le ponía a Tweedledee un almohadón enrollado al cuello «para que no le cortaran la cabeza», según propia confesión.

—Debes estar enterada, sin duda —agregó Tweedledee muy formal—, que lo peor que le pueda ocurrir a uno en una batalla, es que «le corten la cabeza».

Alicia se puso a reír con todas sus ganas, pero se las arregló de manera que pareciese un acceso de tos, temerosa de que lo tomara a mal.

—¿Estoy muy pálido? —preguntó Tweedledum acomodándose el yelmo.

El lo llamaba yelmo, pero tenía todas las trazas de una cacerola.

—Sí, un poquito —repuso Alicia con gentileza.

—Por lo regular soy muy valiente —prosiguió el enano ahuecando la voz—, pero hoy parece que me duele algo la cabeza.

—Y yo tengo un dolor de muelas horroroso — intervino Tweedledee, que había oído la observación de su compañero —. Me encuentro bastante peor que tú.

—Pueden dejar la pelea para otro día — propuso Alicia con la idea de que era aquélla una oportunidad de hacer algo en favor de la paz.

—Debemos pelear un poco, aunque no me preocupa que sea por mucho tiempo — dijo Tweedledum —. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media — contestó Tweedledee consultando el reloj.

—Peleemos hasta las seis, y luego cenemos — fué la contestación de Tweedledum.

—Muy bien — asintió el otro conforme, pero algo triste —. Ella puede vigilarnos... Únicamente — agregó dirigiéndose a Alicia — no te aproximes mucho. Por lo general, cuando me excito le pego a todo lo que veo.

—Y yo le pego a todo lo que se me pone por delante, que lo vea o no — agregó Tweedledum.

—Según eso — dijo Alicia riéndose — debéis golpear los árboles muy a menudo.

—Es más que probable que no quede ni uno en pie por estos contornos cuando hayamos terminado la batalla — afirmó Tweedledum, y miró a su alrededor con una sonrisa de satisfacción.

—¡Y todo por un sonajero! — recalcó Alicia, aún con la esperanza de avergonzarlos un poquito, por pelearse por tal bagatela.

—Ni se me hubiese ocurrido — dijo Tweedledum — de haberse tratado de uno viejo.

—¡Cómo me gustaría que apareciera el monstruoso cuervo! — pensó Alicia.

—Sólo tenemos una espada — díjole Tweedledum a su hermano —, pero puedes pelear con el paraguas; es



bastante puntiagudo. Lo que debes hacer es prepararte cuanto antes. Se está poniendo muy oscuro.

—¡Muy oscuro! — asintió Tweedledee.

En efecto, oscureció tan de pronto que Alicia pensaba que se avecinaba una tormenta.

—¡Qué tremenda nube negra! — exclamó —. ¡Y cómo corre! ¡Juraría que tiene alas!

—¡Es el cuervo! — chilló Tweedledum alarmado, y

ambos hermanos dieron media vuelta, comenzaron a correr, y, en un momento, perdiéronse de vista.

Alicia internóse en el bosque y se detuvo bajo un corpulento árbol.

—Aquí no me puede alcanzar ese monstruo —pensó—. Es demasiado grande para pasar por entre los árboles, aunque preferiría que no batiera las alas de esa forma. ¡Parece un huracán!... ¡Calla!... Esto es el chal de alguien a quien el viento parece habérselo arrebatado.

CAPÍTULO V

LANA Y AGUA

Alicia se apresuró a recoger el chal mientras hablaba y miró a su alrededor en busca de la dueña del mismo. Esta apareció en seguida. Era la reina blanca que venía corriendo desde el bosque, con los brazos en alto, como si volara, y Alicia fué a su encuentro, muy cortésmente, llevando el chal en la mano.

—Me alegra mucho haberte encontrado —dijo nuestra niña mientras le ayudaba a ponérselo.

Por toda respuesta, la reina blanca la miraba entre asustada y desvalida, cuchicheando algo que sonaba como: «¡Pan y manteca! ¡Pan y manteca!». Alicia comprendió que si quería conversar con la reina debía ella misma iniciar la conversación.

—¿Es la reina blanca a quien tengo el honor de dirigirme? ¿No recuerdas que ya antes me *viste*? —preguntó Alicia con mucha timidez.

—Soy la reina blanca, pero en cuanto a eso de que



me *viste*, te juro que no tengo la menor idea de lo que es vestirse.

Dióse cuenta Alicia de las dificultades en que iba a verse para elegir un tema, y sonriendo dijo:

—Si vuestra majestad me sugiere la forma correcta de empezar, lo haré de la mejor manera que pueda.

—No necesito hacerlo, por cierto —lamentóse la pobre reina —; estuve dos horas vistiéndome.

Alicia pensó que si hubiera tenido quién la vistiera, habría sido mejor, pues estaba muy desaliñada.

—¡Todo lo lleva torcido! — se dijo la niña —. Y eso que va llena de alfileres —. Y agregó en voz alta:

—¿Puedo colocarle el chal en debida forma?

—Yo no sé qué defecto puedes encontrarle — repuso la reina con melancólica voz —. Yo lo pinché por aquí, lo pinché por allá...

—Debes saber que no puede estar bien si le pones todos los alfileres en un mismo lado — dijo Alicia, mientras colocábale el chal correctamente —. ¡Y qué pelo, Dios mío!

—El cepillo se enredó en él — contestó la reina con un suspiro —. ¡Y ayer perdí el peine!

Alicia extrajo con mucho cuidado el cepillo de entre aquellas marañas y puso en orden el revoltijo del pelo.

—Ahora ya tienes otro aspecto — dijo luego de haber cambiado de lugar la mayor parte de los alfileres —. Pero créeme, debieras tener una doncella.

—Estoy segura de que tú llenarías admirablemente ese cometido, y sería un placer inmenso para mí... Te pagaría dos peniques semanales y confitura cada otro día.

—No necesito que me contrates — dijo Alicia sin poder contener la risa —. Y la confitura no me importa.

—Es una confitura riquísima.

—Será como tú dices, pero de cualquier manera, *hoy* por hoy, no la deseo.

—Y aunque la quisieras tampoco la tendrías. La regla es: confitura mañana y confitura ayer; pero nunca confitura *hoy*.

—Pero alguna vez *debe* tocar «confitura hoy».

—No puede ser. ¡Confitura cada otro día, ésa es la norma y sabes que hoy no es otro día!

—¡No entiendo nada! Esto es terriblemente confuso.

—Son los efectos de vivir en pretérito — dijo la reina bondadosamente —. Al principio siempre se halla una un tanto aturdida.

—¡Vivir en pretérito! ¡Nunca oí tal cosa!

—Y tiene la gran ventaja de que la memoria tiene dos caminos.

—Estoy segura de que la mía sólo tiene uno. No es posible recordar cosas que no han ocurrido.

—¡Es muy pobre la memoria que sólo recuerda lo que pasó!

—¿Y qué *clase* de cosas son las que recuerdas con mayor claridad?

—¡Oh, cosas que han sucedido después de la semana que viene — dijo la reina con indiferencia. Por ejemplo — prosiguió, enrollándose en el dedo una tira de tela emplástica —, aquí tenemos el mensajero del rey. Ahora está preso y se le castiga. El juicio se verá el miércoles. El crimen recién se cometerá al final.

—Imaginémonos que no cometiera el crimen.

—¿Y no te parece que eso sería lo mejor? — contestóle la reina, atando con un hilo la tela emplástica.

Alicia no pudo objetar nada a esto.

—Desde luego sería lo mejor. Pero el ser castigado no lo sería.

—Estás equivocada de medio a medio. ¿No te castigaron nunca?

—Únicamente por faltas cometidas.

—Pero lo fuiste, a pesar de todo — replicó la reina con aire de triunfo.

—Pero ya he dicho que era por faltas cometidas. Hay una gran diferencia.

—Pero si no las hubieses cometido, hubiera sido todavía mejor; ¡mucho mejor! ¡¡Muchísimo mejor!!

Y cada «mejor» íbalo diciendo en voz más alta hasta que al último se convirtió en un chillido agudísimo.

—Aquí hay algún error y... — empezó Alicia, pero la reina daba tales gritos que tuvo que interrumpirse.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! — gritaba la reina sacudiendo la mano como si quisiera desprenderse de ella —. ¡El dedo me sangra! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Los chillidos eran idénticos al pito de un tren y Alicia tuvo que taparse los oídos con ambas manos.

—¿Qué pasa? — preguntó a la reina en cuanto tuvo la oportunidad de ser oída —. ¿Te has pinchado el dedo?

—¡Aún no! — gritaba la reina —. ¡Pero no tardaré en pinchármelo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

—¿Y cuándo te lo vas a pinchar? — preguntóle Alicia, conteniendo la risa.

—Cuando me abroche otra vez el chal — gemía la pobre reina —. ¡El broche se abrirá en seguida! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

En esto se le desprendió el chal y procedió presurosa a prendérselo de nuevo.

—¡Cuidado, ten cuidado! — exclamó Alicia —. Te lo pones mal.

E iba a ayudarla, pero era tarde. El alfiler resbaló y fué a clavarse en el dedo de la reina.

—Esto explica el que me sangrara antes — díjole ésta a Alicia con una sonrisa. ¡Ahora comprenderás cómo suceden aquí las cosas!

—¿Y por qué no gritas ahora? — preguntó Alicia levantando las manos para taparse los oídos.

—Porque ya grité antes todo lo que tenía que gritar — respondió la reina —. ¿Cuál sería la ventaja de hacerlo otra vez?

En estos momentos el cielo se empezaba a aclarar.

—Me parece que el cuervo se ha marchado ya — dijo



...¿era eso que estaba sentado detrás del mostrador una oveja?

Alicia —. ¡Me alegra tanto que se haya ido! ¡Creí que estaba anocheciendo!

—Si pudiera ponerme contenta — exclamó la reina —. ¡Pero no recuerdo la manera de hacerlo! Tú podrías ser muy feliz viviendo en el bosque y alegrándote cuando se te ocurriera.

—Pero es muy solitario — repuso Alicia con voz melancólica, y el recuerdo de su soledad hízole derramar dos gruesas lágrimas.

—¡Oh, no sigas! — rogóle la reina retorciéndose las manos con desesperación —. ¡Considero cuán excelente niña eres! ¡Considero la terrible caminata que has hecho! ¡Considero la hora que es! ¡Considéralo todo tú también, pero no llores!

Alicia no pudo menos que reírse, aun en medio de sus lágrimas, al oír estas palabras.

—¿Y tú puedes abstenerte de llorar considerando cosas?

—Eso es lo que debe hacerse — repuso la reina con decisión —. Nadie puede hacer dos cosas a la vez. Empecemos por considerar tu edad. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo exactamente siete años y medio.

—Puedes ahorrarte lo de «exactamente». Puedo creerlo sin esa palabra. Ahora te diré algo que también puedes tú creer. Yo tengo, justos, ciento un años, cinco meses y un día.

—No puedo creerlo.

—¿No puedes? — lamentóse la reina con voz muy triste —. A ver, prueba otra vez. Respira fuerte y cierra los ojos.

Alicia comenzó a reír.

—No es costumbre hacer esas pruebas. No pueden creerse cosas imposibles.

—Yo más bien lo atribuyo a falta de práctica — con-

testóle la reina —. Cuando yo tenía tu edad, hacía todos los días media hora de ejercicio. Algunas veces creí hasta seis cosas imposibles antes del desayuno... ¡Oh, el chal! Se me escapa otra vez!

En efecto, se le había desprendido el broche mientras hablaba, y un repentino golpe de aire se lo llevó al otro lado de un pequeño arroyo. La reina, extendiendo los brazos, voló en su persecución, y esta vez lo obtuvo sin ayuda ajena.

—¡Ya lo tengo! — exclamó con aire de triunfo —. Y ahora vas a ver como yo misma me lo sujeto.

—¿Está mejor tu dedo, entonces? — preguntó Alicia con mucha cortesía, cruzando el arroyo en pos de la reina.

* * * * *

—¡Oh, mucho mejor! — gritó la reina, y el volumen de su voz iba en aumento y era más ronca —. ¡Mejor! ¡Me...jor!! ¡¡¡Mejor!!!... ¡¡¡Mee...!!!

La primera sílaba era tan exacta al balido de una oveja que Alicia retrocedió asustada. Contemplaba a la reina, quien repentinamente apareció cubierta de lana. Alicia frotóse los ojos y volvió a mirarla. No acertaba a darse cuenta de lo que había sucedido. ¿Estaba en una tienda? ¿Era realmente *aquello*... ¿era *eso* que estaba sentado detrás del mostrador una oveja? Aunque se frotase los ojos cuanto quería, no podía quitársela de delante... Hallábase, en efecto, en una pequeña tienda, detrás del mostrador, con los codos apoyados sobre él y, sentada en un sillón, una oveja ya bastante anciana, estaba haciendo calceta; de cuando en cuando interrump-

pía su labor para mirarla por encima de unos enormes anteojos que llevaba puestos.

—¿Qué quieres comprar? — preguntó la oveja.

—No sé — contestóle Alicia muy amable —. Antes me gustaría, si es que puedo, dar un vistazo alrededor.

—Puedes mirar lo que tienes enfrente y lo que hay a ambos lados, si gustas — repuso la oveja —, pero lo que se llama alrededor, no puedes..., a menos que tengas ojos en el cogote.

Pero como no los tenía, se conformó Alicia con volverse, y examinó todos los estantes.

La tienda estaba llena de toda clase de objetos curiosos, pero lo más raro era que, dondequiera que mirara, el estante observado estaba siempre vacío, y los demás abarrotados de chucherías.

—¿Siempre corren de este modo las cosas aquí? — preguntó al fin la niña con voz quejumbrosa, luego de perseguir en vano algo que brillaba y que unas veces era una muñeca, otras convertíase en un costurero, pero que siempre trasladábase al estante de más arriba —. Y ésta es la más odiosa de todas... pero te diré que... — agregó de pronto asaltándole la mente una repentina idea —. ¡Lo voy a perseguir hasta el último rincón. Supongo que no se irá por el techo.

Pero supuso mal. La «cosa» se corrió hasta el techo sin ningún ruido ni ceremonia, como si estuviese ya acostumbrada a esa clase de paseos.

—¿Eres una chica o una peonza? — preguntóle la oveja agarrando otro par de agujas —. Me vas a aturdir si sigues rodando de ese modo.

La oveja tejía ahora con quince pares de agujas a la vez, y Alicia no pudo disimular su sorpresa al darse cuenta de tal novedad.

—¿Cómo puedes trabajar con tantas agujas? — le

preguntó la niña atónita —. Tu labor parece un puerco espín, con tantas púas.

—¿Sabes remar? — preguntó, a su vez, la oveja, y le entregó un par de agujas sin contestar a su pregunta.

—Un poco — dijo Alicia —, pero no en tierra y con agujas...

No pudo terminar la frase. Las agujas convirtiéronse en un par de remos, la tienda en un pequeño bote que se deslizaba por un río, y no tuvo más remedio que hacer lo que pudo.

—¡Vuela! — gritó la oveja agarrando otro par de agujas.

Esto no lo tomó Alicia como una observación, y sin molestarse en contestarle, seguía dándole a los remos.

—Algo muy raro pasa con el agua — pensó al sumergir en ella los remos, lo cual hacía con presteza, pero encontraba mucha dificultad al levantarlos.

—¡Vuela! ¡¡Vuela!! — repetíale la oveja proveyéndose de más agujas —. En seguida vas a pescar un cangrejo.

—¡Un cangrejo! — pensaba Alicia alborozada —. ¡Uno chiquito, me gustaría!

—¿No oyes lo que te digo?, ¡vuela! — insistió la oveja con enojo; tenía un nuevo puñado de agujas en la mano.

—¡Claro que lo oigo! Lo has dicho como veinte veces y bastante fuerte... Por favor..., ¿dónde están los cangrejos?

—¿Dónde van a estar! ¡En el agua! — contestó la oveja clavando agujas en la lana, pues las manos ya no le daban abasto —. ¡Vuela, te digo!

—¿Por qué me dices «vuela» tan a menudo? ¿Te figuras que soy algún pájaro?

—Claro que lo eres. Eres un pequeño cisne.

Esto ofendió un tanto a Alicia, quien por unos mo-

mentos estuvo sin pronunciar palabra. Mientras tanto el bote deslizábase plácidamente, ya sobre un lecho de algas, que dificultaban aún más que antes el manejo de los remos, ya bajo frondosos árboles, pero siempre entre elevadas márgenes que se destacaban sobre sus cabezas.

—¡Por favor! ¡Mira qué plantas tan hermosas!— exclamó Alicia de pronto, en un transporte de alegría—. ¡Son realmente bellas..., y qué perfume exhalan!

—No necesitas decirme ¡por favor! para eso — repuso la oveja sin abandonar su trabajo —. Yo no las puse ahí, ni las voy a sacar de donde están.

—Ya sé. Lo que quiero decir..., por favor... ¿Podemos detenernos y cortar algunas? Si no te opusieras a que el bote parara unos minutos.

—¿Y cómo puedo yo detenerlo? — contestóle la oveja —. Deja de remar, y él solo se detendrá.

El bote fué abandonado a sus propios impulsos, deslizándose sobre la ondulante corriente entre perfumadas adelfas y lujuriantes nenúfares... Alicia se levantó las diminutas mangas de su vestido y sumergió en las aguas cristalinas sus dos bracitos hasta el codo, para poder asegurar desde bien abajo los tallos antes de arrancarlos... Por unos minutos se olvidó en absoluto de la oveja y de su calceta, y permaneció inclinada sobre el agua con las trenzas sobre la corriente, los ojos llenos de ansia y de entusiasmo, ocupada en las plantas.

—Lo único que deseo es que no zozobre el bote — pensó —. ¡Oh, qué hermosa rama! ¡Lástima que no esté a mi alcance!

Esto, francamente, contrariábala un poco. «Como si lo hicieran a propósito», pensaba, pues aunque recogía muchísimas y fragantes flores mientras el bote avanzaba con lentitud, siempre había alguna mucho más bella, que no podía atrapar.

—¡Las más lindas son siempre las que están más lejos! — exclamó suspirando ante el alejamiento obstinado de aquellas ramas, mientras que, con las mejillas encendidas, las manos y el pelo chorreando, revolvíase en el asiento, arreglando los tesoros recientemente adquiridos.

¿Qué le importaba a ella que los ramos empezaran a marchitarse y a perder toda su belleza y perfume en el mismo instante en que los arrancara? Hasta las flores reales duran poco... Y éstas, flores de ensueño, fundíanse como la nieve conforme las iba amontonando a sus pies... Pero Alicia apenas si se preocupaba de este detalle. ¡Había otras cosas tan curiosas en qué pensar!

Seguramente estaban muy lejos, cuando uno de los remos se atascó dentro del agua sin que hubiera forma de arrancarlo (así lo explicaba ella luego). Las consecuencias no fueron muy agradables. El mango dióle debajo de la barba y, a pesar de una serie de gritos de miedo y de protesta, fué lanzada de su asiento sobre el marchito montón de flores y ramas.

A pesar del golpe no se hizo ningún daño, y pronto se puso de pie, mientras la oveja seguía atareada con su calceta, como si nada hubiese sucedido.

—¡Qué lindo cangrejo has pescado! — exclamó la oveja cuando Alicia se acomodaba de nuevo en su asiento, contenta de verse aún dentro del bote.

—¿Un cangrejo? ¡No lo vi! — repuso Alicia, e inclinándose sobre un lado de la barca se puso a espiar atentamente las oscuras aguas —. Hubiese preferido que no se escapara. ¡Deseaba tanto llevarme uno a casa!

La oveja rióse burlonamente, siempre dedicada a su calceta.

—¿Hay muchos cangrejos por aquí? — le preguntó Alicia.

—Cangrejos y toda clase de objetos — respondió la

oveja —. Y todo de lo más escogido, con que, a ver si te resuelves. ¿Qué quieres comprar?

—¿Comprar? — repitió Alicia, y llena de admiración y temor, observó cómo remos, bote y río, se desvanecían en un segundo, y se encontraba de nuevo dentro de la oscura y pequeña tienda.

—Quisiera, si te parece bien, comprar un huevo — dijo Alicia con timidez —. ¿A cómo los vendes?

—Uno, cinco peniques y cuarto...; dos, dos peniques.

—¿Cómo; dos valen menos que uno? — exclamó Alicia sacando el monedero.

—Sí, pero si compras dos, debes comértelos al momento.

—Entonces dame sólo uno — dijo Alicia colocando el importe sobre el mostrador, pues pensó: «¿Quién sabe qué clase de huevos venderán aquí!»

La oveja puso el dinero en el cajón.

—Yo nunca entrego la mercancía en las propias manos del comprador — dijo —; ni lo haré jamás. Agárralo tú misma.

Y al decir esto se fué al otro extremo de la tienda, y colocó el huevo, parado, en un estante.

—¿Por qué tendrá que hacer eso? — discurría Alicia a tientas por entre sillas y maderas, pues, al final, la tienda estaba oscurísima—. ¡Y este huevo parece que cuanto más me acerco más se aleja!... A ver, esto que palpo... parece una silla... ¡Pero no..., tiene ramas!, ¡y hojas! ¡Qué cosa tan rara, encontrar árboles aquí! ¡Y un arroyo! ¡Por Dios, que es la tienda más extraña que he visto en mi vida!

* * * * *

Y continuó maravillándose a cada paso que daba, pues todos los objetos se transformaban en árboles en el preciso momento que llegaba a ellos. Alicia esperaba que con el huevo le ocurriría lo mismo.

CAPÍTULO VI

HUMPTY DUMPTY (1)

Pero no fué así; el huevo hacía-se más y más grande, y adquiría contornos de rostro humano. Cuando estuvo a unos pocos pasos de él, pudo comprobar que tenía su buena nariz, ojos y boca; y más cerca, vió claramente al mismísimo Humpty Dumpty en persona.

—¡No puede ser otro! — pensó —. Estoy tan segura como si llevase el nombre escrito en la cara.

Bien podía ser escrito centenares de veces sobre aquel enorme rostro. Hallábase sentado a la turca sobre el filo de un elevado muro, y Alicia se maravillaba de que pudiera mantenerse en equilibrio. Sus ojos miraban fijamente en dirección opuesta a ella, de modo que no pudo enterarse de su presencia, por lo que Alicia tuvo sospechas de haberse equivocado y de que tal vez se tratara de un muñeco de trapo.

—¡Y cuán exacto es a un huevo! — exclamó en alta voz, alzando las manos como para recibirlo, pues estaba segura de que iba a caerse de un momento a otro.

—¡Es verdaderamente irritante — dijo Humpty Dumpty, luego de un largo silencio y con la mirada

(1) Personajes de una conocida canción infantil inglesa. (N. del T.)



fija en la lejanía — sentir que le llamen a uno huevo! ¡Muy irritante!

—Yo, señor, sólo dije que parecía un huevo — aclaró Alicia amablemente —. No me negarás que hay huevos preciosos — agregó con más confianza y en la esperanza de que su observación pudiera convertirse en un cumplido.

—Algunas personas —repuso Humpty Dumpty mirando hacia otro lado, según su costumbre— tienen tanto sentido común como una criatura.

Alicia no supo qué responder a esto. Pensó que ésta

no era, por cierto, una conversación, puesto que nada le decía a ella. Sus últimas palabras parecían realmente dirigidas a algún árbol. Y, lentamente, sin moverse, repetíase a sí misma:

*Humpty Dumpty, sentado sobre un muro,
Sufriendo un buen porrazo, cayó en el suelo duro.
Y aunque del rey vinieron los vasallos,
No lo pueden subir, ni aun con caballos.*

—El último verso es un poco largo — dijo en voz alta olvidándose de que Humpty Dumpty podía oírla.

—No estés ahí hablando contigo misma — susurró Humpty Dumpty, mirándola por primera vez —. Dime tu nombre y tu oficio.

—Mi nombre es Alicia, pero...

—Un nombre bastante estúpido — le interrumpió impacientemente Humpty Dumpty —. ¿Qué significa?

—¿Debe un nombre necesariamente significar algo? — preguntó Alicia con cierta duda.

—Desde luego — repuso Humpty Dumpty, que lanzó una breve carcajada —. Mi nombre, por ejemplo, significa la forma que yo tengo... una linda forma, por cierto. Con un nombre como el tuyo puedes tener una forma cualquiera.

—¿Y por qué estás ahí sentado tan solito? — le preguntó Alicia, que no tenía ganas de discutir.

—¿Por qué? Pues porque no hay nadie conmigo. Te figurabas que no iba a encontrar respuesta, ¿no? A ver, hazme otra pregunta.

—¿No te parece que estarías más seguro aquí abajo, en el suelo? — prosiguió Alicia, no con la idea de ofrecerle otro acertijo, sino con la bondadosa inquietud que le inspiraba la estrafalaria criatura —. ¡Es tan requeteestrecha esa pared!

—¡Qué preguntas tan tremendamente fáciles haces! Desde luego yo no pienso así. Porque si me hubiese caído alguna vez, de lo cual no existe ninguna probabilidad..., pero si hubiera ocurrido...

Aquí apretó los labios y miró a Alicia de una manera tan solemne, que ésta apenas si pudo contener la risa.

—Si me hubiese caído — prosiguió —, «el rey me ha hecho promesa»... ¡Ah! Puedes palidecer, si quieres. No habías supuesto que era eso lo que iba a decir, ¿no es cierto? Pues sí, «el rey me ha hecho promesa!...», de su propia boca...

—«...de enviar todos sus hombres y todos sus caballos» — interrumpióle Alicia imprudentemente.

—¡Eso es ya demasiado! — exclamó Humpty Dumpty presa de repentina cólera —. ¡Tú estuviste escuchando detrás de las puertas, detrás de los árboles, dentro de las chimeneas!... ¿Y de no ser así, cómo ibas a enterarte de mis asuntos?

—No hice nada de eso — repuso Alicia amablemente —. Lo leí en un libro.

—¡Ah! De modo que se pueden escribir todas esas cosas en un libro — dijo más calmado Humpty Dumpty —. Es lo que llaman una Historia de Inglaterra, ¿no es así? Ahora mírame bien. Yo soy uno que ha hablado con un rey, en persona. Quizás nunca veas otro semejante. Y para demostrarte que no soy orgulloso, ¡chócala!

Sus labios se entreabrieron en una sonrisa burlona, en que la boca le llegaba de oreja a oreja, y se inclinó casi hasta el suelo cuando ofrecía su mano a Alicia; ésta, al estrechársela, lo miraba con cierta ansiedad.

—Si me sonrío un poco más — pensó Alicia —, se le juntarán las comisuras en el cogote, y no sé qué le ocurrirá a su cabeza... ¡Tengo miedo que se le divida en dos!

—¡Sí, «todos sus hombres y todos sus caballos»! ¡Y

me recogerán en un minuto; ya lo creo! — aquí hizo una pausa —. Me parece que estamos conversando con demasiada rapidez, retrocedamos a la penúltima premisa.

—Temo no recordarla — dijo Alicia con una sonrisa muy cortés.

—En ese caso empecemos de nuevo. Me toca a mí elegir el tema...

—Habla como si se tratara de un juego — pensaba Alicia.

—Y he aquí una pregunta. ¿Cuántos años dijiste que tenías?

—Siete años y seis meses — contestóle Alicia luego de un breve cálculo.

—¡Está mal! — exclamó Humpty Dumpty con aire de triunfo —. ¡Nunca digas semejante palabra!

—Es que entendí que me preguntabas: «¿Cuántos años tienes?»

—Si lo hubiese querido decir lo hubiese dicho.

Alicia no tenía ganas de proponer otro tema y se calló.

—¡Siete años y seis meses! — repitió Humpty Dumpty pensativo —. Desagradable edad. De haberme pedido consejo te hubiese dicho: «Me quedo con los siete...», pero ahora es ya tarde.

—Yo nunca pido permiso para crecer — exclamó Alicia indignada.

—¿También orgullosa? — lamentóse Humpty Dumpty. Alicia se sintió aún más indignada ante esta observación.

—Quiero decir que uno no puede evitar el hacerse viejo.

—Uno tal vez no pueda — convino Humpty Dumpty —, pero dos pueden. Con una ayuda apropiada tú podías quedarte en los siete.

—¡Qué bonito cinturón llevas! — exclamó de pronto Alicia para salir de este embrollo.

Pensó que ya había hablado bastante de la edad, y si era cierto que también ella estaba en el derecho de elegir la conversación, ahora era su turno.

—A lo menos una hermosa corbata — dijo, para rectificar lo que había dicho —, diría... no; un cinturón, quise decir... ¡Perdóname! — agregó desanimada, ante la mirada ofendida de Humpty Dumpty; estaba arrepentida de haber elegido semejante tema.

—Si al menos supiera — pensó — cuál es el pescuezo y cuál es la cintura...

Humpty Dumpty hallábase evidentemente colérico, pues nada dijo por unos minutos. Cuando volvió a hablar lo hizo con un ronco gruñido.

—Es inaudito — dijo al fin — que una persona no sepa distinguir una corbata de un cinturón... ¡Es lo último!

—Reconozco mi torpeza — contestóle Alicia, con tanta humildad, que Humpty Dumpty aplacóse un tanto.

—¡Es una corbata, nena! ¡Una preciosa corbata, como dices tú!... ¡Un regalo del rey y de la reina blancos! ¡Como lo oyes!

—Realmente es preciosa — asintió Alicia, complacida al ver que por fin había elegido un tema agradable.

—El presente me lo hicieron — continuó Humpty Dumpty, con aire meditativo, cruzando una pierna sobre la otra y rodeándose ambas rodillas con las manos —, me lo hicieron, repito, con motivo de mi no-cumpleaños.

—¿Me perdonas? — preguntóle Alicia.

—No estoy ofendido, habla — repuso Humpty Dumpty.

—¿Qué significa un regalo de no-cumpleaños?

—Es un regalo que se hace sin ser el cumpleaños; la cosa no puede ser más clara.

—Yo prefiero un regalo de cumpleaños — dijo Alicia después de meditar un momento.

—¡No sabes lo que dices! ¿Cuántos días tiene el año?

—Trescientos sesenta y cinco.

—¿Y cuántos cumpleaños celebras?

—Uno.

—Y si sacas uno de trescientos sesenta y cinco, ¿cuántos días quedan?

—Trescientos sesenta y cuatro.

Humpty Dumpty quedóse mirando pensativo.

—Será mejor que hagas la cuenta sobre un papel.

Alicia no pudo menos de sonreírse al tomar su cuaderno y escribir las cifras en él:

365

—1

364

Humpty Dumpty lo agarró y lo examinó detenidamente.

—Parece que está bien...

—¡Lo miras al revés!

—Claro que sí — dijo Humpty Dumpty muy jovial, poniéndolo como era debido —. Ya me pareció un poco raro mientras estaba diciendo: «Parece que está bien...» Aunque no tuve tiempo de verificarlo en ese momento... Queda comprobado, ahora, que quedan trescientos sesenta y cuatro días para recibir regalos de no-cumpleaños.

—¡Y sólo *uno* para el regalo de cumpleaños! ¡Es una gloria para ti!

—No sé lo que entiendes tú por «gloria».

Humpty Dumpty sonrióse despreciativamente.

—Desde luego, no lo sabrás si no te lo digo — repu-

so —. Quiero significar que tienes «un bonito argumento».

—Pero «gloria» no quiere decir «un bonito argumento».

—Cuando uso una palabra — replicóle Humpty Dumpty con orgulloso tono —, significa exactamente lo que yo pretendo que signifique. ¡Ni más ni menos!

—Aquí se trata de que me digas si puedes construir palabras que signifiquen tantas cosas distintas.

—Aquí se trata de averiguar quién es el amo, quién manda. ¡Eso es todo!

Alicia encontrábase demasiado confundida para decir una sola palabra.

—Todas, o la mayoría de las palabras, tienen su carácter, su genio... los verbos en particular son los más orgullosos... Con los adjetivos puedes hacer lo que quieras, pero no con los verbos... De cualquier manera yo los manejo a todos a mi antojo... Impenetrabilidad. Eso es lo que yo digo.

—Por favor, explícame lo que pretendes decir con «impenetrabilidad».

—Así habla una niña razonable — dijo Humpty Dumpty muy complacido —. Pretendo decir con «impenetrabilidad» que ya hemos hablado bastante de este asunto, y sería justo y conveniente que expusieras lo que quieres hacer luego, pues no creo que pretendas quedarte aquí por los siglos de los siglos.

—¡Es una gran cosa fabricar palabras tan elásticas — dijo Alicia meditabunda.

—Cuando yo fabrico una palabra que desempeña esa serie de trabajos, siempre la pago extra.

—¡Oh! — exclamó Alicia que estaba demasiado confusa para decir cualquier otra cosa.

—¡Si vieras qué cantidad me rodean los sábados por



la noche para recibir la paga! — continuó Humpty Dumpty moviendo gravemente la cabeza.

Alicia no quiso aventurarse a preguntarle con qué les pagaba, y por consiguiente no lo podemos decir.

—Pareces muy bien enterado de la significación de las palabras — dijo Alicia —. Si fueras tan amable y me explicaras el verdadero sentido del poema que se titula *Jabberwocky*.

—Recítalo — repuso Humpty Dumpty —. Yo puedo explicarte el significado de todos los poemas que se han escrito y de muchos que nadie ha escrito aún.

Alicia pensó que esto era prometedor, y recitó la primera cuarteta:

*Era la queda, por entre las ondas
Las morenas lucían sus colores.
Las ninfas en el río, en el solar las pacas,
Refocilábanse. Un chambergo picaba caracoles.*

—Como principio es más que suficiente — le interrumpió Humpty Dumpty —. Está lleno de palabras difíciles. *Queda* es la hora de retirarse, se indica en ciertos lugares por medio de un toque de campana. También significa estar de broma.

—Muy bien, ¿y ondas?

—*Ondas* pueden ser las olas del mar; pueden ser las ondulaciones del cabello y si le antepones una *h* puede ser una cuerda en forma de trenza con un ojal en medio, en el que se coloca una piedra para ser lanzada a distancia, y que usan los pastores. Ya ves que las palabras son como los portamantas, caben en ellas varios significados.

—Eso veo — convino Alicia meditativa —. ¿Y *morenas*?

—*Morenas* son unos peces muy voraces, y se les llama también así a las personas de faz oscura; son también unos panes grandes, y reciben ese nombre los residuos de pedruscos que se forman al lado de los glaciares.

—Es muy curioso. ¿Y *ninfas*; y *pacas*?

—*Ninfas* son las deidades mitológicas de las fuentes y los bosques; es el estado de metamorfosis entre el insecto y la mariposa, por ejemplo, el capullo del gusano de seda. A una muchacha muy hermosa se le llama ninfa asimismo. *Paca* es un animalito parecido a una liebre. Es también un fardo grande; el algodón se enfarda en pacas. Y en Andalucía a las Franciscas se las llama Pacas.

—Y *chambergo*, supongo que es un sombrero — terminó Alicia como sorprendida de su propia erudición.

—En efecto. Pero aquí no es sombrero, puesto que *pica* caracoles, sino un pájaro.

—No había caído en eso. Sin pico, ¿cómo iba a picar!

—Ese es otro portamantas, *picar*. La ropa se *pica* cuando se apolilla; el vino se *pica* cuando se torna agrio; el sol, cuando es muy fuerte, *pica*, y no me dirás que tengan pico. Para hacer albóndigas se *pica* la carne. Y esos papelitos que se arrojan en carnaval se llaman papel *picado*; de modo que la palabrita sirve para todo... Y entre paréntesis, ¿de dónde sacas tú todo esto?

—Lo leí en un libro. Pero sé una poesía mucho más fácil que ésta, que me recitó... Tweedledee, si mal no recuerdo.

—En cuanto a poesías — expuso Humpty Dumpty alargando una de sus manazas —, debes saber que puedo recitarte tantas como quieras, si viene el caso...

—¡Oh no, no hace falta! — le respondió Alicia, interrumpiéndole con presteza para evitar que empezara.

—Voy a recitarte una — exclamó Humpty Dumpty, sin darse por enterado de su observación — que fué escrita exclusivamente para divertirte a ti.

Alicia convencióse de que en este caso debía escucharlo, y tomó asiento resignada.

—¡Gracias! — dijo con voz más bien triste.

*Cuando la nieve cubre el bosque con su manto,
Para tu gozo, esta canción te canto...*

—Aunque como puedes notar — interrumpióse —, no la canto.

—Ya lo estoy viendo — convino Alicia.

—Si puedes ver si la canto o no, posees los ojos más penetrantes del mundo — observó Humpty Dumpty con severidad.

Alicia permaneció silenciosa. No acertaba una.

*La primavera de verde lo salpica.
Te diré entonces lo que esto significa.*

—¡Muchísimas gracias! — exclamó Alicia.

*En verano los días largos son,
Y quizás tú comprendas la canción.
En otoño, las hojas cambian de color;
Entonces te lo anotas, es mejor.*

—Lo haré si consigo retenerlo en la memoria tanto tiempo — dijo la niña.

—No tienes necesidad de hacer observaciones de esa índole, no son sensatas y además me desconciertan...

—repuso Humpty Dumpty, y prosiguió:

*A los peces envié yo un mensajero,
Y les dije: — ¡Esto quiero!
Y ellos me remitieron con un paje
Una respuesta indigna a mi mensaje.
Y la respuesta de los peces fué:
—Eso, señor, no haríamos porque...*

—Temo no poder entenderlo — dijo Alicia.

—Luego es más fácil — contestóle Humpty Dumpty.



*Las palabras siguientes
Dije: — ¡Mejor que sean obedientes!—
Y ellos me contestaron con desdén:
—¡No nos molestes, que aquí estamos bien!—
Les dije una vez más, tres, cuatro veces;
Y no me hacían caso aquellos peces.
Preparé una sartén bien grande, nueva;
Muy conveniente para aquella prueba.*

*Me saltaba y brincaba el corazón,
Y llené la sartén con gran fruición.
Entonces vino a mí alguien corriendo,
Y me dijo que hallábanse durmiendo.
—¡Vete y que los despierten al instante!—
Díjale en voz clara y terminante.
En voz alta, lo mismo que un bramido.
¡Y se lo dije cerca del oído!*

Y al decir estos últimos versos levantó la voz de tal manera que hizo temblar a Alicia.

—Por nada de este mundo hubiese querido ser yo el mensajero — pensó ésta.

*Y aquel tipo orgulloso, fatuo y tieso,
Dijo: — No hay que gritar tanto por eso —,
Y con mucha jactancia vino a mí:
—¡Iría a despertarlo! — dijo — si...—
Agarré un sacacorcho de un estante,
Me fuí a despertarlos al instante,
Y al encontrar las puertas tan cerradas,
La emprendí a puñetazos y a patadas.
Vi la puerta cerrada. —¡Abrirla quiero!
— dije cerrojo en mano —. ¡Pronto! — Pero!...*

Hubo una prolongada pausa.

—¿Eso es todo? — preguntó Alicia.

—¡Eso es todo! — repuso Humpty Dumpty —. ¡Adiós!

—¡Adiós! — contestó a su vez Alicia, al tiempo que se levantaba y le tendía la mano —. Hasta que nos encontremos de nuevo.

—No te conocería si nos volviéramos a encontrar — dijo Humty Dumpty alargándole un solo dedo —. Eres exactamente como las demás personas.

—El rostro es lo que nos diferencia.



...y sin molestarse en contestarle, seguía dándole a los remos.

—Del rostro es de lo que me quejo. Tu cara es igual a la cara de todo el mundo... Aquí los ojos... — y los marcó en el aire con un dedo —, la nariz en medio, la boca debajo. ¡Siempre lo mismo! Sería muy distinto si tuvieras, por ejemplo, los ojos a un lado de la nariz... o la boca arriba de la cabeza..., eso sería un detalle para distinguirte de los demás.

—Pero no sería nada lindo.

Humpty Dumpty cerró los ojos ensimismado. Alicia esperó unos momentos a que hablara otra vez, pero como siguiera con los ojos cerrados y, al parecer, hasta ignorante de su presencia, Alicia una vez más díjole adiós.

No obtuvo contestación, y alejóse tranquila y pausadamente, pero no pudo menos de discurrir mientras iba caminando:

—De todas las desagradabilísimas... — esto lo dijo en voz muy alta como si sintiera una honda satisfacción al poder pronunciar una palabra tan extensa—. De todas las desagradabilísimas personas que jamás haya encontrado...

No pudo terminar la frase. En aquel mismo momento, un terrible estrépito conmovió el bosque de un extremo a otro.

CAPÍTULO VII

EL LEON Y EL UNICORNIO

Tras el estrépito empezaron a llegar soldados, corriendo a través del bosque; primero de dos en dos, luego de a tres, de a diez, de a veinte, y al final, en grupos tan compactos, que uno solo de ellos era sufi-

ciente para llenarlo. Alicia refugióse debajo de un árbol por temor a ser arrollada y esperó a que pasaran.

Pensó que nunca había visto unos soldados que tuviesen las piernas tan inseguras. No hubo objeto con el que no tropezaran, ni eran capaces de ir dos juntos sin tropezar uno con el otro y caer rodando por el suelo, lo que daba lugar a que todos los que iban detrás se precipitaran sobre ellos, de modo que en poco tiempo, el suelo hallábase cubierto de cientos de montones de hombres.

Llegaron luego los caballos. Estos, con sus cuatro patas, podían manejarse con más seguridad, pero no por eso dejaban de dar sus buenos tropezones, y parecía una especie de regla o ley, el que tan pronto como el caballo daba un traspiés allá iba el jinete despedido por el aire. La confusión iba en aumento de una manera alarmante, y Alicia se sintió feliz al hallarse en un lugar abierto en donde encontró al rey blanco sentado en el suelo, muy ocupado en escribir en su cuaderno de apuntes.

—¡Los he enviado a todos! — exclamó el rey, muy contento, al ver a Alicia —. Dime, querida, ¿encontraste algunos soldados mientras ibas por el bosque?

—Sí, creo que eran algunos miles — contestóle Alicia.

—Cuatro mil doscientos siete, ésa es la cifra exacta — repuso el rey consultando el libro —. No pude enviar todos los caballos, porque dos los empleo en la caza. A los mensajeros tampoco los he enviado. Los dos fueron a la ciudad... A propósito, fíjate si los ves por la carretera y dímelo.

—A nadie veo en la carretera.

—¡Si yo poseyera tus ojos! ¡Ser capaz de ver a Nadie! ¡Y a esa distancia! Yo sólo podría ver personas de carne y hueso, desde aquí.

Alicia no oyó estas palabras; con la mano puesta sobre los ojos a guisa de pantalla, estaba empeñada en descubrir si venía alguien por la carretera.

—¡Ya veo a alguien! — exclamó al fin —. Pero viene muy despacito y hace unos gestos muy extraños.

El mensajero (pues era él) venía saltando y caracoleando como una anguila, y mientras avanzaba, extendía las manos como si fueran abanicos.

—Nada de eso — dijo el rey —. Es un mensajero anglosajón y esos gestos son puramente anglosajones. Sólo los hace cuando se siente feliz. Se llama Fidel...

—Amo a mi amor con F — no pudo menos de empezar Alicia, acordándose de un juego — porque es feliz. Lo



odio con F porque es feísimo. Lo alimento con... con... con filetes y fruta... Se llama Fidel y vive en...

—Y vive en una fortaleza — terminó el rey ingenuamente, sin darse cuenta de que participaba en el juego, mientras Alicia seguía titubeando en busca de un pueblo que empezara por F—. El otro mensajero se llama Fausto... Yo necesito dos, ¿sabes?; para ir y venir. Uno va y otro viene.

—Pido tu perdón — rogóle Alicia.

—No es acción digna y respetable el pedir.

—No, quise decir — interrumpióle Alicia —, que no entiendo bien. ¿Por qué uno para ir y otro para venir?

—¿No te lo estoy diciendo? — insistió el rey un poco nervioso —. Debo tener dos; para llevar y para traer. Uno para ir a buscar, uno para ir a llevar.

En este momento llegó el mensajero. Estaba demasiado sofocado para poder articular una sola palabra; limitóse a mover las manos y a hacerle al pobre rey las más espantosas muecas.

—Esta señorita — dijo el rey presentándole a Alicia, con la esperanza de que el mensajero se serenase y se fijara en él — te ama con una F.

Pero todo fué inútil; el anglosajón exageraba aun más sus extravagantes gesticulaciones, y sus enormes ojos movíanse de un lado para otro.

—¡Me alarmas! — exclamó el rey —. ¡Ay, me siento desfallecer!... ¡Dame inmediatamente un emparedado de jamón!

Y el mensajero, con gran regocijo de Alicia, abrió un saco que llevaba colgado al hombro y le dió un emparedado al rey, quien lo devoró ávidamente.

—¡Otro!

—Ya no hay más. Sólo queda fruta — repuso el mensajero atisbando el fondo del saco.

—¡Bueno, dame fruta! — murmuró el rey con acento desfallecido.

Alicia se alegró al notar que el rey iba reanimándose.

—Cuando uno se siente débil, no hay nada como la fruta — dijo el rey a Alicia mientras engullía.

—Opino que rociarla con agua pura sería mejor... — sugirió Alicia —, o alguna sal aromática...

—Yo no dije que no hubiese nada mejor. Dije que no había nada como esto.

Alicia no se atrevió a ponerlo en duda.

—¿Y a quién viste por la carretera? — preguntó el rey alargando la mano en demanda de más fruta.

—A nadie — repuso el mensajero.

—Muy bien. Fué el mismo que vió esta señorita. Por lo visto Nadie camina mucho más despacio que tú.

—Yo hice lo que pude — contestóle el mensajero de mal humor —. Aseguraría, sin embargo, que Nadie camina más rápido que yo.

—¡No puede ser! — exclamó el rey con extrañeza —. De lo contrario Nadie hubiese llegado primero. Pero vamos a ver; ahora que estás tranquilo, o lo pareces al menos, dínos qué es lo que ocurre por el pueblo.

—Quisiera cuchicheárselo al oído, en secreto — repuso el mensajero poniendo las manos junto a su boca en forma de bocina, y de puntillas para llegar a su oído.

Alicia se sintió muy satisfecha ante la perspectiva de que ella también se enteraría de las novedades ocurridas seguramente, pues algo le transmitiría al rey.

No hubo necesidad de una retransmisión, pues el mensajero, en lugar de cuchichear al oído del rey, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ya están otra vez!

—¿Y a esto le llamas tú cuchichear? — preguntó el pobre rey dando un salto y sacudiendo la cabeza como

un perro recién salido del agua — ¡Si vuelves a hacer semejante cosa te daré un coscorrón! ¡Me has dejado la cabeza como si tuviera un terremoto dentro!

—Un terremoto chiquito — pensó Alicia; y en voz alta preguntó:

—¿Quiénes están otra vez?

—¿Quiénes quieres que sean?; el león y el unicornio ⁽¹⁾.

—«Peleando por la corona», por supuesto.

—¡Claro que sí! — asintió el rey —. Y lo más chocante del caso, y también lo más grave, es que se trata de mi corona. ¡Corramos a verlos!

Y empezaron a correr, en tanto que Alicia recitaba las palabras de la vieja canción:

*Por la corona el Unicornio y el León
Pelean con tesón.*

*El León al Unicornio lo golpea,
Llevándolo a porrazos por la aldea.*

*Alguien les da pan blanco, pan moreno
Y tortas de manzana. Y como un trueno,
Los tambores resuenan con estruendo,
Y los obligan a escapar corriendo.*

—¿Puede... el que gana... obtener... obtener... la... la... corona? — preguntó Alicia con voz entrecortada, pues aquella carrera no la dejaba ni respirar.

—¡No, válgame Dios! ¡Vaya una idea!

—Si quisieras ser lo suficiente bueno... — iba diciendo Alicia, jadeante y sin cesar de correr —, detenerte un segundo... sólo para recobrar... recobrar... la respiración.

—Yo soy lo suficientemente bueno, lo que no soy es

(1) Canción popular infantil inglesa. (N. del T.)



lo suficientemente fuerte. Detenerme en un segundo, de golpe y porrazo, con lo pronto que un minuto pasa, es como si quisieras detener un huracán.

Alicia ya no tuvo ánimo para volver a chistar, y siguieron corriendo en silencio hasta que llegaron a un llano donde se veía una enorme aglomeración de personas alrededor del león y el unicornio, que peleaban con inaudita fiereza. Los dos estaban envueltos en una nube de polvo tan densa, que a primera vista Alicia no pudo distinguir quién era quién, pero observando mejor, individualizó al unicornio, por su cuerno, lo único que se veía.

Se colocaron junto a Fausto, el otro mensajero, quien, con una taza de té en una mano y una gran rebanada de manteca en la otra, observaba la pelea.

—Acaba de salir de la cárcel y no tuvo tiempo de

terminar su desayuno cuando fué conducido a ella — murmuró Fidel al oído de Alicia, al ver que ésta observaba a Fausto con extrañeza —. Allí sólo le dieronstras vacías, y ya ves, el pobre tiene un hambre y una sed terribles. ¿Qué tal, estimado muchacho? — prosiguió rodeando con su brazo el cuello de Fausto.

Miró éste a su alrededor, movió la cabeza y siguió dándole unos tremendos mordiscos al pan y manteca.

—¡Pero contesta! ¿No puedes hablar? — exclamó impaciente Fidel. Pero Fausto, imperturbable, continuaba engullendo, y se ayudaba con alguno que otro sorbo de té.

—¡Habla! ¿No quieres? — chilló furioso el rey —. ¿Cómo va la pelea?

Fausto hizo un sobrehumano esfuerzo para tragarse un enorme trozo de pan y manteca que lo dejó atragantado por unos minutos.

—Va muy bien — respondió al fin con voz ahogada —. Los dos se han derribado mutuamente unas ochenta y siete veces.

—Supongo que no tardarán en traerles pan blanco y moreno — aventuróse Alicia.

—Eso esperan — contestó Fausto —. Lo que yo como es una parte de ello.

En este preciso instante había cesado la pelea y los dos rivales, jadeantes, se sentaron en el suelo. El rey ordenó:

—¡Se les concede diez minutos para refrescarse!

Fidel y Fausto pusiéronse en movimiento trayendo grandes bandejas de pan blanco y moreno. Alicia quiso probar un pedacito, pero era tan duro que no pudo ni siquiera hincarle el diente.

—No creo que hoy quieran pelear más — dijo el rey a Fausto —. Da orden de que toquen los tambores.

Fausto salió dando brinco como un saltamonte. Alicia lo contempló silenciosa unos minutos. De pronto iluminóse su rostro.

—¡Mirad, mirad! — exclamó con tono vehemente —. ¡La reina blanca viene corriendo a través del campo! Viene volando por el bosque... ¡Pero qué ligero corren esas reinas!

—Sin duda la sigue algún enemigo — dijo el rey sin mirar siquiera —. Estos bosques están plagados de ellos.

—¿Pero no corres a auxiliarla? — preguntó Alicia sorprendida de su indiferencia.

—Es inútil, es inútil — repuso el rey —. Corre con una rapidez tan asombrosa, que más fácil resultaría atrapar un ciclón. Te daré algunos datos sobre ella si lo deseas. Es una criatura deliciosa — dijo hablando consigo mismo mientras abría un libro de apuntes —.



Deletrea «criatura» apoyándote en la «i» — agregó él.

En ese momento el unicornio pasaba junto a ellos, con las manos en los bolsillos.

—Yo hice cuanto pude — le dijo al rey; después lo miró, siempre sin interrumpir su paseo.

—Poco a poco — repuso el rey algo nervioso —. No pudiste atravesarlo con tu cuerno; lo sabes bien.

—Ningún daño le hubiera hecho — le replicó el unicornio con desdén —. En ese momento sus ojos tropezaron con Alicia. Se detuvo, mirándola con aire de disgusto.

—Qué... es... esto? — preguntó al fin.

—Esto es una niña — respondió Fidel con entusiasmo, y acto seguido se plantó ante Alicia para presentarla, con los brazos extendidos sobre ella en una actitud enteramente anglosajona —. La hemos encontrado hoy.

—Yo creí siempre que *eso* eran monstruos fabulosos

— observó el unicornio —. ¿Y está viva?

—Está viva y sabe hablar — contestó Fidel solemnemente.

El unicornio, atemorizado, contempló a Alicia unos momentos.

—A ver, habla — le dijo.

Alicia no pudo reprimir una sonrisa.

—Debes saber — comenzó — que yo también había creído siempre que el unicornio era un monstruo fabuloso. Jamás vi uno vivo.

—Está bien. Ahora que nos hemos visto mutuamente, creerás en mí, y yo creeré en ti. ¿Hacemos ese trato?

—Si te place, hagámoslo.

—¡Vamos, anciano, manda a buscar la torta de manzanas! — añadió el unicornio dirigiéndose al rey —. ¡Nada de pan moreno para mí!

—¡Es verdad, sí, es verdad! — balbucía el rey hacién-

dole señas a Fidel —. ¡Abre el saco! — ordenóle —. ¡Pronto! ¡No, ése no!... ¡Está lleno de fruta!

Fidel extrajo de la alforja un espléndido pastel de manzanas y se lo dió a Alicia para que se lo tuviera; en seguida, de la misma, sacó una bandeja y un cuchillo. Cómo salieron estas cosas, Alicia nunca pudo comprenderlo, y pensó que era como un juego de prestidigitación.

Mientras tanto el león se había aproximado a ellos, con los ojos medio cerrados, parecía cansado y somnoliento.

—¿Qué es esto? — exclamó perezosamente al ver a Alicia; su voz era tan profunda como el tañido de una enorme campana.

—¿Qué es? — repitió el unicornio con viveza —. ¡Nunca lo adivinarías! Tampoco yo pude.

El león, con aire aburrido, contemplaba a Alicia.

—¿Eres un animal?... ¿Un vegetal?... ¿Un mineral?... — preguntábale; y entre palabra y palabra lanzaba espantosos bostezos.

—¡Es un monstruo fabuloso! — replicó el unicornio, sin darle a Alicia tiempo de contestar.

—Bien, monstruo, reparte el pastel — ordenó el león echándose en el suelo, con el hocico entre las patas delanteras —. Y vosotros — añadió dirigiéndose al rey y al unicornio —, sentaos también y jugad limpio con la torta, ¿estamos?

El rey no se hallaba muy cómodo en medio de aquel par de fieras, pero como no había otro lugar, no tuvo más remedio que sentarse allí.

—¡Qué pelea podríamos hacer ahora! — exclamó el unicornio, mientras lanzaba una mirada disimulada a la corona del pobre rey, que casi no se le sostenía en la cabeza, a causa del temblor que sacudía su cuerpo.



—Yo la ganaría en un abrir y cerrar de ojos — dijo el león.

—No estoy muy seguro de que así fuera — replicóle el unicornio.

—¿Aún hablas? ¡Gallina! Te arrastré por toda la aldea dándote golpes — rugió el león lleno de ira, haciendo ademán de levantarse.

Aquí intervino el rey para impedir que se reanudara la pelea. Estaba muy nervioso y la voz le temblaba de una manera lastimosa al decir:

—¿Por toda la aldea? Es un lindísimo paseo. ¿Fuis-
teis por el Puente Viejo? ¿Y por el mercado? Aunque el Puente Viejo es lo más pintoresco — agregó con el propósito de conjurar el peligro.

—Ni lo sé siquiera — gruñó el león acomodándose de nuevo —. Había demasiado polvo para fijarse en nada...

¿Pero qué hace el monstruo que no termina nunca?

Alicia, sentadita al borde de un arroyo, con la bandeja sobre las rodillas, manejaba hábilmente el cuchillo.

—¡Qué fastidio! — replicó la niña. Como se ve había-
se familiarizado con el nombre de monstruo —. ¡He
cortado ya varias porciones y vuelven a unirse!

—Veo que no sabes cómo arreglártelas con las tortas del espejo — observó el unicornio —. Primero se reparten, después se cortan.

Alicia pensó que esto era una solemne majadería, pero muy obediente, hizo circular la bandeja entre los invitados y, efectivamente, la torta dividióse por sí sola en tres porciones.

—Ahora córtala — ordenóle el león, cuando Alicia volvía a su sitio con la bandeja vacía.

—¡Esto no es legal! — interrumpió con un relincho el unicornio, cuando Alicia se hubo sentado de nuevo con el cuchillo en la mano, perpleja y sin saber por dónde empezar —. ¡El monstruo le dió dos veces tortas al león, en cambio a mí me ha dado una vez!

—¡Pero ella no se quedó con nada! — observó el león—.
¿Te gusta la torta de manzanas, monstruo?

Pero antes de que Alicia pudiera contestar oyóse el estrepitoso batir de los tambores. De dónde procedían aquellos redobles ensordecedores es cosa que no pudo descubrir. El aire parecía estar lleno de sus ruidos y resonaban por todas partes hasta enloquecerla. Levantóse, y llena de terror, saltó el arroyo; antes de caer

* * * * *

de rodillas se tapó los oídos para librarse de aquel estruendo terrible, pero apenas si tuvo tiempo de ver que el león y el unicornio se pusieron de pie, con los ojos inflamados de cólera, al verse interrumpidos en pleno festín.

—Si *eso* no es cuando los obligan a escapar corriendo — pensó la niña — no he visto cosa igual.

CAPÍTULO VIII ES INVENTO MIO

El aboroto fué extinguiéndose poco a poco, y la campiña quedó sumida en un absoluto silencio. Alicia, alarmada, levantó la cabeza. No vió a nadie, y su primer pensamiento fué que el león, el unicornio y aquellos extravagantes mensajeros anglosajones no habían sido más que un sueño. Sin embargo, la gran bandeja que contuviera la torta de manzanas, a la que tantas veces intentara cortar, yacía junto a ella, atestiguando lo contrario.



—¡No es sueño, pues! — díjose a sí misma —. ¡A menos que... que... sea yo una parte del sueño! Pero espero que sea *mi* sueño, y no el del rey rojo. No me gusta pertenecer al sueño de otra persona — prosiguió con tono plañidero —. Me dan ganas de ir a despertarlo y saber lo que ha sucedido.

En estos momentos sus reflexiones fueron interrumpidas por los gritos de: «¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Jaque! ¡Jaque!», y un caballero, ataviado con armadura carmesí,

vino hacia ella al galope de su caballo, blandiendo una enorme cachiporra. Al llegar a su lado frenó de golpe.

—¡Eres mi prisionera! — exclamó apeándose.

Alicia estaba asustada, pero temía más por él que por ella misma, y lo observaba ansiosa al verlo montar de nuevo. Así que se hubo acomodado otra vez en la silla, repitió:

—¡Eres mi...!

No pudo acabar. Otra vez fué interrumpido por el mismo grito de: «¡Eh! ¡Eh! ¡Jaque! ¡Jaque!»

Alicia volvióse sobresaltada, sorprendida ante el nuevo enemigo.

Era éste un caballero vestido de blanco, que frenó su caballo al lado de Alicia, y como lo hiciera el caballero rojo, también él desmontó. En seguida montó de nuevo y los dos caballeros, con airado gesto, cruzaron sus miradas.

Alicia los observaba con verdadero azoramiento.

—¡Es mi prisionera! — dijo una vez más el caballero rojo.

—¡Sí, pero yo vengo a rescatarla! — repuso el caballero blanco.

—Entonces nos la tendremos que disputar en una pelea — dijo el caballero rojo al tiempo que echaba mano de su celada, que pendía del arzón, y que era igual a la cabeza de un caballo.

—Espero que sigas las reglas del combate — observó el caballero blanco, colocándose a su vez la celada.

—Lo hago siempre — respondió el caballero rojo, y empezaron a golpearse con tal furia que Alicia tuvo que refugiarse detrás de un árbol, temerosa de que la alcanzara algún porrazo.

—¿Cuáles serán las reglas del combate — se preguntaba Alicia desde su escondite —. Una — prosiguió —

parece ser que cuando un caballero alcanza al otro con un golpe, lo desmonta; y si falla, él es el que cae... Y otra, parece que consiste en agarrar las cachiporras con ambos brazos, como lo hacen Pierrot o Polichinela. ¡Y qué ruido arman cuando caen! ¡Exactamente como las tenazas sobre la chimenea! ¡Y qué quietecitos están los caballos! Dejan que bajen y suban sobre ellos como si fueran tablas.



Otra de las reglas, de la que Alicia no se dió cuenta, era que siempre caían de cabeza; el combate finalizó cuando ambos cayeron en esta forma, uno junto al otro. Ya de pie, diéronse la mano; entonces el caballero rojo montó a caballo y alejóse al galope.

—¡Fué una gloriosa victoria! ¿No es cierto? — dijo a Alicia el caballero blanco que jadeaba.

—Yo no sé — repuso la niña en tono de duda —; además no necesito ser la prisionera de nadie. Lo que yo deseo es ser reina.

—Precisamente, eso ocurrirá cuando hayas cruzado el próximo arroyo — prometióle el caballero blanco —. Debo conducirte sana y salva al otro extremo del bosque..., y luego retrocederé, ¿sabes? Ese es el objeto de mi movimiento.

—Muchas gracias. ¿Puedo ayudarte a que te saques el yelmo?

Era evidente que no lo habría hecho por sí solo, de modo que Alicia lo ayudó como pudo, y por fin lo libró de él.

—¡Ahora respiro! — suspiró el caballero, y se echó atrás el enmarañado cabello, después volvió hacia Alicia su gentil rostro y sus dulces ojos azules. La niña pensó que en su vida había visto un soldado tan extravagante.

Iba vestido con una armadura de hojalata que, al parecer, lo molestaba bastante; cruzado sobre la espalda llevaba un estuche de estructura rarísima, puesto al revés y con la tapa colgando. Alicia lo contemplaba con curiosidad.

—Advierto tu asombro al ver mi estuche — dijo el caballero, muy amable —. Es un invento mío para guardar la ropa y los emparedados. Lo pongo al revés, como habrás visto, por la lluvia, así no entra el agua.

—Pero los objetos se pueden caer — observó Alicia,

también muy amable —. ¿Sabes que la tapa está abierta?

—No lo sabía — dijo el caballero, y una sombra de disgusto cruzó por su rostro —. De seguro que todo se habrá caído. Y sin nada adentro, el estuche es completamente inútil. ¿Para qué sirve? — prosiguió, al mismo tiempo que lo desataba; luego hizo ademán de arrojarlo contra la maleza, pero una idea repentina pareció detenerlo, y, con mucho cuidado, lo colgó de un árbol. — ¿Adivinas por qué lo hago? — preguntó a la niña.

Alicia dijo que no con la cabeza.

—Pues para ver si las abejas hacen una colmena... Después recogeré la miel.

—¿Pero eso que llevas atado en el arzón, no es una colmena, o algo que se le parece? — observó Alicia.

—Sí, es una colmena auténtica — afirmó el caballero con aire despreocupado —. Y de la mejor calidad, pero ni a una triste abeja se le ha ocurrido acercarse a ella... Lo otro es una ratonera. Y discurro que tal vez los ratones ahuyenten a las abejas... o las abejas ahuyenten a los ratones... ¡Vaya uno a saber!

—Precisamente, me preguntaba para qué podía servir esa ratonera. No creo probable que haya ratones encima de los caballos.

—Quizá no sea probable, pero si se presentan, no me gusta verlos corriendo de aquí para allá. Como ves, lo prevengo todo — prosiguió luego de una breve pausa —. Tan previsor soy, que hasta le he puesto al caballo tobilleras en las cuatro patas.

—¿Y para qué son? — preguntó Alicia intrigada.

—Para que no lo muerdan los lobeznos. Es también invento mío. Ahora ayúdame. Iré contigo hasta el otro extremo del bosque...

—¿Y esta bandeja, para qué es? — interrogó Alicia que, muy curiosa, examinaba el raro equipaje.

—Es para poner tortas de manzanas. Lo mejor será que la lleve. Si encuentro por ahí alguna torta de manzanas, por lo menos no nos faltará bandeja. Ayúdame a meterla en este saco.

La operación les llevó mucho tiempo. Alicia, diligentemente, sostenía abierta la boca del saco, pues el caballero era bastante torpe en sus movimientos, tanto, que las dos o tres primeras veces que intentara introducir la bandeja, cayó dentro del saco de cabeza.

—Hay tan poco sitio ya — dijo, cuando al fin pudo acertar —. Está lleno de candeleros.

Y puso el saco colgado del arzón, junto a un verdadero arsenal de cacharros, herramientas, manojos de zanahorias, tenazas, e infinidad de cosas más.

—Supongo que llevas el pelo bien sujeto — dijo de pronto el caballero mientras emprendía la marcha.

—Como siempre — repuso Alicia sonriente.

—Es peligroso estar desprevenida — dijo con vehemencia el caballero —. El viento es aquí muy fuerte, tan fuerte como la sopa.

—¿Has inventado algo para que no vuele? — inquirió Alicia, medio en broma medio en serio.

—Todavía no. Pero tengo un sistema para que no cuelgue.

—Me agradaría conocerlo.

—Voy a complacerte. Primero te provees de un palo; atas a él el pelo puesto para arriba, como un árbol frutal. El pelo cae porque cuelga para abajo, eso debes saberlo. Las cosas nunca cuelgan para arriba. Es un sistema de mi invención. Si te gusta puedes adoptarlo.

—No me parece un gran sistema — pensó Alicia discutiendo sobre la *idea*. La niña se detenía a cada momento para sostener al caballero, que no era un gran jinete, por cierto.

Cuantas veces deteníase el caballo, cosa que ocurría muy a menudo, el caballero salía disparado por las orejas; y en cuanto empezaba a caminar, como lo hacía de sopetón, el caballero era despedido por la cola. Si alguna vez manteníase en equilibrio, era por muy poco tiempo, pues escurríase por un costado, por lo regular el mismo por el que iba Alicia, quien pensó que le convenía mantenerse no muy cerca del caballo.

—Temo que no tengas mucha práctica en montar a caballo — se atrevió a decir Alicia al caballero mientras lo izaba, luego de su quinta caída.

El caballero pareció muy sorprendido y hasta esbozó un mohín de resentimiento por la observación.

—¿Cómo puedes decir eso? — preguntó extrañado y tambaleándose sobre la silla, y en ese momento echó mano a la trenza de Alicia, pues se caía otra vez.

—Pues porque los jinetes no caen con tanta frecuencia cuando tienen práctica.

—Yo tengo una práctica enorme — respondióle muy formal el caballero —. ¡Enorme!

Alicia no tuvo más remedio que decir: «es verdad», con el tono más natural que pudo. Luego caminaron un corto trecho en silencio; el caballero con los ojos entornados y hablando entre dientes consigo mismo, Alicia cuidándolo para evitar el inevitable costalazo.

—El gran arte de montar a caballo — dijo de pronto el caballero en voz alta y accionando con el brazo derecho mientras hablaba — es conservar...

Aquí el párrafo se cortó tan bruscamente como empezara y el caballero rodó de coronilla justamente en medio del camino en el que la niña andaba. Esta vez Alicia se llevó un buen susto, y mientras le ayudaba a levantarse le dijo muy ansiosa:

—Espero que no te hayas roto ninguna costilla.

—¡No se hable de eso! —replicó el caballero como si no le importara romperselas todas—. El gran arte de montar a caballo, como iba diciendo, es... (aquí un terrible tambaleo), es... guardar el equilibrio. Así, ves...

Y soltó las riendas, levantando ambas manos para demostrarle a Alicia gráficamente su argumento, y, como si le hubiesen pegado un tiro, dió una voltereta y fué a caer al suelo, entre las patas del caballo, cuan largo era.

—¡Tengo demasiada práctica! —tuvo aún el valor de repetir todo el tiempo que Alicia tardó en levantarlo—. ¡Demasiada práctica! ¡Demasiada práctica!

—¡Esto es ridículo! —exclamó Alicia ya impacientada—. Con esa práctica debieras montar un caballito de madera, de esos con ruedas.

—Y dime, ¿caminan despacio esos caballitos? —preguntó el caballero con interés, mientras se aferraba fuertemente al cuello del caballo para caer de nuevo.

—Mucho más despacio que los caballos de carne y hueso —repuso Alicia, que, a pesar de sus esfuerzos, no pudo contener una carcajada.

—Voy a ver si consigo uno —dijo el caballero pensativo y como hablando consigo mismo—; uno... o dos..., o varios, según.

Hubo una breve pausa después de este diálogo.

—Yo tengo una gran mano para los inventos —empezó de improviso—. No sé si te fijaste que la última vez que me levanté estaba algo preocupado.

—Algo grave parecías.

—Bueno, pues en ese mismo instante estaba inventando un nuevo procedimiento para pasar por encima de las puertas. ¿No te gustaría saber cómo?

—¡Oh sí; me gustaría mucho! —respondióle muy cortésmente Alicia.

—Te diré cómo se me ocurrió. «Como ya habrás visto, me dije, la dificultad estriba en los pies. La cabeza es ya lo suficientemente alta. Ahora bien, primero pongo la cabeza encima de la pared, ya sabemos que se halla bastante alta..., luego me pongo con los pies para arriba y ya éstos están también a bastante altura; es matemático. ¡Y ya está! Entonces paso.»



—Sí, seguramente pasarías luego de haber hecho esta operación —convino Alicia algo meditabunda—. ¿Pero no te parece un poco difícil?

—No lo he probado aún —respondió muy serio el caballero—; no puedo afirmarlo..., aunque tal vez tengas razón y la cosa no sea tan fácil.

La idea no parecía haberlo dejado muy satisfecho, y Alicia, para animarlo, cambió en seguida de conversación.

—¡Qué yelmo tan curioso llevas! — exclamó alegremente —. ¿También lo has inventado tú?

El caballero, orgulloso, contempló el yelmo que pendía del arzón de la silla de su caballo.

—Sí, lo he inventado yo; pero tengo otro mucho mejor... Uno en forma de pilón de azúcar. Cuando me lo pongo, si *por casualidad* caigo del caballo, la punta siempre toca directamente en el suelo. Y aunque son pocas las probabilidades de caer, en cambio se corre el riesgo de caer *dentro*, como me ocurrió una vez, y lo peor del caso fué que antes de salir yo, llegó el caballero blanco y se lo puso creyendo que era el suyo.

El caballero dijo todo esto con tanta solemnidad que Alicia tuvo reparo en reírse.

—Lo lastimaría puesto encima de su cabeza — dijo con voz insegura.

—Lo pateé de lo lindo — repuso muy serio el caballero —, y se lo quitó volando, pero estuvo horas y horas para sacarme a mí de adentro. Estaba allí metido más justo que un santo.

—La de los santos es otra clase de justeza.

—Yo te aseguro que me encontraba allí dentro con todas las justezas habidas y por haber — dijo en tono plañidero el caballero, y movía la cabeza apesadumbrado.

Después levantó las manos con tal excitación al recordar el episodio, que antes de que se pudiera decir amén se halló metido de cabeza en una zanja que había junto al camino. Alicia, presurosa, fué en su auxilio, muy sorprendida, puesto que hacía un buen rato que iba bastante bien. Esta vez estaba segura de que se había roto algo. Sin embargo, y a pesar de que del caballero no se veía más que las suelas de los zapatos, se consoló al escuchar su voz, pausada y serena como siempre, y sin ninguna alteración.

—¡Toda clase de justezas! — repetía —. Pero fué un gran descuido ponerse la celada de otro... con el otro adentro.

—¿Cómo puedes hablar con esa calma estando cabeza abajo? — le preguntó Alicia, mientras le tiraba de un pie y lo dejaba sobre un montón de tierra, junto a la cuneta.

El caballero, al parecer, se sorprendió de la pregunta.

—¿Qué importa la posición de mi cuerpo? Mi cerebro funciona lo mismo. En una palabra, cuanto más cabeza abajo me encuentro, mejor dispuesto me hallo para inventar. Ahora — prosiguió luego de una pausa —, en este momento, se me ha ocurrido una de las cosas más ingeniosas de cuantas he ideado: el invento de un budín durante la comida.

—Y cocerlo para la comida siguiente. Es sin duda un trabajo muy rápido.

—Sí, muy rápido, pero no para la comida siguiente... — repuso el caballero algo contrariado —. No; no era para la comida siguiente...

—Para el otro día entonces. Supongo que no ibas a comerte dos postres en una misma comida.

—No, tampoco para el otro día — repitió con aire pensativo el caballero —. No, para el otro día tampoco — prosiguió dejando caer la cabeza, con la voz cada vez más apagada —. Te soy franco, nunca me pasó por la imaginación que el tal budín fuese cocido. Y, sin embargo, ¡era un budín tan extravagante! ¡Un invento tan útil!

—¿Y con qué habías pensado hacerlo? — preguntóle Alicia con la esperanza de animarlo, pues el pobre caballero mostrábase completamente abatido.

—Primero con papel secante — repuso el caballero, siempre con tono quejoso.

—Temo que no fuese muy agradable...

—Con eso sólo, desde luego, no hubiera sido muy agradable — interrumpiéndole con vehemencia —. Pero no tienes una idea de lo exquisito que resulta mezclándolo con otras cosas... con pólvora... con lacre, por ejemplo... En fin; ahora debo dejarte. Hemos llegado al término del bosque.

Alicia estaba perpleja; la preocupaba el budín.

—Pareces triste — le dijo con cierta inquietud el caballero —. Deja que te cante algo para distraerte.

—¿Es muy largo? — preguntó algo escamada Alicia, pues ya había oído demasiados cantos.

—Muy largo. ¡Pero muy precioso! A todos los que me lo oyen cantar... se les saltan las lágrimas... o bien...

—¿O bien qué? — continuó Alicia, pues el caballero había interrumpido repentinamente.

—O bien no les saltan, ¿sabes? El nombre de la canción es: *Los ojos del róbalo*.

—¿Es ése el nombre de la canción — preguntóle Alicia fingiéndose interesada.

—No; tú no lo comprendes — repuso un poco enojado el caballero —. Así se llama el *nombre*. El nombre real es: *El hombre viejo, viejo*.

—Entonces debiera haber preguntado: «Es así cómo se llama la canción?»

—No, no debías. Eso es otra cosa muy distinta. La canción se llama *Modos y maneras*. Pero sólo es lo que se llama, ¿sabes?

—Está bien. ¿Y cuál es la canción, entonces? — terminó Alicia esta vez completamente desconcertada.

—A eso iba. En realidad la canción es: *Sentado en la puerta*, y la tonada es invento mío.

Tras estas palabras se detuvo y abandonó las riendas sobre el cuello del caballo, llevando el compás con la

mano. En su boca se dibujaba una desmayada sonrisa que iluminaba su rostro dulce y de bobalicón, y así, embelesado por la música de su canto, empezó.

De todos los episodios que Alicia tuviera ocasión de ver en su viaje a través del espejo, fué éste el que recordó siempre con más precisión. Aun mucho después pudo reconstruir mentalmente la escena con todos sus detalles, como si la hubiera presenciado el día anterior... Los dulces ojos azules del caballero, su amable sonrisa, el sol poniente que doraba sus cabellos y acentuaba el brillo de su armadura cuyos reflejos la encandilaban, el caballo moviéndose perezosamente de acá para allá, las riendas deslizándose entre la hierba que mordisqueaba, las sombras del bosque a sus espaldas; todo lo contemplaba como si fuera un paisaje pintado,



reclinada contra un árbol, con la mano sobre los ojos a modo de pantalla. Contemplaba la extravagante pareja, y escuchaba, casi como en sueños, la melancólica tonada de la canción.

—La música no la inventó él — pensaba —. Es la misma de *Todo lo doy, ya no puedo más*.

Se dispuso a escucharla con la mayor atención, pero ni una sola lágrima acudió a sus ojos.

*Como no es mucho lo que hay que referir,
Voy a intentar decirte cuanto pueda.
A un hombre muy anciano, muy anciano,
Un día vi sentado ante una puerta.
—¿Qué eres tú, buen viejo? — preguntéle —.
¿Cómo para vivir te las arreglas?—
Y como pasa el agua por un filtro,
Su respuesta pasó por mi cabeza.*

*Me contestó: —Yo busco mariposas
Que duermen en los tallos de la avena,
Y hago con ellas tortas de carnero,
Que vendo por la calle una vez hechas.
Y se las vendo a aquellos hombres — dijo —,
Que en los mares indómitos navegan,
Y así me gano el pan. Como habrás visto,
No puede ser más tonta la manera.*

*Para teñir de verde sus patillas,
Estaba ahora ideando algún sistema,
Pero usan abanicos tan enormes
Que, te aseguro, no hay quien verlos pueda.
Y como a todo lo que el viejo hablaba
Yo no podía darle una respuesta,
Grité: —¡Tú dime sólo cómo vives!—,
Y le di un puñetazo en la cabeza.*

*Con dulce acento prosiguió su historia.
Dijo: —A veces me voy hacia la sierra,
Y si encuentro un arroyo en el camino,
Lo enciendo y lo convierto en una hoguera.
Aceite Macasar del gran Rolando
Es el producto que el incendio deja,
Y, fíjate, tan sólo dos peniques
Es lo que a mí me dan por la molestia.*

*Y ahora discurría alguna cosa
Para uno alimentarse. Una receta
Que, comiendo un poquito cada día,
Vea uno aumentarse sus mantecas.
Lo sacudí tan fuerte, que su cara
Se puso del color de berenjena...
Y le grité con fuerza: —¿Cómo vives?
¿Y qué haces? ¡Contesta!*

*—Yo persigo los ojos de los róbalos,
Del brezo entre las hojas más espesas,
Y hago de ellos botones de chaleco
De la noche a la luz de las estrellas.
Y no percibo por su venta oro,
Ni monedas de plata tan siquiera,
Sino medio penique de vil cobre;
Y hay que vender para eso una docena.*

*A veces voy en busca de cangrejos
Y los pesco con liga... o con manteca...
A veces busco en las tupidas cumbres,
De cabriolés perdida alguna rueda.
Ese es el modo — dijo, y guiñó un ojo —
Por el cual yo consigo mi riqueza...
Y fuera para mí un honor muy grande
Si a tu noble salud beber pudiera—.*

*Y ahora, cuando al acaso,
Introduzco los dedos en la brea,
O meto el pie derecho, como un loco,
Sin mirar nada, en la bota derecha,
O me cae de golpe sobre un dedo,
Alguna gruesa piedra,
Lloro, pues todas estas cosas,
A aquel viejo tan viejo me recuerdan...*

*Y su mirada dulce, y su voz leve,
Y su caballo blanco cual la nieve...
Y como las de un cuervo sus facciones;
Sus ojos encendidos cual carbones...
Pues parecía loco de tristeza
Moviendo hacia ambos lados la cabeza.
Susurrando palabras balbucientes,
Cual si tuviera un pan entre los dientes...
Y soplaba cual búfalo furioso
La tarde de un verano caluroso;
Sentado ante una puerta, hace ya años,
Rodeado de tilos y castaños...*

Cuando el caballero hubo terminado la última estrofa de aquella balada, recogió las riendas y enderezó el caballo hacia el mismo camino por el que había venido.

—Sólo tienes que andar unos cuantos pasos — le recomendó a Alicia —. Desciendes la loma, cruzas aquel pequeño arroyo y serás reina. Pero quédate un poquito para verme partir — agregó al volverse Alicia para mirar hacia dónde él señalaba —. ¿Lo harás? No estaré muy lejos. Espérame, y cuando doble el primer recodo de la carretera agita el pañuelo. Creo que eso me infundirá ánimo.

—Claro que esperaré y con mucho gusto; no faltaba más. Muchísimas gracias por la molestia de acompañar-

me hasta tan lejos..., y por la canción. Es preciosa, y me agrada sobremanera.

—Me lo figuro — dijo el caballero, pero su tono era algo dudoso —. Aunque no lloraste tanto como esperaba.

Alicia y el caballero se estrecharon las manos, y éste emprendió lentamente el regreso por el camino del bosque.

—Espero que no tardaré mucho en verlo doblar — pensaba Alicia al contemplarlo —. ¡Allí va! — prosiguió —. ¡Como siempre!... Sin embargo, parece que le es más fácil recobrar el equilibrio. Tal vez se deba a la cantidad de cosas que lleva en derredor...

Así continuó, conversando consigo misma, mientras seguía con la mirada el andar perezoso del caballo y el extravagante jinete que iba escurriéndose, primero por un costado, después por el otro; éste, después del cuarto o quinto tumbo, llegó al recodo. Alicia le hizo entonces señas con el pañuelo y quedóse inmóvil hasta perderlo de vista.

—Espero que efectivamente mi saludo le haya infundido valor — murmuró, mientras descendía por la loma —. ¡Y ahora, el último arroyo, y ya soy reina! ¡Reina! ¡Cuán grande suena esa palabra!

Unos cuantos pasos más y estuvo en el borde del arroyo.

—¡El último cuadro! ¡Por fin! — exclamó. Y saltó dentro, sentándose sobre el césped para descansar; el césped estaba salpicado de florecillas, y era blando y suave como el musgo —. ¡Oh qué alegría tan grande tengo al verme aquí! ¿Y esto qué es? ¿Qué peso es este que siento en la cabeza? — se preguntaba levantando las manos con espanto y poniéndolas sobre algo muy pesado que le apretaba las sienes —. ¿Pero cómo pueden habérmelo puesto encima sin que yo me enterara? —

agregó; luego se quitó aquel estorbo y lo colocó sobre sus rodillas para ver qué era...

—¡Oh! — exclamó admirada sin poder decir más.
¡Era una corona de oro!

CAPÍTULO IX LA REINA ALICIA

—¡Esto es maravilloso! — exclamó Alicia extasiada —. ¡Nunca imaginé que iba a ser tan pronto reina!... Y voy a decirte lo que corresponde a vuestra realeza — añadió con tono severo, pues tenía costumbre de reconvenirse a sí misma —. No está nada bien que sigas tendida sobre la hierba. ¡Las reinas deben proceder con dignidad!

Se puso de pie y caminó a la ventura, muy tiesa, muy erguida y temerosa de que la corona se le cayera de la cabeza, aunque tranquila porque nadie podía verla.

—¡Y si realmente soy una reina! — dijo sentándose de nuevo —. ¡Sabré cómo gobernarme!

Las cosas acontecían de tan fantástico modo que ni siquiera se extrañó de encontrarse con la reina blanca y con la reina roja, ambas sentadas, una a su derecha y otra a su izquierda. De buena gana les hubiese preguntado por qué estaban allí, pero le pareció poco correcto el hacerlo. —Sin embargo, no supondrá una ofensa — pensó — preguntarles si la partida ha terminado ya.

—Por favor, quisierais decirme... — empezó mirando tímidamente a la reina roja.

—¡Habla cuando se te hable! — le interrumpió aquella con severidad.



Pensó que nunca había visto unos soldados con las piernas tan inseguras.

—Está bien, pero si todos siguen esa regla — replicó Alicia, siempre dispuesta para exponer algún pequeño argumento —, y si tú sólo hablas cuando se te habla, y los demás esperan a que tú empieces; como ves, nunca diría nadie nada, de modo que...

—¡Ridículo! — volvió a interrumpirla la reina —. No estás viendo, nena... — aquí interrumpióse de golpe, y luego de permanecer pensativa durante unos minutos, varió de tema —. ¿Qué quisiste decir con aquello de: «Si realmente soy una reina»? ¿Qué derechos tienes para llamarte así? Tú no puedes ser reina sin un previo y riguroso examen.

—Sólo dije «si realmente» — excusóse Alicia con voz lastimera.

Las dos reinas cambiaron miradas, y la roja observó con un ligero temblor de labios:



—Dice que lo único que dijo es: «si fuera».

—Pero dijo otras muchísimas cosas — gruñó la reina blanca retorciéndose las manos —. ¡Oh, muchísimo más que eso!

—Es cierto, y tú no lo ignoras — convino la reina roja dirigiéndose a Alicia. — Di siempre la verdad... Pien-
sa antes de hablar, y... después escríbelo.

—Yo os aseguro que no fué mi intento pretender... — iba a justificarse Alicia, pero fué interrumpida como de costumbre por la reina roja, quien, con cierta nerviosidad, dijo:

—¡Precisamente de eso me quejo! ¡Hubieses pretendido! ¿Para qué te parece que sirve una niña sin ninguna pretensión? ¡Hasta un juego las tiene, y las de una niña, son, supongo, más importantes que las de un simple juego! Eso no puedes negarlo aunque trates de probarlo con las dos manos.

—Yo no niego las cosas con las *manos* — objetó Alicia con toda ingenuidad.

—Nadie te dice que lo hayas hecho — le respondió la reina roja —. Lo que te dije es que no podrías negarlo aunque lo probaras.

—Se encuentra en un estado de ánimo — intervino la reina blanca —, que necesita negar algo aunque no sepa qué... ni le vaya ni le venga.

—Indecente y depravado carácter — observó la otra.

Hubo luego unos minutos de incómodo silencio, que rompieron estas palabras que la reina roja le dijo a la reina blanca:

—Te invito a la comida que Alicia ofrecerá esta tarde.

—Y yo te invito a ti — repuso la reina blanca con una cariñosa sonrisa.

—Yo ignoraba que diese una comida — dijo Alicia —,



pero si ello es necesario lo haré; supongo que debo invitar a los amigos y conocidos.

—Vamos a darte la oportunidad de hacerlo — le prometió la reina roja —, aunque sospecho que no has recibido las suficientes lecciones de urbanidad y buenos modales.

—Los buenos modales no se enseñan con lecciones — objetó Alicia —. Las lecciones se dan únicamente para enseñarnos a sumar, restar y otras cosas por el estilo.

—¡Ah! ¿Y puedes tú hacer una suma? — preguntó la reina blanca —. Vamos a probarlo. ¿Cuántas son una más una, más una, más una, más una?...

—No sé — contestó Alicia —; perdí la cuenta...

—¡No sabe sumar! — exclamó la reina roja —. ¿Y restar? A ver, saca nueve de ocho.

—A ocho no pueden sacársele nueve — respondió prontamente Alicia —. Pero...

—¡No sabe restar! — dijo la reina blanca —. ¿Y dividir? A ver, si divides un pan por un cuchillo, ¿qué resulta?

—Supongo... — titubeó Alicia, pero la reina roja se apresuró a quitarle la palabra de la boca:

—¡Pan y manteca! Eso es la mar de fácil — dijo con aire de satisfacción. Probemos otra resta. Si a un perro le quitas un hueso, ¿qué queda?

—El hueso — reflexionaba Alicia en voz alta — no queda, puesto que se lo quito... El perro... tampoco, pues viene corriendo a morderme... En cuanto a mí, es más que seguro que tampoco me quedo...

—¿Crees entonces que no debe quedar nada? — preguntó la reina roja.

—Supongo que ése es el resultado.

—¡Equivocada como siempre! ¡Queda la calma del perro!

—Pues no veo como...

—¿Cómo? ¡Muy fácil! ¡Fíjate! El perro pierde la calma. ¿No es así?

—Tal vez — dijo Alicia prudentemente.

—Y si el perro se va, la calma queda — dedujo la reina con aire de triunfo.

—Sí, tal vez, pero hay muchas maneras de interpretarlo — dijo Alicia lo más grave posible, mientras en su interior, y sin poderlo remediar, pensaba: «¡Cuántas tonterías estamos hablando!»

—¡No entiende una jota de sumas! — exclamaron con desdén ambas reinas.

—¿Y tú, sabes hacer sumas? — saltó de pronto Alicia, encarándose con la reina blanca, pues ya se iba cansando de tanta censura.

La reina bostezó ligeramente y entornó los ojos, antes de dar su respuesta.

—Yo sé sumar — le respondió, si me das tiempo..., pero, en *algunas* circunstancias no sé restar.

—¿Y conoces tú el A B C? — preguntó la reina roja a Alicia.

—Por supuesto — repuso ésta.

—Yo también — susurró la reina blanca —. Y lo vamos a repetir juntas muy a menudo, querida. Ahora, voy a comunicarte un secreto... Yo sé leer palabras de una sola letra... ¿No es esto grandioso? Pero no te desanimas. Con el tiempo tú lo harás también...

—Y dime, ¿puedes contestar a preguntas útiles? — interrogó la reina roja reanudando la conversación —. ¿Cómo y de qué se hace el pan? Responde.

—Eso lo sé bien — exclamó Alicia muy resuelta —. Se toma harina flor...

—¿Y de dónde arrancas la flor? ¿De los jardines o de los setos?

—No se arranca, es un polvo, como tierra blanca...

—¿Cuántas hectáreas de esa tierra hay que tomar? No debes omitir tantos detalles.

Alicia suspiró con desaliento inclinando la cabeza.

—Abanícala — recomendó la reina roja a la blanca —. Tiene fiebre de tanto pensar.

Y acto continuo empezaron a hacerle aire con ramas y pámpanos hasta que la pobre Alicia les rogó que cesaran en su tarea, pues le revolvían los cabellos.

—Ya está bien otra vez — dijo la reina roja —. ¿Sabes idiomas? ¿Cuál es la traducción francesa de «patochada»?

—«Patochada» no es inglés — replicó Alicia muy seria.

—¿Y quién te dijo que lo fuera? — repuso la reina roja con cara de picardía.

Alicia vió en esto un medio de salvar dificultades.

—Entonces, si me preguntas a qué idioma pertenece

«patochada» yo te contestaré en francés — exclamó triunfalmente.

Pero la reina, enojada, respondió:

—Las reinas nunca hacen retruécanos.

—Ló que yo deseo — pensó Alicia — es que las reinas no hagan tantas preguntas y me dejen en paz.

—No riñamos — dijo, interviniendo algo inquieta la reina blanca —. Vamos a hablar de otra cosa. ¿Cuál es la causa del rayo?

—La causa del rayo — contestó Alicia, muy decidida, segura de saberlo — es el trueno... ¡No, no! — rectificóse al momento —. Quise decirlo de otra manera.

—Ya es tarde para enmendarlo — le interrumpió la reina roja —. Cuando se dice una cosa, así queda, y hay que atenerse a las consecuencias.

—Lo cual me recuerda — contestó la reina blanca muy nerviosa, abriendo y cerrando las manos —; me recuerda, digo, la tronada que tuvimos el martes pasado..., mejor dicho, el pasado grupo de martes, ¿entiendes?

—En *nuestro* país — observó Alicia perpleja — tenemos sólo un día por vez.

—Mezquina manera de hacer las cosas — dijo la reina roja —. *Aquí*, en cambio, la mayor parte de las veces se juntan dos o tres días, o dos o tres noches en una sola, y en algunas ocasiones, en invierno, por ejemplo, juntamos cinco noches en una, para calentarnos mejor, ¿te enteras?

—¿Son entonces — aventuróse a preguntar Alicia — más calientes cinco noches que una?

—¡Claro! ¡Eso salta a la vista! Son cinco veces más calientes.

—Pero con esa teoría — repuso Alicia — serán también cinco veces más frías.

—¡Desde luego! — exclamó la reina roja —; cinco veces más calientes y cinco veces más frías... ¡Nadie lo puede discutir! Lo mismo que nadie puede discutir que yo soy cinco veces más rica que tú y cinco veces más inteligente que tú.

—Esto es un rompecabezas sin solución — pensó Alicia. Y se levantó, exhalando un profundo suspiro.

—Humpty Dumpty también lo vió — prosiguió la reina blanca en voz baja y como ausente de cuanto ocurría a su alrededor —. Fué hasta la puerta con un sacacorchos en la mano...

—¿Y qué quería? — preguntó la reina roja.

—Dijo que quería entrar — respondió la reina blanca — porque iba en busca de un hipopótamo... Pero aquella mañana, tal cosa no se encontraba allí.

—¿Pero es común allí? — preguntó Alicia admirada.

—Sí, aunque sólo los jueves — contestó la reina muy tranquila.

—Ya sé a qué fué — dijo la niña —. Quería castigar a los peces, porque...

Aquí fué interrumpida por la reina blanca, quien continuó con su extemporánea narración.

—¡Fué una tronada de la que no puedes formarte idea!... Parte del techo voló... Los truenos entraron y rodaron por la habitación en grandes masas, golpeando las mesas y todo cuanto allí había. Me asusté de tal modo, que ni siquiera me acordaba de mi propio nombre.

—Yo nunca probé de recordar mi nombre en medio de una catástrofe — pensó Alicia —. ¿Qué utilidad reportaría?

No se atrevió a decirlo en voz alta, temerosa de herir la sensibilidad de la pobre reina.

—Excúsala, majestad — rogó la reina roja a Alicia, mientras tomaba una mano a la reina blanca y la estre-

chaba entre las suyas —. Ella piensa bien, pero por lo general no puede evitar el decir tonterías.

La reina blanca miró a Alicia con tímidos ojos, y ésta se creyó en la obligación de decirle algunas palabras cariñosas, pero nada se le ocurría en aquellos momentos.

—En realidad — prosiguió la reina roja —, nunca fué un modelo de educación, pero es sorprendentemente bondadosa. Acaríciala la cabeza y verás cuánto te lo agradece.

Esto ya era pedirle a Alicia algo más de lo que ella se hubiera atrevido a hacer.

—Unas cuantas caricias — insistía —, y haces de ella lo que se te antoje...

La reina blanca exhaló un profundo suspiro, al tiempo que apoyaba la cabeza sobre el hombro de Alicia.

—¡Estoy rendida! — lamentóse.



—¡Pobre criatura! Está cansada, molida — dijo la reina roja —. ¡Acaríciala la cabeza! Préstale tu gorro de dormir y arrúllala con alguna canción dulce.

—No tengo ningún gorro — repuso Alicia, excusándose de cumplir la primera parte de la orden —, ni sé ninguna canción.

—Entonces tendré que hacerlo yo — respondió la reina roja, y suspiró —. ¡Oyeme!:

*¡Descansa sobre Alicia, oh gran señora!
¡Mientras de la gran fiesta llega la hora!
¡Luego, todos al baile, qué delicia!
¡Las reinas blanca y roja, y reina Alicia!*

—Y ahora que la sabes — dijo cuando hubo terminado, reclinándose a su vez sobre el otro hombro de Alicia —, puedes cantárnosla a las dos. ¡Yo también me muero de sueño!

Casi inmediatamente ambas reinas dormían, roncando estrepitosamente.

—¿Y qué hago yo ahora? — preguntóse Alicia, mientras tomaba las dos reales cabezas y las hacía rodar sobre sus rodillas, una después de otra, como si fueran piedras —. No creo que haya sucedido nunca un caso semejante. ¡Cuidar a la vez de dos reinas dormidas! No pudo suceder en toda la historia de Inglaterra, puesto que siempre hubo una sola reina...

—¡Vamos, despertaos! — gritó con impaciencia.

Pero no obtuvo respuesta. Las dos reinas contestaban con unos armoniosos ronquidos, a cada momento más perceptibles, que se iban transformando en una especie de tonadilla, y Alicia hasta pudo distinguir algunas palabras. Escuchábalas con tanta atención, que cuando las dos pesadas cabezas se desvanecieron repentina-

mente sobre sus rodillas, apenas si se dió cuenta, ni tampoco de cómo fuera trasladada a otro escenario...

Como por arte de magia se encontró ante los arcos de una deslumbrante puerta dorada, en cuyo frente y escritas con letras enormes, leíanse estas palabras:

«REINA ALICIA»

A ambos lados de la suntuosa portalada se advertía el tirador de una campanilla. En uno decía: «Campanilla de los visitantes», y en el otro, «Campanilla de los sirvientes».

—Esperaré a que termine la música — pensó Alicia —, y llamaré... ¿Pero por cuál campanilla? — interrumpióse indecisa, mientras miraba los rótulos —. Yo no soy visitante, criada tampoco. Sin duda debe haber algún otro llamador que diga: «Reinas».

En aquel momento la puerta abrióse lo necesario para que una cabeza con un pico larguísimo se asomara.

—No se permite la entrada hasta la semana que le sigue a la próxima semana — dijo, y desapareció dando un terrible portazo.

Alicia golpeó y llamó repetidas veces con insistencia durante un buen rato. Al fin una rana muy viejecita, que se hallaba sentada bajo un árbol vecino, llegóse hasta ella saltando con lentitud. Iba vestida con un reluciente traje amarillo, y calzaba unos zapatos descomunales.

—¿Qué pasa? — preguntó con una profunda voz de bajo.

Volvióse Alicia con rapidez, pues tenía ganas de echarle la culpa a alguien.

—¿Dónde está el criado cuya obligación es contestar a los que llaman a la puerta? — replicó airada.



—¿Qué puerta? — preguntó la rana muy calmosa. Alicia casi estalló de indignación ante la cachaza del animalillo.

—¡Qué puerta va a ser! ¡Esta puerta! — contestóle señalándola con energía.

La rana contempló la puerta con sus grandes ojos mortecinos. Acercóse, y pasó por ella el pulgar, como si probara la pintura, después miró a Alicia.

—¿Para contestar a los que llaman? — dijo —. ¿Y qué preguntas?

Hablaba con voz tan ronca que Alicia apenas pudo entenderla.

—No sé lo que quieres decir — repuso Alicia con mal contenida cólera.

—Creo que hablo castellano. ¿No te parece? ¿O estás sorda? — replicóle la rana también algo amoscada.

—¡Nada! — exclamó impaciente —. Estaba llamando.

—¡No hagas eso! ¡No hagas eso!... — murmuró la rana —. La enojas, ¿sabes?

Y acto seguido dióle a la puerta una tremenda patada con uno de sus grandes pies.

—Y déjala en paz — jadeó mientras se volvía a su árbol a pequeños saltos —. ¡Déjala en paz, y ella te dejará en paz a ti. ¿Entiendes?

Alicia, con gran sorpresa, vió abrirse la puerta de par en par, y el canto de una voz penetrante llegó a sus oídos. La letra era como sigue:

*Al mundo del espejo fué Alicia a mostrar su realeza,
Con el cetro en la mano, corona en la cabeza.
Y que todos los seres del espejo, todos sin excepción,
Asistan con las reinas, y Alicia, a esta reunión.*

Cientos de voces unieronse en coro a esta voz:

*Que se llenen los vasos, de prisa, muy de prisa;
Salpiquemos la mesa con salvado, y también con botones
[de camisa.*

*En los tés pongan gatos; ratas en los cafés.
¡Bienvenida sea Alicia, por treinta veces tres!*

Siguió a esto un confuso estrépito de risas, y Alicia pensó: «Treinta veces tres son noventa. ¿Lo habrá contado alguien?»

Hubo un poco de silencio y en seguida la voz chillona cantó este otro verso:

*¡Oh seres del espejo! — dijo Alicia —. ¡Venid!
¡Qué honor el poder verme! ¡Qué bien poderme oír!
¡Es un gran privilegio, en verdad os lo digo!
¡El comer con las reinas... blanca, roja..., y conmigo!*

Y el coro de nuevo:

*¡Que se llenen los vasos de tinta y de azahar!
¡O de otra cualquier cosa que halague el paladar!
Bebe arena con sidra, con el vino y pimienta...
¡Bienvenida sea Alicia, nueve veces noventa!*

—¡Nueve veces noventa! — repitió Alicia con desesperación —. ¡Nunca se acabaría! Será mejor que entre de una vez.

Y entró; su aparición provocó un imponente silencio. Alicia, muy nerviosa, echaba ojeadas a la mesa a medida que atravesaba el extenso salón, y pudo observar que había como cuarenta comensales de todas las especies. Animales..., pájaros, y hasta algunas flores veíanse entre ellos.

—Me alegro de que hayan venido sin pedírmelo — iba discurriendo —. ¡En la vida hubiese sabido a quiénes debía invitar!

En la cabecera de la mesa veíanse tres sillones. Las dos reinas habían ya tomado asiento en dos de ellos. El tercero, en medio, aparecía vacío.



Alicia sentóse en él algo embarazada ante aquel silencio y deseosa de que alguien hablara. Al fin lo hizo la reina roja.

—Se olvidaron del pescado y de la sopa —dijo—. ¡Sirvanle el asado!

Y los camareros pusieron ante Alicia una pierna de carnero que ésta miró con cierta inquietud, pues nunca había trinchado un pedazo tan grande.

—Parece que la miras con recelo —dijo la reina—. Te la voy a presentar. ¡Alicia!, ¡Carnero!, ¡Carnero!, ¡Alicia!

La pierna enderezóse en el plato e hizo a Alicia una pequeña reverencia que ésta correspondió, no sabiendo si asustarse o tomarlo a broma.

—¿Puedo ofrecerles una tajadita? —preguntó pasando la mirada de una a otra reina, y con el cuchillo y el tenedor ya preparados.

—¡No, por cierto! —contestóle la reina roja con tono

firme —. No es de etiqueta cortar a quién nos ha sido presentado... ¡Llévense la pierna!

Y los camareros se la llevaron, y volvieron de nuevo con un enorme budín de ciruelas.

—¡Por favor no me presenten al budín! —rogóles Alicia con vehemencia—. A este paso no podremos comer nada. ¿Quieren un poquito?

Pero la reina roja se interpuso malhumorada:

—¡Budín!, ¡Alicia!, ¡Alicia!, ¡Budín!... ¡Llevaos el budín!

Y los camareros lleváronse el budín con tanta rapidez, que Alicia ni siquiera tuvo tiempo de devolverle el saludo. A pesar de esto, no acababa de comprender por qué razón la reina roja fuera la única que tuviese derecho para ordenar y quiso efectuar un experimento.

—¡Camareros! —gritó—. ¡Traigan aquí otra vez el budín! ¡Pronto!

Y como por arte de encantamiento se lo pusieron delante. Era tan enorme que, como le ocurriera con la pierna de carnero, no pudo evitar una sensación de timidez. Sin embargo, hizo un gran esfuerzo para dominarse; cortó una rebanada y se la ofreció a la reina roja.

—¡Qué impertinencia! —protestó el budín—. ¡Quisiera ver qué cara pondrías tú si yo te cortara un pedazo de ti! ¡Criatura!

Hablaba con un balbuceo espeso y grasoso, Alicia, en verdad, no pudo encontrar ninguna palabra para replicarle. Sólo tuvo ánimos para sentarse y suspirar.

—¡Pero haz alguna observación! —exclamó la reina roja—. ¡Es ridículo dejar todo el discurso a cargo del budín!...

—Espero que todos vosotros comprendáis... —comenzó Alicia, un poco contrariada—. Me han recitado tal cantidad de poesías hoy —proseguía, y en sus ojos

se reflejaba la alarma al ver que apenas abrió la boca reinaba un silencio impresionante, y todas las miradas estaban fijas en ella —. Y, cosa curiosa, así al menos me lo parece, todos los poemas son de peces y pescados... ¿Sabéis o podríais decirme a qué se debe esa afición a los peces en estos barrios?

Al hablar así se dirigía a la reina roja, cuya respuesta estuvo por cierto un poquito fuera de lugar.

—¿De peces?— dijo con mucha calma y solemnidad, acercando su boca a la oreja de la niña —. Pues a su majestad blanca, y a propósito de pescados, sabe unas preciosas adivinanzas... ¡Todas en verso! ¡Todas sobre peces!... ¿Puede recitarlas?

—Su majestad roja es muy amable al mencionarlas — murmuró agradecida la reina blanca junto al otro oído de Alicia; su voz era tan dulce que parecía el arrullo de una paloma —. ¡Tendría tanto placer en que me las oyese! ¿Puedo?

—¡Sí, por favor!— contestóle Alicia muy cortésmente. ¿Cómo iba a negarse?

La reina blanca se sonrió complacida, dió a Alicia un golpecito en la mejilla, y empezó:

*Al pez, primero hay que pescarlo...
Eso es muy fácil, un niño puede hacerlo.
Después al pez hay que comprarlo...
Con un penique puedes obtenerlo.
¡Ahora que me frían el pescado!
Es fácil, un minuto es suficiente.
¡Pónganlo en una fuente con cuidado!
¡Es fácil! ¡Ya está puesto en una fuente!
¡Que lo traigan y déjenme que cene!
¡Es fácil! ¡Helo aquí sobre la mesa!
Sacar la cobertera ahora conviene...*

*¡Ya es algo más difícil tal empresa.
¡Tira con fuerza de la tapadera!
Parece que con cola está esto fijo.
¿Qué es más difícil yo saber quisiera:
Descubrir ese pez, o el acertijo?*

—Tómate un minuto para reflexionar y adivínalo — dijo la reina roja —. Y entretanto beberemos en tu honor. ¡Reina Alicia, a tu salud! — gritó con todas sus fuerzas.

Al instante todos los comensales empezaron a beber, si bien de una manera muy particular. Algunos pusiéronse los vasos sobre la cabeza como si fueran apagacandelas, y bebieron el líquido que se derramaba sobre sus rostros; otros volcaban los jarros y se bebían el licor que iba cayendo por los bordes de la mesa. Tres de ellos, muy semejantes a canguros, gateaban dentro de la fuente del asado, lamiendo la salsa con fruición «como cerdos en una artesa», según palabras de Alicia.

—Debes darles las gracias con una frase bonita — díjole la reina blanca, con el ceño fruncido —. Y tendremos que sostenerte — cuchicheóle, al tiempo que Alicia, muy obediente, se levantaba, aunque algo asustada.

—No os molestéis — murmuró al sentirse sujeta por ambos lados —. Puedo hacerlo perfectamente sola, no me sostengan.

—¡De ninguna manera! — exclamó con decisión la reina roja.

Alicia no tuvo más remedio que someterse.

—Me apretaban tanto — decía luego al referir a su hermana el incidente —, tanto, que hubieras imaginado que querían aplastarme.

En realidad, no era cosa fácil mantener el equilibrio mientras pronunciaba el discurso de agradecimiento.

Las dos reinas apretábanla tanto, una por cada lado, que la tenían en vilo.

—Me levanto para daros las gracias — empezó Alicia.

Y en efecto, se elevó unas cuantas pulgadas, y tuvo que agarrarse al borde de la mesa para no perder el equilibrio.

—¡Ten cuidado! — le gritó la reina blanca asiéndose con ambas manos a las trenzas de Alicia —. ¡Algo va a suceder!...

Y, efectivamente, sucedieron toda clase de cosas. Las velas se elevaron hasta el techo como en una exhibición de fuegos artificiales. Las botellas tomaron cada una dos platos a modo de alas, y con dos tenedores como patas, empezaron a danzar en todas direcciones. —Parecen realmente pájaros — pensaba Alicia, aun en medio de aquella extraña confusión. En aquel momento la niña oyó una risa ronca a su lado y volvióse para ver qué era lo que le pasaba a su vecina, la reina blanca, pero en el lugar de ésta, y sentada en su misma silla, encontróse con la pierna de carnero...

—¡Estoy aquí! — chilló una voz desde la sopera. Alicia dirigió sus ojos hacia allí, y alcanzó a ver la redonda y plácida faz de la reina, quien hacía muecas desde el borde de aquel recipiente, zambulléndose en seguida dentro de la sopa.

No había que perder un momento. Ya varios de los comensales yacían dentro de las fuentes, y el cucharón caminaba sobre la mesa en dirección a Alicia, e impaciente le hacía señas para que se apartara de su camino...

—¡Ya no puedo más! — gritó la niña furiosa.

Y agarrando los bordes del mantel con ambas manos, dió un tirón. ¡Y allá fueron platos, fuentes, botellas, velas y huéspedes, todo hecho añicos sobre el piso!



—¡Y a ti!... — prosiguió volviéndose airada contra la reina roja, causante, a su entender, de todo aquel lío—. ¡Y a ti!...

Pero no era la reina la que tenía a su lado. Repentinamente ésta se había reducido de tamaño hasta convertirse en una muñequita que



se encaramó sobre la mesa e iba corriendo alegremente en pos de un chal que flotaba delante de ella.

En otro tiempo, esto hubiérale causado una gran extrañeza, pero ahora hallábase demasiado confusa para sorprenderse de nada.

—¡Y a ti! —repitió enganchando a la muñequita por el pescuezo en el preciso momento en

que ésta subíase de un salto sobre una botella que acababa de instalarse sobre la mesa—. ¡A ti, te voy a zarandear y te voy a meter dentro de mi gatita! ¡Eso es lo que voy a hacer contigo! ¡Canalla!

CAPÍTULO X EL ZARANDEO

Y abandonó la mesa mientras así hablaba, sacudiendo en todas direcciones aquello que fuera antes reina roja. Esta no opuso la menor resistencia. Unicamente su rostro se hizo más diminuto, sus ojos se volvieron más grandes y más verdes. Y mientras Alicia continuaba

con sus zarandeos, seguía aún volviéndose más pequeña..., más gorda..., más blanda..., más redonda... y...

CAPÍTULO XI EL DESPERTAR

...y efectivamente, al fin y al cabo... era su gatita...

CAPÍTULO XII ¿QUIEN LO SOÑO?

—Vuestra majestad roja podría no roncar tan fuerte —exclamó Alicia frotándose los ojos y dirigiéndose respetuosamente a la gatita, aunque con cierta severidad—. ¡Me has despertado! ¡Me has despertado de tan hermoso sueño! ¡Y tú estuviste conmigo!... ¡Conmigo..., por todo el mundo del espejo! ¿Te das cuenta, querida?

Entre los ga-



tos es una costumbre bastante inconveniente, y ya en cierta ocasión lo había advertido Alicia, la de que, sea lo que fuere lo que se les diga, siempre ronroneen.

—Si para decir «sí» ronronearan, y maullaran, o algo por el estilo, para decir «no», había dicho una vez, se podría conversar con ellos. ¿Pero cómo se puede mantener una conversación con quien siempre dice lo mismo?

En esta oportunidad Kitty ronroneó únicamente, y por lo tanto era imposible adivinar si era «sí» o «no» lo que decía.

Alicia revolvió todas las piezas del ajedrez que había sobre la mesa hasta dar con la reina roja; se arrodilló sobre la alfombra y la puso frente al minino para que se vieran bien.

—Y ahora, Kitty —dijo batiendo palmas triunfalmente—, confiesa en que te convertiste.

Pero Kitty volvió la cabeza y no quiso ni mirarla. Sin embargo, se le notaba algo avergonzada de sí misma. —Por lo tanto, deduje que *debió* haber sido la reina roja —decía después Alicia al contarle el caso a su hermana.

—¡Ponte más derecha, querida! —exclamaba Alicia riéndose a carcajadas—. ¡Y haz una reverencia mientras discurre lo que tienes que ronronear! Esto ahorra tiempo. Recuérdalo.

Y la levantó en alto, dándole un beso en honor y memoria de haber sido reina roja —. ¡Oh mi adorada Copo de Nieve! —prosiguió mientras miraba por encima del hombro la gatita blanca, que, tranquila y paciente, continuaba soportando el tormento de su *toilette*—. ¿Cuándo querrá Dina terminar con su majestad blanca, me pregunto? ¿Debe ser ésa la razón de que en mi sueño estuvieras tan desaseada... Dina, ¿no sabes que estás alisándole el pelo a la reina blanca? ¡En realidad tu



proceder es del todo irrespetuoso! Y vuelvo a preguntarme: ¿en qué estaría Dina convertida? — siguió charlando, mientras contemplaba a los gatitos, cómodamente echada en la alfombra, con un codo sobre ella y la barbilla en el hueco de su mano—. Dime, Dina, ¿no serías acaso Humpty Dumpty? Pienso que sí; sin

embargo harás bien en no mencionarlo ante tus amigos, pues no estoy del todo segura.

Dina no sabía qué cara poner, e interrumpía su tarea a cada una de las exclamaciones de Alicia.

—Entre paréntesis, Kitty, si realmente hubieses participado de mi sueño, hubo una cosa en él que te llenaría de regocijo... ¡Me recitaron tantas poesías, y todas de pescados! ¡Mira, mañana por la mañana prometo proporcionarte un verdadero placer! Todo el tiempo que inviertas en el desayuno, lo emplearé yo recitándote *El Carpintero y la Morsa*. Te aseguro que vas a encontrar el mismo gusto que si te estuvieras dando un banquete de ostras. Y ahora, Kitty, consideremos quién soñó todo eso. Es algo muy serio, querida. Te ruego que dejes de lamerte la patita; como si ya Dina no te hubiese hecho una *toilette* perfecta. Como ves, Kitty, *debe* haber sido el rey rojo o yo. El fué partícipe de mi sueño, por consiguiente... Y yo, por lo tanto, fuí también parte del suyo. ¿Fué el rey rojo, Kitty? ¡Y tú eras su esposa, debes saberlo!... ¡Oh, Kitty, ayúdame a esclarecer esto! ¡Tu patita puede esperar, Kitty! — y le apartó la patita de su hociquito.

Pero el odioso animalito lo único que hizo fué cambiar de pata, y siguió lamiéndose y relamiéndose como si no hubiera oído la pregunta...

—¿Quién crees tú que fué, Kitty?

*Con lentitud resbala un barquichuelo,
De una tarde de julio bajo el velo
Que el sol llena de luces desde el cielo.*

*Agrúpanse los niños con contento,
Ánsia en los ojos, el oído atento,
Complacidos de oír un simple cuento.*

*Es pálida la luz que el sol refleja;
El eco muere... La memoria aleja
A julio envuelto en nieve, que nos deja.*

*Tu sombra, sin embargo, en mí no ha muerto,
Alicia, y aún te veo en ese huerto
Que jamás pudo ver un ser despierto.*

*Y los niños de rostro complacido
Con ansioso mirar y atento oído,
Aún siguen acercándose a aquel nido.*

*Y viven en un reino de Quimeras,
Y soñando, las horas placenteras
Vanse, y se van también las Primaveras.*

*Y resbalando, el alma sumergida
En la corriente; en luz y oro dormida...
¿Qué otra cosa que un sueño es esta vida?*

SALUDO DE PASCUAS PARA TODOS LOS NIÑOS QUE AMEN A ALICIA

Niño querido:

Imagínate, si puedes, que estás leyendo una carta verdadera, de un verdadero amigo a quien ya has visto, y cuya voz puede parecerte oír, deseándote con toda el alma, como yo te deseo, unas felices Pascuas.

¿Conoces tú esa deliciosa sensación de ensueño que se experimenta al despertar en una mañana de verano, cuando la fresca brisa entra por las ventanas abiertas, y el aire está poblado por el alegre canto de los pajarillos?

¿Cuando tendido perezosamente, los ojos entreabiertos, contemplas el verde ramaje que se estremece al

soplo del blando céfiro, o escuchas la riente música del arroyo cristalino, que se desliza ondulante entre reflejos de dorada luz?

Es un placer que llega al enternecimiento, y que llena de lágrimas los ojos, como la vista de un cuadro hermoso, o la lectura de un poema.

¿Y no es la delicada mano de la madre la que descorre las cortinas? ¿No es la dulce voz de la madre la que te invita a levantarte y a olvidar, a la brillante luz del astro rey, los desagradables sueños que te atormentaron cuando todo estaba envuelto en las tinieblas, a levantarte y a gozar de un nuevo día, arrodillándote para agradecer a ese 'Amigo invisible, que te regala las delicias del sol?

¿Son éstas palabras extrañas en un escritor de tales cuentos como *Alicia*? ¿Cabe esta carta en un libro de tonterías? Puede ser. Tal vez algunos me censuren por mezclar lo serio y grave con lo insustancial y baladí. Otros se sonreirán de la ridiculez de hablar de cosas tan solemnes, propias de una iglesia, de un sermón dominical; pero yo creo... ¡No!... Estoy seguro... de que algunos niños leerán estas líneas con cariño y recogimiento, y con el espíritu con que yo las he escrito.

Porque yo no creo que Dios pretenda que dividamos la vida en dos mitades... Exhibir un rostro muy severo y grave los días de fiesta, y considerar impropio esto mismo, y hasta que se invoque su nombre, en otro día cualquiera.

¿Crees tú que El sólo se ocupa de las figuras arrodilladas o de los tonos suplicantes?... ¿Crees que no estima a los corderitos que brincan en las praderas a la luz del sol? ¿Que no gusta de oír las alegres voces de los niños que juegan sobre el césped? ¿Con toda seguridad, sus inocentes risas suenan tan dulces a sus oídos

como el más solemne acto religioso oficiado en los altares de una catedral!...

Y si algo tengo que añadir a las historias que para recreo y alegría de los niños que tanto amo he escrito, es que podré recordarlo sin vergüenza ni amargura en el momento en que tanto de la vida debe recordarse... ¡El día que me llegue el turno de sumergirme en el reino de las sombras!...

Este sol de Pascua nacerá sobre ti, niño querido, haciéndote sentir «la vida en cada uno de tus poros», y te invitará imperiosamente a zambullirte en el fresco aire de la mañana...

Y muchos días de Pascua se irán y vendrán antes de que te encuentren débil y canoso, arrastrándote penosamente para gozar una vez más del calor del padre sol. Pero es bueno, aun entonces, pensar en aquella gran mañana en que el «Sol de la Virtud se elevará, la salud eterna en sus alas».

Tu alegría seguramente no necesita de la idea de que verás un más alegre amanecer que éste... ¡Cuando llegue a tus ojos un espectáculo mucho más bello que el balanceo de los árboles y el manar de las fuentes!... ¡Cuando las manos de los ángeles descorran las cortinas de tu lecho y tonos aún más dulces que los pronunciados por la más tierna de las madres, te despierten a la luz de la más gloriosa de las mañanas!... ¡Cuando todas las tristezas, y el pecado que oscurece la vida en este pequeño mundo, se olvidan, como el sueño de una noche que ya pasó.

Tu amigo afectuoso,

LEWIS CARROLL.

Pascuas de 1876.

¡FELICES PASCUAS DE NAVIDAD!

(DE UN HADA A UN NIÑO)

*Señora, si se olvidan un momento
De sus sueños las hadas,
De sus juegos y tretas,
Es sólo en Navidad, la fiesta grata.*

*Hemos oído que los niños dicen
— Los dulces niños a quienes tanto se ama —
Que un mensaje nos viene desde arriba
En esa fecha santa.*

*Y siempre en ese día venturoso,
Se recuerdan las místicas palabras
Que dicen: «Gloria a Dios en las alturas,
Y a los hombres la paz les sea dada».*

*Y deben ser así los corazones,
Como el del niño, que es todo confianza,
Y llevar la alegría navideña,
Todo el año, como ellos, en el alma.*

*Así pues, olvidando juego y bromas
Por un momento, señora estimada...
¡Os deseamos alegres Navidades!
¡Un Nuevo Año feliz! ¡Felices Pascuas!*

Navidad de 1887.

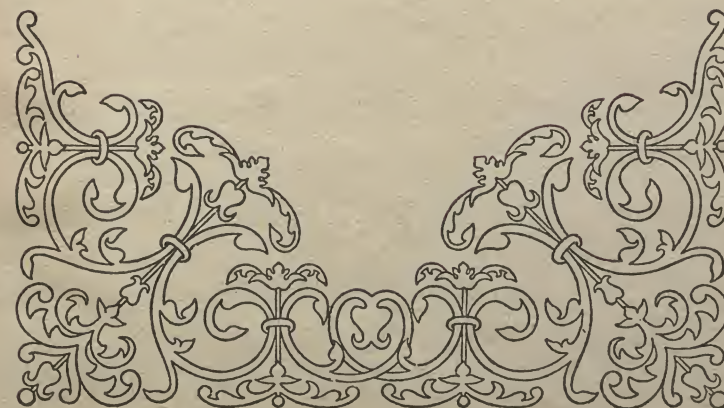
I N D I C E

CAPÍTULO I. — La casa del espejo	11
» II. — El jardín viviente	26
» III. — Insectos de espejo	38
» IV. — Tweedledum y Tweedledee	52
» V. — Lana y agua	68
» VI. — Humpty Dumpty	81
» VII. — El león y el unicornio	95
» VIII. — Es invento mío	108
» IX. — La reina Alicia	126
» X. — El zarandeo	146
» XI. — El despertar	147
» XII. — ¿Quién soñó?	147
Saludo de Pascuas para todos los niños que amen a Alicia	151
¡Felices Pascuas de Navidad!	154

COLECCION *Topacio*

TITULOS PUBLICADOS

Don Quijote de la Mancha - Cervantes
Corazón - Amicis
La Cabaña del Tío Tom - Beecher Stowe
Quo Vadis? - Sienkiewicz
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno - Croce
Las Mil y Una Noches
Fábulas Completas de Iriarte
Fábulas de Samaniego
Fábulas de Esopo
Robinsón Crusoe - De Foe
Gulliver en el País de los Enanos - Swift
Pinocho - Collodi
Cuentos de Grimm
Cuentos de Andersen
Gulliver en el País de los Gigantes - Swift



ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRAFICOS
ARSOPE, CERRITO 1533/41, BUENOS AIRES, EL DIA 31 DE JULIO DE 1946